



**UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE
MÉXICO**

FACULTAD DE FILOSOFÍA Y LETRAS

COLEGIO DE ESTUDIOS LATINOAMERICANOS

**Poéticas de las invasiones estadounidenses en la novela
histórica latinoamericana: *Fuego en la ciudad* de
Argentina Díaz Lozano, y *La invasión* de Ignacio Solares**

T E S I S

**Para obtener el título de:
LICENCIADO EN ESTUDIOS
LATINOAMERICANOS**

**P R E S E N T A:
ERNESTO ENRIQUE PALOMINO GARCÍA**

**ASESORA DE TESIS:
BEGOÑA PULIDO HERRÁEZ**

CIUDAD UNIVERSITARIA, CDMX, 2023





Universidad Nacional
Autónoma de México



UNAM – Dirección General de Bibliotecas
Tesis Digitales
Restricciones de uso

DERECHOS RESERVADOS ©
PROHIBIDA SU REPRODUCCIÓN TOTAL O PARCIAL

Todo el material contenido en esta tesis esta protegido por la Ley Federal del Derecho de Autor (LFDA) de los Estados Unidos Mexicanos (México).

El uso de imágenes, fragmentos de videos, y demás material que sea objeto de protección de los derechos de autor, será exclusivamente para fines educativos e informativos y deberá citar la fuente donde la obtuvo mencionando el autor o autores. Cualquier uso distinto como el lucro, reproducción, edición o modificación, será perseguido y sancionado por el respectivo titular de los Derechos de Autor.

Agradecimientos

El tema de la presente tesis surgió en el año 2016, cuando leí la novela *La invasión* del escritor mexicano Ignacio Solares, y se mezcló con el discurso del entonces candidato del Partido Republicano, Donald J. Trump, en contra de los mexicanos y también en contra de México, dieron riendas a la investigación y desarrollo de la escritura en mi persona.

Esta tesis no fue hecha sólo por mí, ya que hubo un gran apoyo en primer lugar de mis padres, Enrique y Norma, quienes desde tengo uso de razón me han apoyado no solo económicamente, sino moral y emocionalmente, y de quienes estoy agradecido hoy y lo estaré toda la vida, va dedicada ésta tesis.

Agradezco mucho a la doctora Begoña Pulido Herráez, quien aceptó asesorarme y ayudarme mucho en esta investigación con sus observaciones, comentarios, recomendaciones de lecturas y sobre todo por su paciencia y lo buena persona que se portó conmigo durante este interesante y arduo camino de redactar la tesis.

A la doctora Kenya Bello, quien me ayudó mucho a comprender la teoría en la historia, y aprender más sobre las formas de escribir y hacer la historia, además de permitirme hacer el servicio social en la coordinación del CELA, cuando fue una gran y excelente coordinadora.

A la doctora Alejandra Amatto, ya que con su ayuda y sus clases en el seminario de tesis, el escrito comenzó a tomar fondo y forma para ser lo que es actualmente la tesis, y sobre todo por sus excelentes clases de literatura fantástica.

Al doctor Miguel Orduña Carson, con quien aprendí a leer de una mejor manera los textos, además de mejorar a citar y a escribir, y sobre todo a ser crítico con las fuentes.

A la doctora Nely Maldonado, por sus observaciones y por ayudarme a enriquecer la tesis de una profesional manera.

Al doctor Guillermo Fernández Ampie, en primera por ser una persona que esta estrechamente relacionada con la historia de Nicaragua y Centroamérica, y en segunda por sus excelentes aportaciones para la información de la tesis.

Al maestro Ricardo Contreras Ariel, por sus aportaciones, y por recomendarme tan excelente novela histórica que es *El seductor de la patria* de Enrique Serna.

Y en general a las y los profesores de la carrera, ya que de cada uno me llevé un enorme conocimiento sobre América Latina

También quiero hacer una mención honorífica de las siguientes personas que me ayudaron con su apoyo emocional y moral, empezando con mis hermanas Jessica y Angélica, ya que en las buenas y en las malas estamos, a pesar de las discusiones que se dan dentro del núcleo familiar.

A mis amigos y primos honorarios que son Marco, Nova y Sergio, por molestarme que siempre estaba haciendo la tesis, pero ayudándome a tener motivos para terminarla.

A Estefanía por obsequiarme algunos libros que me fueron de gran utilidad en la escritura de esta tesis, y por sus comentarios tanto de la tesis como de la misma vida.

A Enriqueta, quien también con sus palabras y motivaciones, logré continuar en el periodo más oscuro que hemos vivido todos como generación, que fue la pandemia en el 2020, tanto en la vida personal como en lo académico.

A Marha, quien con sus excelentes y realistas comentarios, me motivó a continuar adelante para ser mejor persona en la vida y terminar la tesis.

A Andrea, profesora de derecho penal en la Facultad de Derecho, quien me hizo reforzar mi amor por la literatura en general, y escucharme.

A la generación 2020 de la Facultad de derecho, ya que muchos compañeros y compañeras me motivaron para sacar adelante mi tesis y tenerla terminada.

Y también a la Misma Facultad de Filosofía y Letras, por dejarme desarrollar en el área de la filosofía, historia y literatura, que tanto me gustan.

No puede faltar la misma Universidad Nacional Autónoma de México, por darme tanto en el aspecto de vida y profesional, que espero siempre ponerla en alto con mis contribuciones laborales y académicas en beneficio de la sociedad mexicana.

ÍNDICE

Introducción	p. 8
Breve historia de los Estados Unidos en la primera mitad del siglo XIX	p. 9
Literatura mexicana sobre la guerra contra los Estados Unidos en 1846-1848	p. 17
Literatura antiimperialista centroamericana	p. 21
Hipótesis y metodología	p. 21
Capítulo I. Historia y novela	
Historia y ficción en la novela histórica	p. 27
La novela histórica clásica	p. 42
La novela histórica contemporánea	p. 53
Capítulo II. <i>Fuego en la ciudad</i>: una poética del unionismo centroamericano antiimperialista	
Vida y obra narrativa de Argentina Díaz Lozano	p. 64
<i>Fuego en la ciudad</i> : la poética del unionismo centroamericano	p. 69
El romance de María de la Luz Arango y Pedro Sevilla: el amor a la patria	p. 86
El tiempo histórico en la narrativa de <i>Fuego en la ciudad</i>	p. 96
Capítulo III. La ficción como antídoto al trauma histórico	
Obra literaria de Ignacio Solares	p. 109
La poética de la ficción en <i>La invasión</i>	p. 114
La escritura como enfrentamiento y aceptación de la “memoria digna”	p. 122
Conclusiones	p. 145
Bibliografía	p. 151

Introducción

La presente tesis busca estudiar las poéticas de las novelas históricas que versan sobre el tema de las invasiones militares de los Estados Unidos en América Latina durante el siglo XIX, en particular en países como México y Nicaragua. Los estudios latinoamericanos desarrollados a partir de la crítica literaria se han centrado en la novela indigenista, en la novela de la revolución tanto mexicana, cubana como nicaragüense. También se estudian con frecuencia las novelas que buscan hacer memoria en contra de las dictaduras que sacudieron a la gran mayoría de los países latinoamericanos durante el siglo XX; del mismo tema es la novela del dictador, donde se crítica la personalidad del gobernador dictatorial, el cual llevó al sufrimiento a millones de personas. O en el caso de la novela histórica, se estudia la representación ficcional de las Independencias latinoamericanas o de temas trascendentales de determinado país, como, por ejemplo, en *Noticias del Imperio* (1987) del escritor mexicano Fernando del Paso (1935-2018), donde se narra la historia del Imperio mexicano liderado por el austriaco Maximiliano de Habsburgo en 1865, o la novela *Hijo del hombre* (1960), del paraguayo Augusto Roa Bastos (1917-2005), donde se cuenta la guerra del Chaco que involucra a Paraguay y Bolivia en un conflicto militar por el territorio del Chaco, entre los años 1932 a 1935; allí los paraguayos perdieron el territorio contra los bolivianos.

En esta tesis vamos a trabajar dos novelas que tratan el tema de las invasiones estadounidenses. Una de ellas es *Fuego en la ciudad* (1966), de la escritora hondureña Argentina Díaz Lozano (1909-1999), la cual trata sobre la invasión liderada por William Walker a Nicaragua en 1856. La segunda novela es *La invasión* (2005), del escritor mexicano Ignacio Solares (1945), la cual versa sobre la guerra entre México y los Estados Unidos, donde el ejército norteamericano invade y toma la capital mexicana en 1846.

Breve historia de los Estados Unidos en la primera mitad del siglo XIX

En el siglo XIX, después de más de 30 años de que los Estados Unidos obtuvieran su independencia nacional en contra de la Corona inglesa, la joven nación decidió implementar el sistema de gobierno federalista, siendo la primera República en el mundo, donde el poder público se dividía en tres: poder Ejecutivo, el cual recaía en un individuo llamado presidente; el poder Legislativo, que recaía en la cámara de diputados y senadores; y el poder Judicial, el cual se encuentra en la Suprema Corte. El sistema implementada por los norteamericanos fue la democracia, donde los ciudadanos podían votar y ser votados para los cargos públicos del gobierno, por ello los Estados Unidos se autoproclamaron “el país de la libertad”, porque los ciudadanos vivían libres, además de existir la libertad religiosa y la libertad de expresión, todo asegurado por la Constitución estadounidense de 1787, logrando eliminar la aristocracia, y así eliminar las costumbres británicas que imperaban en la sociedad estadounidense.

En el año de 1803, Napoleón Bonaparte ofrece a la venta el territorio de la Luisiana al gobierno estadounidense encabezado por el presidente Thomas Jefferson, por el precio de 15 millones de dólares. Con la compra de este territorio, Estados Unidos logró duplicar su territorio; así comenzaba su objetivo de expandirse hacia el Oeste y llegar a las costas del Océano Pacífico.

Con esta expansión del territorio, surgió un problema político y social en los Estados Unidos sobre el polémico tema de la esclavitud, practica muy común en los Estados del sur, ya que este modo de producción generaba grandes cantidades de algodón, materia prima clave de la economía sureña, producto que era exportado hacia Inglaterra, donde se producía ropa a enormes cantidades a partir de la Revolución industrial. Por su parte, los Estados del norte “la institución de la esclavitud se hizo cada vez más impopular y ganaba terreno la aspiración a hacerla ilegal”.¹ Para evitar conflictos por la esclavitud, se creó la línea Mason-Dixon, para dividir a los Estados libres del norte y los Estados esclavistas del sur.

Unos años después, en 1823, los ingleses estaban preocupados por las amenazas de reconquista por parte de España en Hispanoamérica, en la búsqueda por recuperar las

¹ Asimov, Isaac, *El nacimiento de los Estados Unidos 1763-1816* (1974), traducción de Nestor Míguez, México, Alianza editorial, Tercera reimpresión, 1989, p. 259.

antiguas colonias que había tenido bajo su poder durante más de 300 años. Esta pretensión ponía en peligro las inversiones y negocios de los empresarios ingleses en el Hemisferio occidental, además de las excursiones de los exploradores rusos (los cuales eran parte de Santa Alianza), quienes visitaban las costas del norte del Pacífico. Ante estas situaciones, el ministro de relaciones británico, George Canning, “ofreció unirse a los Estados Unidos en una declaración por la cual no se permitiría ninguna invasión europea de las Américas”², ósea una declaración conjunta en contra de las intervenciones europeas en el territorio americano.

El presidente Monroe le toma la palabra a los ingleses, pero decide hacer la declaración sin incluirlos. En el Congreso norteamericano, el presidente declara que no van a permitir que haya empresas colonizadoras europeas en el continente americano, porque estas acciones suponían un “peligro” a la seguridad nacional de los Estados Unidos. Esta idea se resume en el siguiente lema: “América para los americanos”. Con esta declaración nació la “Doctrina Monroe”, la cual más adelante se convirtió en una ideología del expansionismo estadounidense en lo que restó del siglo XIX y también en el XX, principalmente para justificar las invasiones e intervenciones en América Latina.

Los años treinta del siglo XIX, comenzaba a crecer la semilla de la tensión sobre la cuestión de la esclavitud en los Estados Unidos. En 1831, surgió una rebelión de esclavos en Virginia, la cual fue liderada por Nat Turner, el cual tenía visiones y tenía el apoyo de la Divina Providencia, al estilo bíblico de Moisés, decidió liberar a su pueblo de la esclavitud que padecían, Turner y sus seguidores entraron en la casa de su amo y lo mataron a él y a toda la familia. Con esto aumentaron los seguidores de Turner, lo cual generó miedo en los esclavistas, quienes se armaron y comenzaron a matar a esclavos sospechosos, hasta que lograron capturar a Turner y lo colgaron en octubre de 1831.

Este acontecimiento atemorizó a los dueños de esclavos, “haciéndoles mirar a sus propios esclavos de sospecha y detestar a los agitadores de los Estados libres, de quienes pensaban que estaban trastornando a esos esclavos”³. Los sureños creían que esto era “verdad” por el hecho de que en el norte habían surgido ideas abolicionistas en contra de la esclavitud. Por ejemplo, Benjamin Lundy fundó la Sociedad Humanitaria de la Unión en el

² Asimov, Isaac, *Los Estados Unidos desde 1816 hasta la Guerra Civil* (1975), Traducción de Néstor Míguez, Madrid, Alianza editorial, Cuarta reimpresión, 2010, p. 44.

³ *Ibid.*, p. 88.

año de 1815, además de fundar varios periódicos antiesclavistas, los cuales proponían la emancipación de los afroamericanos y su regreso a África.

William Lloyd Garrison conoció a Lundy y estuvo de acuerdo en las ideas antiesclavistas de éste último, aunque la diferencia fue que Garrison no quería que regresaran a los esclavos a África, sino que se convirtieran en ciudadanos libres estadounidenses. En 1831, Garrison junto con otros afroamericanos libres, fundó el periódico *The Liberator*, el cual “se convirtió en el órgano más destacado del movimiento abolicionista en el país”⁴.

Por su parte, la colonización por parte de los angloamericanos en Texas, desde el año 1821, cuando Moses Austin pidió permiso al gobierno de México, los cuales le concedieron el permiso de instalarse en el territorio. Estos estadounidenses, los cuales vivían en los estados sureños, trajeron esclavos afroamericanos para producir tabaco y algodón generó una situación sociopolítica ambivalente, ya que la esclavitud estaba prohibida por la Constitución mexicana de 1824.

En los años 30, el presidente de los Estados Unidos, Andrew Jackson, al saber que había un enorme desarrollo económico en Texas, gracias al modo de producción esclavista implementado por los colonos estadounidenses, buscó comprar el territorio a México, el cual se negó a vender el Estado. Por esta razón, el gobierno mexicano prohibió la entrada a más inmigrantes estadounidenses en Texas, pero éstos lograban ingresar de manera ilegal, además de traer consigo sus esclavos.

Para resolver el problema de la inmigración y la esclavitud, Stephen Austin en 1834 viajó a la Ciudad de México para llegar a un acuerdo, pero no lo logró, y el presidente Antonio López de Santa Anna, encarcela a Austin. Con esta acción, se dio a entender que los texanos no tenían manera de hablar y arreglar el problema, y esto generó conflictos entre los norteamericanos y las autoridades mexicanas, las cuales obstaculizaban el dinámico comercio que tenía Texas con Estados Unidos. Por esta razón, los texanos decidieron rebelarse contra el gobierno mexicano y buscar su independencia.

En 1836, los cabecillas del movimiento de independencia eran Stephen Austin, Samuel Houston, William Travis, James Fannin y Jim Bowie. Por su parte, en el bando mexicano, el general Antonio López de Santa Anna lideró al ejército mexicano. Las armas mexicanas ganaron varias batallas, incluyendo la famosa Batalla del Álamo. Pero la guerra

⁴ *Ibid.*, p. 68.

dio un giro de 180 grados. El ejército del general Santa Anna perdió la guerra en la batalla de San Jacinto, donde Samuel Houston logró derrotar a los soldados mexicanos, Santa Anna cayó prisionero. Los rebeldes texanos persuadieron al generalísimo a “conceder a Texas la independencia a cambio de su libertad. Santa Anna firmó un tratado reconociendo la independencia de Texas el 14 de mayo de 1836”⁵

Por su parte, el gobierno de México no reconoció la independencia de los texanos. El gobierno de Estados Unidos, por su parte, dio a Texas la oportunidad de ser parte de la Unión Americana, y esto generó exaltación en los Estados sureños esclavistas, por el hecho de que Texas legalizó la esclavitud y entraría como un Estado esclavista más. Los Estados libres comenzaron a atacar al presidente Jackson por haber apoyado la rebelión texana y así expandir la esclavitud. Como menciona Isaac Asimov, “desde 1837, cuando Jackson reconoció la independencia de Texas, la opinión popular en los Estados esclavistas fue febrilmente partidaria de la anexión. Sólo la intransigencia de los ruidosos elementos antiesclavistas se oponía a ella”.⁶

También la cuestión de Texas generó tensiones políticas entre mexicanos y estadounidenses. Para esto, el Estado mexicano “había advertido que la anexión significaba la guerra, y los Estados esclavistas expansionistas la deseaban, pues podían arrancarle a México más territorio y convertirlos en Estados esclavistas”⁷. Esta problemática la aprovechó el candidato a la presidencia del partido demócrata, James Polk. Una de sus promesas de campaña fue la expansión territorial, ya que dijo que si él accedía a la presidencia, iba a apoderarse de Texas y Oregón. Polk asumió la presidencia de los Estados Unidos en 1845 aprovechó la situación entre su país y el gobierno mexicano. En ese mismo año, el director del *Democratic Review*, John O’Sullivan, usó la siguiente frase: “la realización de nuestro *destino manifiesto* de extendernos sobre el continente que nos ha otorgado la Providencia para el libre desarrollo de nuestros millones de personas que se multiplican anualmente”⁸.

Sobre la frase de O’Sullivan nos llama la atención que habla del destino manifiesto, ¿qué es eso? Para dar respuesta a esta pregunta, esta idea de destino se desarrolló en las 13 colonias británicas en América, como una respuesta a la contraposición del dominio de la

⁵ Asimov, Isaac, *op. cit.*, p. 101.

⁶ *Ibid.*, p. 132.

⁷ *Ibid.*, p. 140, las cursivas son nuestras.

⁸ *Ibid.*, p. 140.

Corona española en la gran mayoría del continente americano. Esta idea nació de los puritanos ingleses que buscaban enfrentar a España, a la cual consideraban como un reino tiránico y opresor, además de que malgastaba “sus riquezas dadas por Dios”, y hacia demasiado mal a Europa en general por las guerras que acosaban principalmente a Inglaterra. Como afirma el historiador Juan A. Ortega y Medina “el conflicto hispano-inglés del siglo XVI significa, desde el punto de vista anglosajón, el enfrentamiento de la libertad inglesa contra la tiranía española”⁹.

El representante del poder ejecutivo norteamericano envió tropas al territorio que se encuentra entre los ríos Grande y Nueces, el cual se disputaban Texas y México. Los soldados norteamericanos se enfrentaron con los mexicanos. Este conflicto fue el argumento perfecto para Polk, quien mencionó ante el congreso norteamericano lo siguiente: “México ha vulnerado las fronteras de Estados Unidos, ha invadido nuestro territorio y ha derramado sangre americana en territorio americano...”¹⁰. Ya en el siglo XIX, los Estados Unidos estaba tomando esta idea colonia inglesa, pero ahora adaptada a sus intereses de Estado-nación:

El legado puritano adquirió naturalmente entre los estadounidenses sus características peculiares hasta encontrar históricamente su propia consagración y formulas agresivas: *destino manifiesto*. Es a saber, misión regeneradora, libertaria, democrática y republicana sobre todo el continente... y sobre todo el mundo. Si los Estados Unidos se convertían en el santuario de la libertad y de la democracia, ello era debido al indiscutible y heredado designio providencial y no por mero capricho o contingencia... La *extensión del área de la libertad*, como lo pensaron y expresaron los norteamericanos más audaces, ambiciosos y prominentes, viene a ser, ni más ni menos, que la secularización de la vieja idea original de la regeneración espiritual.¹¹

Como se ha observado, este pensamiento del Destino Manifiesto expresado por O’Sullivan contenía la idea de expandir la riqueza e influencia de los Estados Unidos, la cual fue dada por la Divina Providencia a ellos porque “los bienes de la gracia visible manifestaban la redención y santificación. La opulencia, la prosperidad, la ordenada y activa

⁹ Juan A. Ortega y Medina, *Destino Manifiesto. Sus razones históricas y su raíz teológica* (1972), México, Alianza Editorial Mexicana/CONACULTA, Primera edición en la colección Los Noventa, 1989, p. 66.

¹⁰ Howard Zinn, *La otra historia de los Estados Unidos* (1980), Traducción de Toni Strubel, México, Siglo XXI editores, Quinta reimpresión, 2011, p. 117.

¹¹ Juan A. Ortega y Medina, *op. cit.*, p. 120.

vida social, política y económica, y la pretendida superioridad nacional y racial eran claras muestras de la auténtica respuesta al mandato vocacional; del cumplimiento de la misión espiritual y material”¹², y la guerra contra México, era el momento oportuno para llevar a la practica esta idea, ya que era una “guerra justa”, además de que buscaban regenerar a los mexicanos, los cuales se encontraban en la pobreza y en la anarquía total, por no ser los “seleccionados” por la Divina Providencia.

Regresando a la cuestión de la guerra, el poder legislativo apoyó al poder ejecutivo y así declarar la guerra a México en 1846, aunque una parte de los congresistas votaron en contra de la guerra, al observar que “la campaña de México como una manera de extender el territorio negrero de Sur”¹³.

De inmediato, al comenzar las hostilidades, el ejército norteamericano, bajo la dirección del general Zachary Taylor, invadió y tomó bajo su control Texas, Nuevo México y California. En 1847, el general Winfield Scott desembarcó en el puerto de Veracruz, el cual le costó mucho trabajo tomar porque tuvo la defensa del padre español Celedonio Domeco de Jarauta, quien implementó una guerra de guerrillas. Después de tan difícil lucha, el general estadounidense decidió tomar la ruta de Cortés. Derrotó al ejército mexicano y también tomó el Estado de Puebla, para de allí emprender su viaje hacia su principal destino: la ciudad de México. En septiembre de ese mismo año, Scott derrotó a las fuerzas armadas lideradas de nuevo por Antonio López de Santa Anna, quien era el General-presidente de México. Pero esta vez el pueblo mexicano se defendió con palos y piedras, en contra de los experimentados y armados soldados de Estados Unidos, además de que el 15 de septiembre de 1847, el padre Jarauta y el padre Lector Gonzales impulsaron la resistencia de la ciudad; un día después los norteamericanos lograron tomar la ciudad y ganar la guerra.

La clase política y la gran mayoría de los estadounidenses comenzaron a clamar *All Mexico!* como lema, queriendo decir que querían anexas todo el territorio mexicano a la Unión Americana. Pero la acción del negociante estadounidense, Nicholas Trist, al considerar inmoral la acción de adherir todo un país a los Estados Unidos, no aceptó tal propuesta, y con la firma del tratado Guadalupe-Hidalgo, en 1848, se configuró la frontera entre ambos países, donde Estados Unidos despoja a México de más de la mitad de su

¹² *Ibid.*, p. 99.

¹³ Howard Zinn, *op. cit.*, p. 118.

territorio nacional: los estados de California, Nevada, Utah, Arizona, Colorado, Kansas, Nuevo México, Oklahoma y Texas, a cambio de 15 millones de dólares como compensación de guerra. De inmediato, “el éxito de la campaña militar y la agitación de la opinión pública, alebrestada por la prensa, que describía la guerra como una cruzada en contra de la barbarie, la decadencia y la tiranía religiosa papista, exacerbaron los apetitos de los líderes demócratas”.¹⁴

El triunfo de la guerra contra México generó una confianza y seguridad en los Estados Unidos, además de definir la relación de los norteamericanos con el resto de América Latina en política exterior, a los cuales vio como países que no podrían defenderse militarmente por falta de recursos económicos para solventar un ejército equipado con armamento moderno. Algunos ciudadanos norteamericanos buscaron emprender la colonización de países latinoamericanos para poder explotar los recursos naturales que necesitaban para su economía, que estaba en constante crecimiento, en particular los ciudadanos del sur de los Estados Unidos, que con la adquisición de los territorios arrebatados a México la esclavitud se extendió, y les dio una enorme ventaja en contra de los Estados libres del norte.

Esto generó mayores problemas y una enorme polarización en los Estados Unidos. El norte se desarrollaba económicamente más rápido que el sur gracias a la acelerada industrialización, que dejaba atrás la economía de campo practicada por los sureños, quienes producían algodón y tabaco principalmente. Los sureños, por su parte por medio George Fitzhugh argumentó que es mejor la esclavitud a diferencia del trabajo libre que se practica en el Norte, y lo leemos en sus propias palabras:

La situación del Norte es anormal y anómala. Establecer la igualdad de derechos no es sino dar licencia a los fuertes para oprimir a los débiles. El capital ejerce una coacción más perfecta sobre los trabajadores libres que los amos humanos sobre los esclavos, pues los trabajadores libres deben trabajar todo el tiempo, o morir de hambre, y se mantiene a los esclavos, trabajen o no. La esclavitud era la más antigua, la mejor, la más común forma de socialismo.¹⁵

¹⁴ Erika Pani, *Historia mínima de Estados Unidos de América* (2016), México, COLMEX, Segunda reimpresión, 2018, p. 97.

¹⁵ Erika Pani, *op. cit.*, p. 116.

Estas ideas del esclavismo, y sabiendo de la ventaja que estaba teniendo el Norte de los Estados Unidos mediante la economía industrial, llevaron al médico y abogado, originario de Tennessee, William Walker, a emprender la conquista de territorios en América Latina para así hacer crecer la zona donde imperara el modo de producción esclavista. Por ello Walker habló con los grandes terratenientes norteamericanos, quienes le apoyaron con dinero, armas y hombres para lograr sus objetivos.

En 1853, Walker se lanzó a colonizar tierras del norte de México, fundando la República de Sonora, donde se encontraban los territorios de Sonora y Baja California, tierras que buscaba anexar a la Unión Americana. Esto duró poco tiempo porque Walker fue derrotado fácilmente por el ejército mexicano. Al ser expulsado de México, Walker regresa a California, donde es arrestado y enjuiciado por violar las leyes de neutralidad, “pero fue absuelto por un jurado que simpatizaba con la rapiña territorial”¹⁶.

Walker quiso continuar con su proyecto de obtener territorios para el Sur esclavista de los Estados Unidos, para darle una mayor ventaja territorial en contra de los Estados libres del Norte, por eso ahora decidió emprender su objetivo en tierras centroamericanas. En ese momento Nicaragua atravesaba una guerra civil entre liberales y conservadores. Para poner fin al conflicto, en 1854 los liberales pidieron ayuda de los Estados Unidos para acceder al poder por medio de Máximo Jerez. Éste contactó a Byron Cole, quien le ofreció los servicios de Walker, el cual aceptó y zarpó con su “Falange de los inmortales” hacia a Nicaragua en 1855 para “defender la democracia en Centroamérica”. Además de que el apoyo a Walker fue “la razón que se daba para extender la Unión Americana hasta Panamá era la existencia de las riquísimas minas de plata... centroamericanas, que así pasarían a poder de un pueblo más industrial y más inteligente”¹⁷

El estadounidense esclavista aprovechó la división política que reinaba en Nicaragua, propuso elecciones “libres” para que fuera electo presidente y fuera un arbitro imparcial y resolviera el conflicto entre liberales y conservadores. En 1856 Walker es proclamado presidente del país, e inmediatamente implementó el sistema económico esclavista del sur de los Estados Unidos en el país centroamericano. El presidente de Costa Rica, Juan Rafael Mora Porras, al leer las intenciones del filibustero y lo que pensaba hacer con toda

¹⁶ Isaac Asimov, *op. cit.*, p. 189

¹⁷ Albert K. Weinberg, citado en *Destino Manifiesto. Sus razones históricas y su raíz teológica*, p. 123.

Centroamérica, decide declararle la guerra. A esta declaración se adhirieron Guatemala, Honduras y El Salvador, para luchar a favor de la independencia de Nicaragua y de Centroamérica. A este acontecimiento se le denominó la “guerra nacional” (1856-1857).

La unión militar centroamericana logró vencer a Walker al expulsarlo de Nicaragua, gracias a las habilidades de generales como el guatemalteco Víctor Zavala, el salvadoreño Ramón Belloso y el hondureño Florencio Xatruch, quienes lograron poner en sitio al filibustero en abril de 1857, quien finalmente huye de Nicaragua. Este acontecimiento es muy bien recordado en la historia centroamericana con orgullo y dignidad.

En Estados Unidos, en la década de los 60, se desencadenó la separación de los Estados del Sur por el problema tanto de la esclavitud, y por la elección de Abraham Lincoln para Presidente. Estos Estados crearon Los Estados Confederados de América, con su propia Constitución donde se legalizaba la esclavitud. Ante esta acción, El presidente Lincoln emprende la guerra en contra de los Confederados para hacerlos regresar a la Unión, no para exterminar la esclavitud. Como bien menciona Howard Zinn sobre la guerra de secesión: “En 1861, el gobierno norteamericano se había propuesto luchar contra los estados negreros, no para acabar con la esclavitud, sino para mantener el control de un enorme *territorio* nacional, con su mercado y sus recursos”¹⁸. Por su parte, en 1860, de nuevo Walker regresó a Centroamérica con un nuevo ejército, pero fue detenido en las costas de Honduras, y el 12 de septiembre de ese año fue condenado a muerte y fue fusilado, para la paz y tranquilidad de los centroamericanos.

Literatura mexicana sobre la guerra contra los Estados Unidos en 1846-1848.

Ahora hablaremos del campo literario. Las letras mexicanas se han preocupado por los acontecimientos históricos que han ocurrido en el país. Se ha escrito novela histórica del movimiento de Independencia de 1810, del Primer Imperio mexicano liderado por Agustín de Iturbide, del Segundo Imperio encabezado por Maximiliano de Habsburgo, del movimiento armado de la primera etapa de la Revolución mexicana, entre otros más. Curiosamente, la guerra entre México y los Estados Unidos no figura como acontecimiento novelado.

¹⁸ Howard Zinn, *op. cit.*, p. 150.

En el siglo XX, la escritora oaxaqueña Patricia Cox (1911-2000), se atrevió a tocar el tema de la guerra de 1847 entre México y los Estados Unidos, por ello escribió la novela histórica *El batallón de San Patricio* (1954). Esta obra estaría catalogada dentro de la novela histórica tradicional por tener una voz narrativa omnisciente en tercera persona, la cual sabe lo que pasa, sienten y piensan los personajes. Pero a diferencia de la novela histórica del siglo XIX, ésta hace crítica de las decisiones que tomó el general Antonio López de Santa Anna (1794-1876) en la guerra, así como del levantamiento armado liderado por los *polkos* en contra del vicepresidente Valentín Gómez Farías (1781-1858). Por otra parte, exalta la rebeldía de los generales que continuaron la lucha por la defensa de México, yendo en contra de las ordenes de Santa Anna, como el general Gabriel Valencia (1799-1847), quien defendió de la mejor manera posible la Ciudad de México. También exalta a los generales Pedro María Anaya (1795-1854) y Manuel Rincón (1784-1849), quienes resistieron hasta el final los embates norteamericanos en el Convento de Churubusco.

La historia narra la vida del personaje principal, el irlandés Juan O’Learly, quien emigra a los Estados Unidos para tener mejores condiciones materiales de vida. Por azares del destino termina enrolado en el ejército norteamericano y es enviado a invadir México. Al observar las injusticias que cometen los soldados yanquis en contra de la población mexicana, O’Learly, junto con otros irlandeses, polacos y alemanes, deciden desertar del ejército de los Estados Unidos y pasarse al bando mexicano, creando el batallón de San Patricio.

El irlandés fue encontrado herido en el campo de batalla, por el ex héroe de la Independencia de México, Cayetano Uribe. Éste decide llevarlo a que lo cuiden en su casa. La encargada de tal deber es Constanca, la hija de Cayetano. Ambos personajes se enamoran, a pesar de que la chica es mexicana y el hombre perteneció al ejército invasor. O’Learly, al curarse de sus heridas, decide reintegrarse al Batallón de San Patricio, liderado por el general John O’Riley (1805-1850), quienes se dirigen a defender la Ciudad de México. En la capital del país el Batallón de San Patricio participó en la defensa de Churubusco, donde finalmente son derrotados; los irlandeses que quedaron vivos fueron detenidos, además de que se les acusó de traición a la patria norteamericana y se les sentenció a muerte a la gran mayoría. O’Riley y O’Learly fueron perdonados, pero se les marcó en la cara con metal caliente la letra “D”, que significa desertor.

Constancia Uribe decide ir a la capital para buscar a su amado Juan O’Learly, al que encuentra vendiendo mercancías en una calle del centro histórico. Éste, por vergüenza e indignación por haber perdido la guerra, decide huir y esconderse de Constancia, porque considera que su amor no es digno para ella, ya que un cobarde y perdedor no podría defender a su mujer en contra de los peligros de la vida.

Lo interesante de esta novela es que menciona brevemente al desconocido personaje histórico el sacerdote Jarauta: “La fama del padre Domeco de Jarauta, catalán recién llegado de Cuba y de pintoresca vida... había llegado a las filas del invasor”.¹⁹

También incluimos la novela *El seductor de la patria* (1999), de Enrique Serna, la cual es una autobiografía del nada menos controvertido general Antonio López de Santa Anna, quien en su vejez decide escribir sus memorias para reivindicar su nombre ante el tribunal de la historia por las acciones que llevó durante toda su vida, principalmente cuando fue militar y en su paso siendo presidente de México en varias ocasiones. En las primeras páginas de la novela, el personaje de Santa Anna habla sobre la pérdida del territorio en la guerra contra Estados Unidos y expresa lo siguiente:

Desearía ser mejor comprendido, que la gente me condene o me absuelva, pero con mayores elementos de juicio. ¿Vender yo la mitad de México? ¡Por Dios! Cuándo aprenderán los mexicanitos que si este barco se hundió, no fue sólo los errores del timonel, sino de la desidia y torpeza de los remeros. Estoy dispuesto a cargar con mis culpas, no con las que me endilgue la plebe ignorante y rastrera, cómplice de mis tropelías.²⁰

En una carta que dirige Santa Anna a su asesor y amigo íntimo, Manuel Giménez, le habla de que la guerra contra los Estados Unidos fue el peor acontecimiento de toda su vida: “En fin, ahora que ha pasado la tormenta tengo la mente serena para mirar atrás y puedo *ajustar cuentas con el pasado*. No quiero morir sin disipar las sombras que oscurecen mi desempeño en la trágica guerra con Estados Unidos, *el fracaso más inmerecido y doloroso de mi carrera*”.²¹

¹⁹ Patricia Cox, *El batallón de San Patricio* (1954), México, La Prensa, Primera edición, 1963, p. 122.

²⁰ Enrique Serna, *El seductor de la patria* (1999), México, Joaquín Mortiz, Quinta reimpresión, 2000, pp. 49 y 50.

²¹ *Ibid.*, p. 341. Las cursivas son nuestras.

El personaje López de Santa Anna habla de las batallas de Cerro Gordo, además de las causas por las que perdieron, además de que relata los problemas que suscitaron en la Ciudad de México con la acción de Valentín Gómez Farías de imponer un préstamo forzoso a la Iglesia de 15 millones de pesos para solventar gastos de guerra, y como con esta acción, se levantaron los polkos en defensa de la Iglesia, lo cual generó una guerra civil, la cual dio la oportunidad al ejército dirigido por Winfield Scott de llegar rápidamente a la capital; Santa Anna no pudo hacer nada para defender a la ciudad, y se retiró del campo de batalla porque la guerra estaba perdida. Por estas acciones muchos consideraron que su incapacidad fue la llave que ayudó a ganar la guerra a los estadounidenses:

Eso lo saben de sobra lo políticos avezados como Gómez Pedraza, que en año 48 encargó a sus secuaces del partido moderado unos *Apuntes para la historia de la guerra entre México y los Estados Unidos*, en los que no se me tacha de traidor, pero sí de engreído y mal estratega. Según los *Apuntes*, la guerra se perdió por mis errores en la planeación de la campaña, por no tolerar que ningún subalterno me hiciera sombra y por elegir mal el terreno de las batallas. Como la consigna era desprestigiarme, los redactores se dedicaron a recoger testimonios entre los militares resentidos que yo había castigado por su indisciplina, sin tomar en cuenta las partes oficiales de guerra.²²

Después de perder la guerra, y de la permanencia del ejército estadounidense en el país, hasta la firma del Tratado Guadalupe-Hidalgo, donde Manuel de la Peña Peña negoció con Nichola Trist la nueva frontera entre México y los Estados Unidos, el personaje de Santa Anna habla de la futura subordinación del país al convertirse en una colonia yanqui y el desprecio que muchos mexicanos sienten hacia el idioma español, por considerar al inglés mejor por ser el idioma del colonizador:

Hay en el fracaso una cierta voluptuosidad, mezcla de indolencia y autocompasión, que nos sumerge dulcemente en las aguas lechosas del fatalismo. Hundido en ese légamo acogedor, cavilé sobre mi futuro y el de la patria. Me tocó ver el nacimiento de una nación y acabo de asistir a su muerte, pensé. *Como todos los países con vocación de colonia, serviremos de rodillas a nuestros nuevos señores*, inclinada la cerviz y corrompida el alma, sin conservar siquiera la dignidad de los pueblos indios. Hasta nuestra lengua será una marca de vilipendio,

²² *Ibid.*, p. 342.

*que las generaciones futuras ocultarán con vergüenza. Del país por el que luché sólo quedará una nota al pie de página en los libros de historia: México, antigua república de la América Septentrional que por la incuria de sus gobiernos pasó del dominio español al de Estados Unidos.*²³

Literatura antiimperialista centroamericana

La literatura centroamericana denunció el imperialismo norteamericano que dominó la economía y la política de la región. El escritor guatemalteco Máximo Hall Soto escribió novelas como *El problema* (1899), *La sombra de la casa blanca* (1927), y su ensayo *Nicaragua y el imperialismo norteamericano* (1928), donde se denuncia el constante acoso de los Estados Unidos en la región, y el cual es el principal problema para la soberanía de Guatemala, El Salvador, Honduras, Costa Rica y Nicaragua. Otros escritores centroamericanos también escribieron para criticar el imperialismo norteamericano, como el costarricense Carlos Gagini, quien escribió *El árbol enfermo* (1918), *La caída del águila* (1920) y *El erizo* (1922). Esta última obra narra la historia de Juan Santamaría, un hombre que decidió unirse al ejército centroamericano para luchar en contra de William Walker en la guerra nacional. Es considerado héroe nacional en la historia de Costa Rica.

Hipótesis y metodología

La hipótesis general que manejamos para las dos novelas que vamos a analizar, *Fuego en la ciudad* y *La invasión*, es que ambas poéticas narrativas de las invasiones norteamericanas se convierten en memoria histórica. *Fuego en la ciudad* hace recordar al lector sobre la unión militar centroamericana, la cual logró vencer al filibustero William Walker. Si se hubiera continuado con esa unión en el aspecto político entre las naciones centroamericanas, sería más sencillo hacer frente a la difícil situación centroamericana durante las intervenciones de Estados Unidos durante la Guerra Fría. Además, hace referencia y nos recuerda el

²³ *Ibid.*, p. 366. Las cursivas son nuestras.

movimiento armado encabezado por Augusto C. Sandino (1895-1934), iniciado en 1927 en contra de los soldados norteamericanos, lucha armada que logró generar de nuevo el sentimiento unionista entre los centroamericanos, además de que logró expulsar al ejército de los Estados Unidos de Nicaragua. En *La invasión*, la novela nos invita a la lectura de un momento abandonado al olvido, además de traumático en la historia mexicana como lo fue la guerra entre México y los Estados Unidos en 1846-1848, acontecimiento que ha sido minimizado, del que sabe poco o nada la sociedad mexicana. Conociendo este difícil acontecimiento, se puede superar ese trauma angustioso y lograr superarlo para vivir en paz como pueblo.

La hipótesis particular para *Fuego en la ciudad* es que se trata de una novela romántica en la que por medio de la representación del amorío entre María de la Luz Arango y Pedro Sevilla se significa el amor hacia la nación, tanto hacia Nicaragua como hacia toda Centroamérica. Esta unión matrimonial representa el acuerdo de los proyectos políticos para beneficiar en un futuro a los países centroamericanos, porque ese amor representa un acuerdo entre rivales. El nacionalismo está en el discurso narrativo de la novela de Argentina Díaz Lozano, quien tiene muy presente su visión política al representar a los aliados que luchan a favor de la causa centroamericana como amigos, y a los que luchan por la causa norteamericana como enemigos.

En el caso de *La invasión*, la estructura narrativa está elaborada en forma de crónica, en la que historia y ficción se mezclan. A partir de esta doble función combinada en la novela histórica, Solares nos presenta el proceso de escritura de la crónica, la cual sale de la pluma de Abelardo; nosotros, como lectores, vamos leyendo, junto con Magdalena, esposa del personaje, el proceso creativo de la composición de la crónica, observamos constantemente a Magdalena y a Abelardo charlar sobre la crónica, acerca de si tal acontecimiento narrado fue verdad o si tal escena está exagerada por la imaginación del autor. Conforme leemos el texto del personaje-escritor, vamos observando la construcción de la crónica hasta su conclusión.

Abelardo escribe por dos razones: la primera es para purgar ese pasado traumático que generó la derrota de la guerra contra los norteamericanos, cuya consecuencia fue la cesión de más de la mitad del territorio mexicano a los Estados Unidos. El personaje-escritor busca darle una visión optimista a este acontecimiento al representar momentos de digna

memoria, como las personas que no se dieron por vencidas y lucharon valientemente, como las clases populares capitalinas y el padre Celedonio Domeco de Jarauta, quien defendió a la Ciudad de México mediante su guerra de guerrillas. La segunda razón para escribir la crónica es saciar la curiosidad de su esposa Magdalena, quien se interesa por el “triángulo amoroso” entre Abelardo, su novia y su suegra, ambas llamadas Isabel, vivido durante la guerra, el cual terminó, por el poder que tienen las ficciones en los lectores, por ser tan similares a la realidad, y cómo a veces los lectores no logran diferenciar entre lo verosímil y lo real.

El objetivo general de la presente tesis será estudiar las poéticas narrativas de dos novelas históricas que tratan el tema de las invasiones militares estadounidenses en el siglo XIX, como los casos de la guerra entre México y los Estados Unidos en 1847 y la guerra nicaragüense de 1856-1857. La novela histórica *La invasión*, de Ignacio Solares, se encarga de representar estos hechos, mientras que la intervención del filibustero William Walker y la campaña de la guerra nacional de 1856-1857 es representada en la novela *Fuego en la ciudad* de Argentina Díaz Lozano. Ambas fueron escritas en periodos diferentes. La novela de Díaz Lozano la consideramos novela histórica tradicional o clásica, porque bajo la alegoría amorosa, propone el mensaje de la necesaria unión centroamericana, como respuesta a las amenazas imperialistas de los Estados Unidos. Por su parte, la novela de Solares, escrita a inicios del siglo XXI, está más cercana de una mirada contemporánea sobre la novela histórica, porque cuestiona no solamente los acontecimientos, sino también la propia escritura de la historia, la cual representa la crisis de la tajante relación entre historia y ficción.

Estas novelas funcionan principalmente como “novelas de la memoria”, porque ambas fueron publicadas durante momentos de tensión tanto en Centroamérica en los años 60 del siglo XX, momento de gran tensión por la Guerra Fría, donde los Estados Unidos mantenía las dictaduras en el Istmo para contener el avance del socialismo, como en México con los Estados Unidos en el año 2004, cuando Vicente Fox se negó a apoyar la invasión estadounidense a Iraq. Ambas dan un mensaje optimista sobre el presente, por medio de la indagación del pasado histórico.

Los objetivos particulares son los siguientes: En el caso de *Fuego en la ciudad*, mostraré que los personajes principales como María de la Luz Arango y Pedro Sevilla son la culminación de la unión de diversos proyectos político-económicos e ideológicos por el bien de la nación nicaragüense, por medio del matrimonio, el cual representa un romance nacional.

La narrativa de la obra representa el pensamiento político de Argentina Díaz Lozano, ya que el discurso de la novela apela constantemente al unionismo centroamericano, unión que representa la salvación y el triunfo en contra del imperialismo norteamericano simbolizado en William Walker. Por otra parte, la voz narrativa hace referencia al alzamiento armado de Augusto C. Sandino en contra del ejército norteamericano, el cual tenía secuestrada a Nicaragua desde 1916. El movimiento armado sandinista despertó de nuevo el pensamiento político unionista centroamericano y el espíritu latinoamericanista.

Por su parte, los objetivos a demostrar en el caso de la novela *La invasión* son: la idea de que la ficción es un elemento de suma importancia en la novela, porque vemos el proceso de creación de la misma desde el inicio hasta el final, lo que muestra una visión subjetiva de los acontecimientos de la guerra de 1847, así como el poder de la ficción literaria en los lectores. Por ello la novela propone una poética de la ficción. Asimismo para la autorreflexión del proceso de escritura sobre los acontecimientos que representa la novela de Solares en el caso del desconocido levantamiento del pueblo en la Ciudad de México, además del olvidado padre Jarauta, tomaremos el concepto de metaficción historiográfica de Linda Hutcheon, porque el escritor toma estos elementos de la ficción y de la historiografía para la construcción de la novela. Finalmente, el discurso narrativo de la novela busca aliviar la angustia que padece Abelardo y la memoria colectiva mexicana, por esta razón se reviven acontecimientos de la guerra como el alzamiento de los capitalinos contra los soldados yanquis en el Zócalo. La derrota mexicana en la guerra concluyó con la pérdida de más de la mitad del territorio mexicano en manos de los Estados Unidos en 1848.

La tesis estará compuesta de tres capítulos. En el primero se hablará de la relación que ha tenido la historia y la ficción y de la problematización de la misma. Se hace brevemente un recorrido histórico de esta compleja e interesante relación. También se analiza la novela histórica clásica, la cual surge en el siglo XIX latinoamericano gracias a la influencia de la ficción histórica escrita por el escocés Walter Scott, y veremos sus principales características. Finalmente se observan los elementos de la novela histórica contemporánea, la cual surge a mediados de los años 60 del siglo XX, propone una crítica a la historia y problematiza el conocimiento que proporciona la historiografía del pasado.

En el caso de ambas novelas, nos apoyaremos en los elementos de la narratología propuestos por Luz Aurora Pimentel y analizados en su estudio *Relato en perspectiva*;

estudiaremos los discursos narrativos, además de los personajes, las voces narrativas, y el tiempo de la narración.

El segundo capítulo es el análisis particular de la novela *Fuego en la ciudad* de Argentina Díaz Lozano, donde se estudia la narrativa de la novela, además del sentido que busca imprimirnos a nosotros como lectores, al darnos una lección de historia de la guerra nacional centroamericana, además de reiterarnos la importancia de la unión centroamericana como una solución al constante acoso de los Estados Unidos en América Central. Además, enfocaremos en el tema del amor, el cual es representado en los personajes principales: María de la Luz Arango y Pedro Sevilla, donde veremos qué es lo que quiere representar el romance de ambos personajes. Y finalmente, se trata de ver cómo la novela conecta con otro acontecimiento que involucra de nuevo a Nicaragua en una nueva invasión norteamericana y la heroica resistencia del general Augusto Sandino.

Para el estudio de esta novela nos apoyaremos en algunos artículos que estudian la narrativa en la obra de Díaz Lozano, los cuales se mencionarán en la bibliografía, además de la propuesta del teórico literario Georg Lukács sobre el estudio de la novela histórica clásica en su famoso ensayo *La novela histórica* (1955). Sobre lo político nos apoyaremos en el pensamiento de Carl Schmitt, representado en su ensayo *El concepto de lo político* (1932), sobre la cuestión de amigos entre la causa centroamericana y los enemigos que son los norteamericanos y los nicaragüenses que apoyan la causa yanqui.

El tercer capítulo de la tesis está dedicado a la novela *La invasión*, de Ignacio Solares, donde analizamos la estructura narrativa del texto, en la que vamos leyendo la crónica escrita del personaje-escritor Abelardo, la cual narra lo acontecido en la Ciudad de México durante la llegada y toma de la misma por parte del ejército estadounidense, y la gran resistencia que puso el pueblo capitalino defendiendo su hogar, además de la particular forma en que representa al Padre Jarauta, quien toma un importante papel en la novela. Además, veremos qué nos dice el mensaje general de la novela, además de saber por qué Abelardo decide continuar la crónica de la guerra entre México y los Estados Unidos que dejó inconclusa de joven, la cual termina ya siendo un anciano.

Para lograr este estudio, nos apoyaremos en la obra de José Pozuelo Yvancos, *Poética de la ficción*, porque el tema de la ficción es sobre lo que se habla en la misma novela por enunciar constantemente que es una ficción. Se lee una historia y la creación de la misma

historia, como es el caso de *La invasión*. Y finalmente, para comprender el discurso narrativo de la novela, nos servimos de la obra del filósofo danés Soren Kierkegar, *El concepto de la angustia* (1844), porque el personaje-narrador, Abelardo, va consolando su angustia por medio de la escritura, además de que es el mensaje que busca dar la novela sobre la guerra entre México y los Estados Unidos en 1847, para que así los mexicanos nos adentremos en este doloroso periodo histórico, controlemos esa angustia y podamos construir un futuro mejor superando los traumas del ayer.

Capítulo I

Historia y ficción en la novela histórica

En el marco de la cultura occidental, en la antigua Grecia, Homero (siglo VIII a. C.) escribió dos epopeyas: La *Ilíada* y la *Odisea*. La primera fue muy importante para pensar la identidad griega (aunque Grecia como la pensamos hoy no existía), porque en el texto están escritos acontecimientos del pasado griego como la batalla de Troya; por su parte, en la historia de la *Ilíada* no hay límites entre la vida de los hombres y la de los dioses, éstos intervienen en el destino de los hombres y la obra puede ser leída como un acercamiento a la mitología griega.

En el siglo V a. C., Heródoto, interesado en los acontecimientos del pasado griego y de los “bárbaros”, recopiló información, la cual trabajó y representó en su magna obra la *Historia*, donde las palabras de apertura expresan el objetivo del antiguo historiador griego: “Heródoto de Halicarnaso presenta aquí los resultados de su investigación para que el tiempo no borre los trabajos de los hombres y que las grandes hazañas realizadas, sea por los griegos, sea por los bárbaros, no caigan en el olvido”.²⁴

Heródoto dice escribir sobre los grandes acontecimientos del pasado, dignos de ser recordados por la posteridad, con el fin de que sean conocidos por las generaciones futuras. En el texto se pueden encontrar los grandes mitos²⁵ de la cultura griega, como las acciones llevadas a cabo por el Dios Zeus y las grandes hazañas de sus héroes, como Ajax, su intervención de los dioses que influyen en el destino de la humanidad, algo similar a lo que describe la *Ilíada* de Homero.

Los poetas griegos tomaban los elementos de la historia para escribir sus tragedias, donde las divinidades griegas influyen en los destinos de las personas; también participaban los oráculos, quienes siempre logran leer los hilos que los dioses tienen deparados para los personajes de las tragedias.

²⁴ Heródoto, citado en Ivan Jablonka, *La historia es una literatura contemporánea. Manifiesto por las ciencias sociales* (2014), Buenos Aires, FCE, Primera edición, 2016, p. 28.

²⁵ Los mitos son un símbolo desarrollado en forma de relato, articulado en un tiempo y espacio imaginario determinado, además de ser también una explicación racional de determinados acontecimientos.

Por su parte, el historiador griego Tucídides, también en el siglo V a. C., escribe la *Historia de la guerra del Peloponeso*, donde nos describe y narra la guerra entre la Liga del Peloponeso, liderada por Esparta, y la Liga de Delos, liderada por Atenas. Testigo de esta guerra, Tucídides cuenta los acontecimientos de la batalla y expresa su método de trabajo:

No se equivocará quien, de acuerdo con los indicios expuestos, crea que los hechos a los que me he referido fueron poco más o menos como he dicho y no dé más fe a lo que sobre estos hechos, embelleciéndolos para engrandecerlos, han cantado los poetas, ni a lo que los logógrafos han compuesto, más atentos a cautivar a su auditorio que a la verdad, pues son hechos sin pruebas y, en su mayor parte, debido al paso del tiempo, increíbles e inmersos en el mito. Que piense que los resultados de mi investigación obedecen a los indicios más evidentes y resultan bastante satisfactorios para tratarse de hechos antiguos... Tal vez la falta del elemento mítico en la narración de estos hechos restará encanto a mi obra ante un auditorio, pero si cuantos quieren tener un conocimiento exacto de los hechos del pasado y de los que en el futuro serán iguales o semejantes, de acuerdo con las leyes de la naturaleza humana, si éstos la consideran útil, será suficiente.²⁶

Como se puede observar, Tucídides, escribió su historia de la guerra del Peloponeso sin ninguna intervención divina en la batalla, y mucho menos acontecimientos “fantásticos” que intervenían para beneficiar a algún bando en las batallas. Criticaba la forma de escribir la historia por parte de los poetas trágicos y de Heródoto. ¿Era “falsa” la historia de Heródoto, por el hecho de que los mitos griegos participaban en los acontecimientos? ¿Es “verdadera y auténtica” la forma en que se representa la historia de la guerra por parte de Tucídides? Esta problemática nació en la antigua Grecia y se extendió a lo largo de los siglos entre los historiadores, quienes buscaban la “verdad” y eliminar los elementos fantásticos, que serían “mentirosos” e “irreales”.

Aristóteles (384 a. C.-322 a. C.), en su obra la *Poética*, observó la similitud que existe entre el poeta y el historiador a la hora de componer sus textos, y al mismo tiempo matiza la diferencia entre el poeta y el historiador, por lo que dice:

²⁶ Tucídides, *Historia de la guerra del Peloponeso*, Traducción y notas de Juan José Torres Esbarranch, Madrid, Gredos, 2015, pp. 55-59.

La tarea propia del poeta no es revelar sucesos que en verdad hayan ocurrido, sino aquellos que podrían haber sucedido de acuerdo con la ley de la probabilidad o la necesidad. En efecto, el poeta y el historiador no difieren entre sí por el hecho de componer uno en forma de métrica y el otro en prosa... La verdadera diferencia reside en que el historiador relata los hechos que han ocurrido, mientras que el otro relata los hechos que podrían suceder. Por esta razón, la poesía resulta más filosófica y de un carácter más elevado que la historia; por otro, aspira a expresar lo universal, mientras que la historia tiende a expresar lo particular.²⁷

Aristóteles tiene una clara concepción de la escritura tanto poética como de la historia. Con la cita anterior expone que la poesía es muy superior a la historia por el hecho de hablar de posibilidades infinitas, generales, ya que el poeta cuenta con las herramientas de la verosimilitud y la mimesis, con las cuales imita las acciones humanas; a diferencia de la historia, que tiene la restricción de hablar de lo particular, esto quiere decir que solamente expresa los acontecimientos que ya ocurrieron en el tiempo pasado.

Además, la *Poética* de Aristóteles, la cual es una obra clásica de la teoría literaria en Occidente, en buena medida porque aportó conceptos importantes como el de *mimesis* y *verosimilitud*. La mimesis es definida por el filósofo griego de la siguiente forma:

La poesía, en general, parece haber tenido su origen en dos fuentes, y cada una de ellas procede de lo más arraigado en nuestra naturaleza. La primera se debe a que el instinto de imitación es connatural en el hombre, desde su infancia, siendo esto una ventaja respecto de los animales inferiores, ya que el hombre es la creatura más imitativa de todos los seres vivientes y por medio de la imitación logra incorporar sus primeros aprendizajes... La razón de esto reside en que aprender nos es el más elevado de los placeres y no sólo a quienes son filósofos, sino a los hombres en general y por más restringida que sea en ellos su capacidad de aprender. Por esta razón es que experimentamos placer en la contemplación de imágenes y encontramos en ellas una ocasión para los aprendizajes, nos es posible inferir qué representa cada cosa y así podemos reconocer, por ejemplo, que esta figura es tal cosa o tal otra, o que tal persona es tal o cual. En cambio, si no se ha visto previamente el original, el placer no se debería a la imitación como tal, sino en arte vertido en su ejecución, el colorido, o en alguna otra causa semejante. La imitación es, entonces, uno de los instintos propios de nuestra naturaleza.²⁸

²⁷ Aristóteles, *Poética*, Traducción de Sergio Alvano, Buenos Aires, Gradifco, 2007, p. 68.

²⁸ Aristóteles, *op. cit.*, p. 54.

Esta cita es muy importante para la creación del arte en general, y de la ficción en particular. Los poetas en la antigua Grecia, utilizaban de base a *La Ilíada* o en la historia para recrear las grandes acciones y acontecimientos. Los poetas clásicos se inspiran de estos para componer sus comedias, tragedias o líricas, o los novelistas modernos para escribir novelas o cuentos.

La verosimilitud, por su parte, habla de que el poeta, a diferencia del historiador, narra sobre hechos que podrían suceder, al tiempo que exalta lo verosímil “imposible” a lo posible pero “increíble”.

Con estas ideas es posible explicar la aparición en el siglo XVII de *El ingenioso hidalgo Don Quijote de la Mancha* (1605), de Miguel de Cervantes Saavedra (1547-1616), novela que narra la constante traducción de varios escritos que hace un español, con ayuda de un árabe al que le paga por tal labor, de un texto cuyo autor es Cide Hamete Benengeli, quien narra la historia de Don Quijote de la Mancha, un hombre de la tercera edad que es aficionado a la lectura de libros de temática caballerescas. La afición del Quijote por estas historias que lee llega a tal grado que decide hacer su propia historia caballerescas, y junto con su escudero Sancho Panza, recorren varios lugares para luchar a favor de la justicia y la opresión.

¿Por qué mencionar al *Quijote* como precursor de la ficción moderna? Consideramos que es la primera novela moderna, la cual cimentó las bases e ideas de cómo escribir y construir una “novela”, además de generar un razonamiento sobre las historias que cuentan los libros de caballería, de los cuales hace una parodia con el personaje de Don Quijote, quien era un gran fanático de estas historias, tanto así que decide emprender su camino como caballero andante y tener su propia historia, a lado de su fiel compañero y escudero Sancho Panza. Juntos emprenden el viaje, donde Don Quijote va a luchar en contra de la opresión y la injusticia, al enfrentarse a soldados, gigantes y demás seres de fantasía, reales desde la óptica del Quijote. La otra visión de los acontecimientos es desde la perspectiva de Sancho, quien ve personas comunes y corrientes, y no las disparatadas fantasías del Caballero de la Triste Figura. Vemos las dos visiones de las situaciones, objetos y personas. Por ello, en el siglo XX, el teórico literario José Pozuelo Yvancos, define al *Quijote* como una poética de la ficción:

En el *Quijote* no deja nunca de hablarse sobre ‘libros’, sobre su verdad y su mentira. La raíz misma de la novela, el arranque del *Quijote*, se sitúa en la locura de un hombre que ha perdido el juicio a causa de su desmedida fe en la verdad de los libros de caballería. La credulidad de Don Quijote hacia las novelas, su incapacidad para distinguir dónde se encuentra la frontera separadora de lo real y lo ficcional, lo verdadero y lo inventado, convierte al *Quijote* entero en una poética de la ficción.²⁹

Por esta razón, *Don Quijote* es una ficción moderna porque cuestiona las fronteras entre lo real y lo ficcional, los límites, como dice Pozuelo Yvancos, entre lo inventado y lo supuestamente sucedido.

Hablar de la ficción puede generar la dicotomía entre verdadero/falso, realidad/ficción. Nosotros afirmamos que la ficción trabaja con esas fronteras de lo “real” y lo “falso” para poder expresar un conocimiento sobre problemáticas reales que vivimos los seres humanos en aspectos sociales, económicos, políticos y culturales. O en palabras de Juan José Saer sobre la ficción: “está presente ese entrecruzamiento crítico entre verdad y falsedad... *El fin de la ficción no es expedirse en ese conflicto sino hacer de él su materia, modelándola ‘a su manera’*”.³⁰ Con este material que utilizan las ficciones novelescas, éstas construyen “fabricaciones intelectuales capaces de apartarse de los hechos precisamente para pensarlos”.³¹

Nosotros, como lectores, leemos en las novelas acciones representadas por personajes que conllevan al desencadenamiento de muchas situaciones, las cuales le dan sentido a la trama, que se desarrolla en un tiempo y espacio determinado. Puede ser un lugar y espacio extratextual, como lo hace la novela de José Emilio Pacheco *Las batallas en el desierto* (1980), que se sitúa en la ciudad de México en el año de 1950, o el caso de *Cien años de soledad* (1967), donde las acciones de la familia Buendía se llevan a cabo en un lugar ficticio, Macondo, las cuales recorren el tiempo histórico de Latinoamérica.

El tiempo de la trama de la ficción novelesca puede ser el tiempo pasado, el presente y el futuro. El narrador de la historia novelesca puede ser un personaje-narrador en primera persona, o también está la posibilidad de que haya dos o más narradores. En algunas novelas el narrador principal es una voz omnisciente en tercera persona, quien sabe lo que piensan y

²⁹ José Pozuelo Yvancos, *Poética de la ficción*, Madrid, Editorial síntesis, 1993, p. 26.

³⁰ Juan José Saer, *El concepto de ficción*, Madrid, Rayo Verde, 2016, p. 20. Las cursivas son nuestras.

³¹ Ivan Jablonka, *op. cit.*, p. 215.

sienten los personajes, además de desplazarse por el espacio y el tiempo sin ninguna dificultad, para poder tener una visión panorámica de la historia que nos va relatando a nosotros los lectores. También está el narrador en tercera persona que no es omnisciente, el cual no participa en la historia, pero conoce con detalle los acontecimientos y nos va contando la historia.

En el caso de nosotros como lectores de ficciones novelescas, debemos hacer un pacto y aceptar incondicionalmente todo lo que nos menciona la trama, porque estamos en presencia de un “mundo posible”, usando el concepto del filósofo alemán Gottfried Leibniz. Pozuelo Yvancos da tres características de lo que es un mundo posible: 1. Los mundos ficcionales son posibles estados de cosas; esto quiere decir que se legitima por “la semántica de mundos posibles la existencia de mundos posibles no verdaderos, no factuales”. Los mundos posibles no verdaderos y las entidades ficcionales son ontológicamente homogéneos. 2. La serie de mundos ficcionales es ilimitada y lo más variada posible; no hay restricción de la literatura al ser imitación del mundo real. No se excluyen mundos ficcionales análogos o similares al real, como tampoco esta semántica de mundos posibles excluye los más fantásticos o alejados. 3. Los mundos ficcionales son accesibles desde el mundo real: “Distintos canales semánticos permiten nuestro contacto con los mundos ficcionales, ya que la frontera está cerrada.” “Hay formas de descodificación que permiten esta comunicación, pero en rigor por importante que sea la realidad en la génesis de las ficciones, la comunicación sólo se da entre mundos a través de tales canales de traducción.”³² Si el lector no acepta el pacto de verosimilitud, perdería toda la experiencia que la ficción ofrece y no generaría el conocimiento que busca aportar el texto. Por ello, Antonio Garrido habla de la importancia de aceptar este importante acuerdo: “para que la ficción cobre vida en la mente del lector se requiere imperativamente no sólo la ‘voluntaria suspensión de la incredulidad’, sino una positiva actitud de conceder un ‘crédito irrestricto’ a las palabras del narrador... ‘el juego de la ficción’ requiere imperiosamente la aceptación como verdaderas de las proposiciones narrativas”.³³

³² José Pozuelo Yvancos, “La ficcionalidad: estado de la cuestión”, en *Signa: revista de la asociación española de semiótica*, núm. 3, Madrid, 1994, pp. 280-282.

³³ Antonio Garrido Domínguez, “Teorías de la ficción literaria: los paradigmas”, en Antonio Garrido Domínguez (comp.), *Teorías de la ficción literaria*, Madrid, Arco libros, 1997, pp. 20 y 21.

Las ficciones novelescas por lo tanto no son “mentiras”, porque se preocupan por problemáticas humanas, y tienen un razonamiento para presentar por medio de personajes prototipos en determinada situación los casos que le preocupan representar al escritor. La ficción “entabla una relación con lo verdadero si participa en el proceso de producción del saber como operadora de conocimiento, bajo la forma de un problema, de una desfamiliarización, de una hipótesis, de un tipo ideal, o de una construcción narrativa”.³⁴

En el siglo XIX fue clave para la disciplina de la historia y también para la ficción novelesca. Veamos qué pasó con la historia. En este siglo surgió la filosofía positivista, pensamiento filosófico creado por Henri de Saint-Simon (1760-1825) y Auguste Comte (1798-1857), aportando el pensamiento filosófico del positivismo el cual influyó en las ciencias del espíritu. La historia quería encontrar las leyes de los acontecimientos históricos, como lo planteó Comte con su filosofía de la historia, donde menciona las etapas por las que debe pasar el desarrollo y evolución de la humanidad: “por la naturaleza misma del espíritu humano, cada rama de nuestros conocimientos está obligada en su marcha a pasar sucesivamente por tres estados teóricos distintos: el estado teológico o ficticio; el estado metafísico o abstracto; por último, el estado científico o positivo”.³⁵ En el estado teológico los hechos sobrenaturales son explicados por medio de hechos inventados, como los mitos, o por intervención de fuerzas divinas. El estado metafísico es la transición del primer estado al tercer estado, esto quiere decir que en este estado los hechos ya no son explicados por acontecimientos sobrenaturales, sino que el conocimiento se abstrae y trata de darse una respuesta más o menos lógica, pero aun teniendo el método del primer estado. El tercer estado, que es el positivo o científico, el cual fue preparado por los dos estados anteriores, los hechos están ligados a leyes generales de un orden positivo, los cuales se confirman por los hechos mismos. Se generan hipótesis que deben ser comprobadas por medio del método científico.

Los historiadores, al ser influidos por los grandes avances de la ciencia y por la filosofía positiva, se preguntaron: ¿es posible que la historia pueda convertirse en una ciencia científica como lo son las ciencias naturales? Quien se aventuró a dar respuestas a estas

³⁴ Ivan Jablonka, *op. cit.*, pp. 220 y 221.

³⁵ August Comte, “Plan de trabajos científicos necesarios para la reorganización de la sociedad” (1822), en *Primeros ensayos* (1854), Traducción de Francisco Giner de los Rios, México, FCE, Quinta reimpresión, 2013, p. 107.

preguntas fue el historiador alemán Leopold von Ranke (1795-1886), durante la segunda mitad del siglo XIX. Influenciado por la abismal demostración que daba la física sobre las leyes naturales, además del positivismo, este historiador buscó la “verdad histórica” y mostrar los hechos, en sus palabras “mostrar lo que en realidad ocurrió”.

Para lograr este ambicioso plan, Ranke implementó ir a investigar en las fuentes primarias (algo que ya se hacía en el Renacimiento), porque éstas habían sido escritas por testigos que presenciaron los acontecimientos, quienes deciden registrar los hechos por medio de la escritura para dejar un vestigio de lo ocurrido para las futuras generaciones. Pero no todas las fuentes pueden ser auténticas, por ello el historiador alemán recurre a la filología y la paleografía para más o menos acreditar que el texto corresponde a la época en la cual ocurrió determinado acontecimiento, y así saber leer y encontrar los anacronismos que ayudan a desechar fuentes. Después de comprobar la autenticidad de la misma, hay que dejar que las fuentes “hablen por sí mismas”, sin que ningún juicio personal del historiador intervenga en la construcción de la historiografía, porque esto permitiría una visión subjetiva de los acontecimientos históricos; para lograr crear una “ciencia de la historia, [la cual] descansa sobre tres pilares: el ideal de objetividad, la fuente documental y el medio profesional”.³⁶

La metodología propuesta por Ranke fue muy bien recibida por la comunidad de historiadores, quienes la comenzaron a aplicar en sus investigaciones. La historia, a partir de este método, comienza a institucionalizarse en las universidades de Alemania, Francia, Inglaterra y España. Los recientes Estados-nación modernos supieron aprovechar el conocimiento histórico producido en las universidades para lograr construir una identidad y hablar de la historia de los orígenes y de la creación de la nación, y así inculcar a la sociedad la identidad y amor a la patria, el nacionalismo, concepto clave para entender por qué muchos sujetos se alistaban a los ejércitos cuando estallaba una guerra y daban la vida por su país.

Gracias a que la historia obtiene un método para crear conocimiento, el cual es presentar “objetivamente” los acontecimientos históricos, fuentes documentales, las cuales analiza con detalle, alcanza su profesionalización y logra acercarse a los métodos de la ciencia, pero sobre todo logra su independencia de la literatura, para “otorgar al historiador

³⁶ Ivan Jablonka, *op. cit.*, p. 82

el monopolio de lo real, la seriedad, la ciencia, la verdad, y dejar al escritor reinar en la literatura, el arte, la imaginación, la subjetividad”.³⁷

Por su parte, también en el siglo XIX, la ficción novelesca tuvo su mayor auge y desarrollo. Ésta, al igual que la historia, fue influida por la filosofía del positivismo. Surge la corriente literaria del realismo, opuesta al romanticismo, movimiento que apelaba a los sentimientos humanos. En contraposición a esta corriente el realismo literario tiene la “voluntad de pintar la realidad sin expurgarla ni idealizarla, interés por la vida del pueblo y las cosas de lo cotidiano, mención de los grandes problemas de la época”.³⁸ Algunas características de las ficciones “realistas” es que representan rasgos particulares para representar la clase social, la psicología, la ropa, además de la vida cotidiana (el vagabundo que vive en las calles de París, en contraposición con el joven burgués que vive con todas las comodidades y es indiferente a los problemas sociales). El espacio también era descrito con gran detalle para dar un efecto de realidad a los lectores. El realismo buscaba ser lo que afirmó el escritor francés Stendhal (1783-1842): “la novela es un espejo que se pasea a lo largo de un camino”.³⁹

Una de las novelas más importantes del realismo literario es *La comedia humana* (1830), del escritor francés Honoré de Balzac (1799-1850), la cual abarca desde la caída del Imperio de Napoleón (1815) hasta la monarquía de Julio (1830). Balzac se encontraba interesado por los cambios sociales y culturales de su sociedad por medio de personajes prototipo con sus respectivas problemáticas de “clase”, además de señalar con una sorprendente precisión los espacios de la ciudad de París. Además, escribió *Les Français peints par eux-mêmes* (1840), el cual presenta los cuadros de costumbres y los tipos sociales de cada personaje en particular de la sociedad francesa, por ejemplo, el vendedor ambulante, la religiosa, los burgueses, entre otros más. Surgieron muchas novelas realistas como *Crimen y castigo* (1866) de Fiódor Dostoyevsky (1821-1866), *Tiempos difíciles* (1854) de Charles Dickens (1812-1870), *Madame Bovary* (1856) de Gustave Flaubert (1821-1880),

Por su parte, el escritor francés Emile Zola (1840-1902), dio nacimiento a una corriente literaria denominada “naturalismo”, la cual surge del realismo literario y su fin estético es documentar la realidad y reproducir todos sus aspectos, hasta los niveles más

³⁷ Ivan Jablonka, *op. cit.*, p. 94.

³⁸ *Ibid.*, p. 77.

³⁹ Citado en Carlos Rama, *La historia y la novela*, Buenos Aires, Editorial Nova, 1970, p. 24.

grotescos y repugnantes. El método para lograr este fin estético, “experiodista, Emilie Zola... en cada una de sus novelas da lugar a una preparación consistente en reunir informaciones y documentos, hacer visitas, conocer gente, impregnarse del ambiente”.⁴⁰

Como se puede observar, los escritores del realismo literario decimonónico se preocuparon por los problemas sociales de su tiempo, por esa razón salían a las calles de sus respectivas ciudades para recorrerlas, y así observar a las personas en sus actividades cotidianas, y principalmente, ver su estilo de vida y las problemáticas que los acechaban como las desigualdades económicas, las injusticias sociales, su ideología política, entre otras cuestiones más que al historiador en ese momento no le importaban, ya que estaba centrado en la historia política y nada más. Así, la novela realista, en palabras de Ivan Jablonka: “la ficción novelesca... fundada en la verosimilitud y la identificación, se convierte en la verdad de la literatura. Sus temas son las nociones del corazón, la vida interior, los sucesos psicológicos, las aspiraciones del individuo frente a las coacciones sociales, la excepcionalidad dolorosa”.⁴¹

Las grandes diferencias que hay entre los historiadores y los escritores en el siglo XIX, la vemos en los primeros quienes buscan hacer de la historia una ciencia que demostrara la “verdad” de los acontecimientos del pasado, ninguna de las partes quiso observar las ventajas que se podrían obtener tanto de la ficción novelesca en la historia, como de la historia en la novela. En la primera mitad del siglo XX, los historiadores pusieron en tela de juicio la objetividad de la ciencia histórica de la cual se jactaban los historiadores decimonónicos con sus ideas de “realidad” (por otro lado es imposible “mostrar los acontecimientos como en verdad ocurrieron”). No hay imparcialidad en los historiadores, porque cuando escriben la historia de determinado acontecimiento, toman postura a favor o en contra de aquello sobre lo que están hablando, y el combate por la historia se entabla sobre alguien en general o en particular. Otro detalle importante en la investigación histórica es el apoyo que toman los historiadores de otras ciencias sociales como la economía, la sociología, la antropología y la geografía, para poder analizar con detalle el objeto de estudio. Por su parte, la ficción novelesca dejó atrás el realismo literario, porque también los escritores del siglo XX llegaron a la conclusión de que es imposible “reflejar” la realidad por más exhaustivas que fueran las

⁴⁰ *Ibid.*, p. 79.

⁴¹ *Ibid.*, p. 46.

descripciones de los personajes y de los lugares, lo cual no impedía seguir haciendo crítica social y así representar las problemáticas que preocupan al escritor sobre el espacio sociocultural en el que vive.

La forma de escribir y hacer la historia cambió radicalmente en el siglo XX, ya que los historiadores dejaron de hacer estudios de los grandes personajes, las guerras y los tratados, y pasaron a observar el estudio de lo económico, lo social y lo cultural en el pasado. Por ello, la Escuela de los Annales en Francia, para poner como ejemplo, se dedicó al estudio histórico de lo social y económico, además de dar lugar a la famosa historia de las mentalidades. Por su parte, en el Reino Unido los historiadores marxistas se interesaron por las problemáticas de las clases sociales, como habían hecho anteriormente los escritores del realismo literario del siglo XIX.

En la segunda mitad del siglo XX, al observar que la historia y la ficción novelesca se preocupan por entrañar y dar respuesta a problemáticas humanas, además de que ambas narran los acontecimientos y nos los representan, además escriben y a veces tienen estilos más o menos similares, llevó a abordar esta curiosa relación a dos teóricos importantes, el historiador norteamericano Hayden White (1928-2018), y el filósofo francés Paul Ricoeur (1913-2005).

White estudió cómo construyen y escriben los historiadores del siglo XIX como Jules Michelet (1798-1874), Leopold von Ranke, Alexis de Toqueville (1805-1859) y Jacob Burckhardt (1818-1897) y llegó a la conclusión de que era muy similar a la novela, porque ambas narran los acontecimientos y los van explicando, porque construyen la trama de la historia que buscan narrar, aunque el historiador debe apoyarse en fuentes para lograr este fin, porque trata un acontecimiento histórico, a diferencia del escritor, que es libre y se sujeta a su imaginación y puede darle el curso que quiera a los acontecimientos. En su obra magna, *Metahistoria. La imaginación histórica en la Europa del siglo XIX* (1973), menciona las diferencias entre el escritor y el historiador:

A diferencia de las ficciones literarias, como la novela, las obras históricas están hechas de hechos (sic) que existen fuera de la conciencia del escritor. Los sucesos registrados en una novela pueden ser inventados de una manera como no pueden serlo (o se supone que no deben de serlo) en una obra histórica... A diferencia del novelista, el historiador se enfrenta con un verdadero caos de sucesos ya constituidos, en el cual debe recoger los elementos del relato

que narrará. Hace su relato incluyendo algunos hechos y subordinando otros. Ese proceso de exclusión, acentuación y subordinación se realiza con el fin de constituir *un relato de un tipo particular*. Es decir, el historiador “trama” su relato.⁴²

Al profundizar sobre la construcción del relato histórico, White, en la “Introducción: la poética de la historia”, del mencionado libro, afirma que la construcción y escritura de la historia en el siglo XIX es similar a como un escritor construye y escribe una ficción novelesca. Explica que la historia utiliza cuatro modos de explicación de la trama, las cuales son el romance, la tragedia, la comedia y la sátira. La explicación por argumentación formal también tiene cuatro vertientes discursivas: formista, organicista, mecanicista y contextualista. La forma de la explicación por implicación ideológica contiene cuatro posiciones ideológicas básicas: anarquismo, conservadurismo, radicalismo y liberalismo. Esto se combina con un lenguaje tropológico, donde se usan la metáfora, la metonimia, la sinécdoque y la ironía. Los historiadores, según White, escogen la forma estética, lógica y política para sus narraciones y así explicar los acontecimientos históricos.

Con esta argumentación, el historiador norteamericano llega a la conclusión de que la historiografía tiene elementos en común con una ficción novelesca: “las narrativas históricas como lo que manifiestamente son: ficciones verbales cuyos contenidos son tanto *inventados* como *encontrados* y cuyas formas tienen más en común con sus homólogas en la literatura que con las de la ciencia”.⁴³

Nosotros no estamos de acuerdo con la afirmación de Hayden White de que la historia sea idéntica a las ficciones novelescas por el hecho de que ambas narren acontecimientos. Una cosa es que el historiador utilice algunas técnicas narrativas literarias para la construcción del texto histórico, haya un grado de subjetividad en la explicación de los acontecimientos, y también “una dimensión poética que comparten tanto el relato ficticio como el histórico”,⁴⁴ y otra que la historia sea ficción. La historia se construye a partir de

⁴² Hayden White, *Metahistoria. La imaginación histórica en la Europa del siglo XIX* (1973), traducción de Stella Mastrangelo, México, FCE, Cuarta reimpresión, 2010, p. 17.

⁴³ Hayden White, “El texto histórico como artefacto literario”, en *El texto histórico como artefacto literario*, Traducción de Verónica Tozzi, Barcelona, Paidós, 2003, p. 109.

⁴⁴ Begoña Pulido Herráez, *Poéticas de la novela histórica contemporánea* (2006), México, UNAM/Centro Coordinador y Difusor de Estudios Latinoamericanos, 2009, p. 48.

fuentes historiográficas, huellas del pasado, testimonios, además de tener un método con el cual se genera y se construye el conocimiento histórico.

Por su parte, Paul Ricoeur señala que la historia y la ficción se sirven de la narración para dar cuenta de una experiencia temporal. La narración es el medio que ayuda a transformar el tiempo en tiempo humano, y de esta manera logramos comprender las experiencias temporales, y así podemos relatar acontecimientos históricos, o de nuestra vida cotidiana, también historias ficcionales y explicarlas sucesivamente. Por ello dice que la ficción y la historia comparten una estructura narrativa en común: “A saber, a pesar de las diferencias evidentes que existen entre el relato histórico y el de ficción, ambos poseen una *estructura* narrativa común, que nos permite considerar el ámbito de la narración como un modelo discursivo homogéneo”.⁴⁵

Además, el filósofo francés plantea la cuestión del tiempo histórico, el cual es un medio que conecta la temporalidad social y la temporalidad individual al tiempo externo, eterno y sin memoria. En su monumental obra de tres volúmenes *Tiempo y narración* (1985), Ricoeur plantea que en las narraciones que producen los historiadores y los escritores existe una secuencia temporal. El historiador explica el pasado histórico por medio de una configuración cognitiva al ordenar los acontecimientos y explicar la secuencia que tuvo una acción que desencadenó otra serie de acciones que dieron nacimiento al acontecimiento histórico que está narrando el historiador. Por su parte, el escritor, al relatarnos la historia de sus personajes que busca representar, recurre a un ordenamiento del tiempo para explicar las acciones que llevan estos personajes y que dan nacimiento a la trama que vamos leyendo. Por esta razón es común que en la novela y en la historiografía haya técnicas narrativas similares; en los textos historiográficos el narrador de los acontecimientos es el historiador mismo, quien nos va contando los hechos históricos, además de analizarlos a detalle; en las novelas, hay un narrador, el cual puede ser en primera persona o en tercera persona, y puede existir más de un narrador, quienes nos cuentan la historia que vivieron o que observaron sin participar en ella o habiendo participado. Por estos medios logramos ubicar los acontecimientos y entendemos las causas y las consecuencias de las acciones que nos presentan tanto los textos ficcionales como los historiográficos, lo cual hace que la ficción y

⁴⁵ Paul Ricoeur, *Historia y narratividad* (1978), Traducción de Ángel Gabilondo y Gabriel Aranzueque, Barcelona, Ediciones Paidós, Primera edición, 1999, p. 83.

la historia se entrecrucen, o en palabras de Ricoeur: “por el entrecruzamiento de la historia y de la ficción, entendemos la estructura tanto ontológica como epistemológica, gracias a la cual la historia y la ficción sólo plasman su respectiva intencionalidad sirviéndose de la intencionalidad de la otra”.⁴⁶

A diferencia de Hayden White, Paul Ricoeur sabe muy bien que la historia y la ficción son lo mismo por usar técnicas similares para sus construcciones narrativas. Por ejemplo, la verosimilitud, elemento de la ficción novelesca, puede equipararse con la realidad por el gran trabajo que ha hecho el escritor. Esto puede generar que la historia y la ficción parezcan similares. Por eso Ricoeur observa esta posibilidad: “la verosimilitud se confunde entonces con una modalidad de semejanza con lo real que coloca la ficción en el mismo plano que la historia”.⁴⁷ El filósofo francés es consciente de que hay libros de historia que pueden ser novela e historia al mismo tiempo. Por el hecho de usar técnicas narrativas de la ficción, no por ello deja de ser un libro de historia: “la misma obra puede ser así un gran libro de historia y una extraordinaria novela. Lo sorprendente es que esta interconexión de la ficción con la historia no debilita el proyecto de representancia de esta última, sino que contribuye a realizarlo”.⁴⁸

Hayden White, a pesar de que afirma que la historiografía es similar a la ficción novelesca, y Paul Ricoeur, tienen un punto muy importante en común: la narración es una necesidad humana para así lograr una reflexión sobre las acciones en el acontecer del tiempo. El historiador que busca narrar y explicar un acontecimiento histórico, por ejemplo la Revolución francesa, se apoya en las fuentes que hay sobre ese hecho, y va construyendo los sucesos como los antecedentes que prepararon la revolución, al estudiar a los tres estados que conformaban la sociedad francesa del siglo XVIII, además de los problemas económicos que padecía la Corona francesa, liderada por Luis XVI. De ahí que el historiador nos dé detalles y explicaciones de por qué el 14 de julio de 1789 las clases populares tomaron La Bastilla y sus armas, para dar paso al movimiento revolucionario que desencadenó la creación de una Monarquía constitucional, entre otros acontecimientos importantes de este gran acontecimiento histórico. Por ello es importante que el historiador sea narrador dentro de la

⁴⁶ Paul Ricoeur, *Tiempo y narración III. El tiempo narrado* (1985), Traducción de Agustín Neira, México, Siglo XXI Editores, Cuarta reimpresión, 2009, p. 902.

⁴⁷ *Ibid.*, p. 915.

⁴⁸ *Ibid.*, p. 908.

historia que va construyendo y relatándonos. El mismo caso sucede con la novela. El escritor debe ir relatando la historia que nos quiere contar por medio del narrador principal, como por ejemplo en la novela *El túnel* (1948), donde el personaje principal, Juan Pablo Castel, nos relata cómo conoció a María Iribarne, además de cómo surgió el amor que llegó a sentir por ella, y finalmente las razones que lo llevaron a decidir matarla.

Trazamos en lo posible, al ser un tema tan basto y complejo, además de que no es el objetivo principal de esta tesis, la explicación de las diferencias entre la historia y la ficción novelesca, sus problemáticas y sus similitudes, con el fin de dar paso al estudio de la novela histórica, en particular dos que van a ser de nuestro interés. Las teorías de la historia y de la ficción de Hayden White y Paul Ricoeur son importantes para entender cómo es que el discurso histórico y el discurso de la ficción literaria pueden ser mezclados en la novela histórica. Por ejemplo, la poética de la historia que plantea White sobre la historiografía y la filosofía de la historia en el siglo XIX, es aplicado en la novela histórica, porque el escritor tiene la libertad de crear un discurso narrativo ideológico con ciertos fines, como en su momento lo llevaron a cabo los liberales del siglo XIX latinoamericano, quienes escribieron ficciones históricas con el objetivo de crear una identidad propia a las nacientes naciones, las cuales emergieron después de las guerras de Independencia. Generalmente se apoyaron en el estilo romántico de la novela –tema que analizaremos más adelante–. La novela histórica tiene en su narrativa bien presente el entrecruzamiento de la historia y la ficción, del cual habla Ricoeur, porque los escritores en algunos casos se apoyan en la documentación, la cual muchas veces no es tomada en su aproximación histórica de determinado hecho histórico que buscan recrear con la ayuda de la ficción.

Con todo lo dicho hasta el momento, pasaremos a mostrar las características de la novela histórica clásica, la cual tuvo su nacimiento en el siglo XIX de la pluma del escritor escocés Walter Scott, así como un proceso de cambio y desarrollo que se consuma en el siglo XX con el surgimiento de la llamada “nueva novela histórica” o “novela histórica contemporánea”.

La novela histórica clásica

La novela histórica hizo su debut en Europa en el siglo XIX, curiosamente en el momento histórico donde la novela y la historia tuvieron su mayor auge y desarrollo, como lo comentamos en el apartado anterior. En la primera mitad de ese siglo, durante las guerras napoleónicas, las cuales repercutieron radicalmente en la sociedad europea, las masas participaron en las batallas, sin importar si tuvieran entrenamiento militar profesional, lo cual generó que estos sujetos abandonaran sus hogares y viajaran alrededor de Europa para enfrentar las batallas en distintos lugares. Esta guerra, la cual duró aproximadamente 15 años, cuando finalmente fue derrotado el ejército francés liderado por Napoleón Bonaparte (1769-1821), en la batalla de Waterloo, en 1815, marcó la vida de los europeos, independientemente de si participaron en las batallas o no. La guerra permeó otra vez la vida cotidiana de las personas, por ejemplo, con la escasez de alimentos, la ausencia de los hombres de familia que eran reclutados por los ejércitos para hacerle frente a la guerra, las mujeres trabajando las tierras o consiguiendo algún empleo para sustentar a sus familias y llevar alimento a sus hogares. Para el teórico literario de origen húngaro, Georg Lukács (1885-1971), en su clásica obra *La novela histórica* (1955), estas causas dieron nacimiento a la conciencia histórica de los europeos y la importancia de la idea de la historia:

tales experiencias se combinan con el conocimiento de que parecidas revoluciones ocurren por doquiera en todo el mundo, resulta muy comprensible el extraordinario fortalecimiento de la idea de que hay una historia, de que esa historia es un ininterrumpido proceso de los cambios, y, finalmente de que esta historia interviene directamente en la vida del individuo.⁴⁹

Además, siguiendo el razonamiento de Lukács, quien aplica su conocimiento de la teoría literaria además de ser experto en la teoría marxista, afirma que, a partir del estallido de la Revolución francesa, los cambios que generó en el aspecto social, político y económico repercutieron en toda Europa, lo cual dio paso al surgimiento de la novela histórica: “estos

⁴⁹ Georg Lukács, *La novela histórica* (1955), Traducción de Jasmin Reuter, México, Ediciones Era, Tercera edición, 1977, p. 20.

acontecimientos, esta revolución del ser y de la conciencia del hombre en Europa constituyen la base económica e ideológica para la creación de la novela histórica de Walter Scott”.⁵⁰

Esta conciencia e importancia de la historia repercute en la obra del escritor escocés Walter Scott (1771-1832), quien dio nacimiento a la novela histórica. Escribió obras como *Waverley* (1814), *Ivanhoe* (1819) (esta última lo hizo saltar a la fama en Europa y dar a conocer la novela histórica), y *Quentin Durward* (1823). Estas ficciones históricas están ambientadas en la Inglaterra medieval. Representan los conflictos sociales que vivían, por ejemplo, los señores feudales en contra del rey, además de la lucha de clases entre los siervos y los mismos señores feudales. Para conseguir representar estas problemáticas y dar vida a los tiempos pasados, y así lograr una mejor trama histórica, Scott se apoyó en “una documentación rica y variada para esbozar el telón de fondo de la intriga”,⁵¹ así como lo hizo Zola para representar problemáticas contemporáneas en sus novelas.

Con todo esto, Lukács explica las características principales que contiene la novela histórica clásica del siglo XIX europeo, las cuales enunciaremos a continuación. La cuestión de los personajes en la novela, en particular el principal, es un héroe medio, porque “busca el ‘camino medio’ entre los extremos y se afana por mostrar poéticamente la realidad histórica de este camino, basándose para ello en la elaboración literaria de las grandes crisis de la historia”.⁵²

Las grandes crisis históricas de determinado país son el elemento para escribir una novela histórica, porque su narrativa “se afana por presentar las luchas y las oposiciones de la historia a través de algunos personajes que en su psicología y en su destino se mantienen siempre como representantes de corrientes sociales y poderes históricos”.⁵³

La novela histórica representa las crisis nacionales que afecta la vida cotidiana del pueblo, aunque éste no tome partido de manera activa por algún bando de los cuales se encuentran en conflicto en ese momento histórico: “la persistencia de la vida común y corriente no significa que la vida, el pensamiento y la experiencia de estas masas populares

⁵⁰ Ibid., p. 29.

⁵¹ Ivan Jablonka, *op. cit.*, p. 57.

⁵² Georg Lukács, *op. cit.*, p. 32.

⁵³ Ibid., p. 33.

que no toman parte activa en la guerra civil o al menos no la toman apasionadamente, se mantengan inalterados por la crisis histórica”.⁵⁴

Los personajes principales, además de ser héroes medios, son personajes ficticios, “en las novelas... desempeñan este papel capital personas históricamente desconocidas y de autenticidad histórica dudosa o inexistente”.⁵⁵ Esto quiere decir que los personajes históricos que en verdad existieron como Napoleón, Santa Anna o Madero, pasan a ser personajes secundarios en la novela.

La novela histórica tiene como función conectar el tiempo presente del escritor con ese pasado que está siendo novelado. La conciencia histórica del autor está en plasmarnos un acontecimiento del pasado, en función con un acontecimiento del presente. Lukács dice al respecto: “sin esa relación vivida con el presente, la plasmación de la historia resulta imposible”.⁵⁶

La novela histórica de Scott fue muy popular en Europa, influyendo a algunos escritores a producir ficciones históricas. En Italia, Alessandro Manzoni (1785-1873) escribió *Los novios* (1842); en Rusia, Alexander Pushkin (1799-1839) escribió *La hija del capitán* (1836); en Francia, Alfred de Vigny (1797-1863) produjo *Cinq-Mars* (1826). Prosper Mérimée (1803-1870), en el prólogo de su drama *La Jacquerie* (1828), expresa cómo la imaginación histórica está muy presente a la hora de elaborar una ficción histórica:

Me imaginé que paseaba por París en el mes de mayo de 1588, durante el tempestuoso día de las barricadas... visité una tras otra las salas del Louvre, las del Hotel de Guise, las tabernas, las iglesias, las habitaciones de los burgueses que habían sido partidarios de la Liga, de los políticos o de los hugonotes, y siempre que a mis ojos se ofrecía una escena pintoresca, una imagen de las costumbres, un rasgo de carácter, he tratado de fijarlo en una copia, bosquejando la escena. Se siente que con esto sólo se podía producir una serie de retratos o, para hablar como un pintor, de *estudios*, de *esbozos*, que no pueden aspirar a otro mérito aparte el del parecido.⁵⁷

⁵⁴ *Ibid.*, p. 38.

⁵⁵ *Ibid.*, p. 39.

⁵⁶ *Ibid.*, p. 58.

⁵⁷ Prosper Mérimée, citado en Georg Lukács, *op. cit.*, pp. 91 y 92.

Estas obras dieron popularidad a la novela histórica en Europa; hasta el mismo Ranke leyó *Quintin Durward* de Scott; aunque en un principio quedó impresionado por la forma en que se representa la historia, decidió combatir estas “dañinas ficciones”, las cuales en su opinión sólo tergiversaban los acontecimientos y estaban alejadas de la “verdad”. Por ello, cuando el historiador alemán desarrolló el método histórico para llegar a la objetividad, imparcialidad y verdad de los acontecimientos (siguiendo la conclusión de Carlos Rama), “la joven ciencia histórica probó sus noveles armas contra Scott y sus epílogos, mostrando sus errores, irreverencias y hasta el desconocimiento de épocas que pretendía *revivir*”.⁵⁸

América Latina no fue la excepción sobre la influencia de la novela histórica de Scott. En 1825 se hicieron las primeras traducciones de las obras del escritor escocés al español. Los hombres de letras, al leer las ficciones de Scott, fueron influenciados por la representación de los acontecimientos históricos de Inglaterra o Escocia, y por esta razón decidieron tomar como escenario la historia de las nacientes naciones de la Patria Grande. Y así es como surge la que es considerada la primera novela histórica latinoamericana, *Xicotencatl* (1826), novela de autor anónimo, publicada en Filadelfia, Estados Unidos. Muchos estudiosos de esta novela están de acuerdo con la conclusión de que esta obra fue escrita por el cubano José María Heredia (1803-1839). La trama de esta ficción histórica se desarrolla durante la época de la conquista española, cuando Hernán Cortés pasa y tiene una breve estancia por Tlaxcala. Allí logra dialogar con Xicotencatl padre, quien es líder del gobierno tlaxcalteca, el cual decide apoyar la causa española. El príncipe Xicotencatl, además de ser el personaje principal, se rebela contra la decisión del Senado tlaxcalteca de apoyar a los españoles. Por esta razón terminan asesinando al príncipe tlaxcalteca. El discurso de esta obra es presentar que la conquista de México fue lograda por la gran división política que tenían las comunidades indígenas, y no por el ingenio del conquistador español. Aunque en este caso no se cumple la participación del personaje medio en la trama de la novela histórica como la teoría de la novela de Lukács, si es clave la crisis que se generó con la llegada de los españoles a la región mesoamericana a inicios del siglo XVI.

Los hombres y mujeres de letras latinoamericanos, quienes estaban inmiscuidos en la política de sus respectivas naciones, además de que muchos tuvieron algún puesto en las legislaciones o administración pública, buscaron forjar una identidad nacional republicana

⁵⁸ Carlos Rama, *op. cit.*, p. 18.

independiente –ideología de la mayoría de los liberales–, y así “desaparecer” los vestigios coloniales españoles. Observaron las bondades que podrían generar escribir novelas históricas, medio ideal y didáctico para difundir una conciencia histórica propia, y así producir un sentimiento nacionalista en el lector. Estas novelas históricas fueron difundidas en los periódicos, sin importarle a los escritores que la gran mayoría de la población latinoamericana no sabía leer y escribir. Estas ficciones históricas fueron elaboradas por entregas, ya que cada capítulo aparecía semanalmente por medio del folletín⁵⁹.

Hubo una gran proliferación de novelas históricas en Latinoamérica, de las cuales enunciaremos brevemente algunas como *Amalia* (1855), del argentino José Mármol (1818-1871), *La novia del hereje o la inquisición de Lima* (1854), del argentino Vicente Fidel López (1815-1903), *Enriquillo* (1879), del dominicano Manuel de Jesús Galván (1834-1910). El romance fue la principal característica de las novelas históricas latinoamericanas del siglo XIX. El romance lo entendemos como lo define Doris Sommer: “por *romance*, entiendo una intersección entre nuestro uso contemporáneo del vocablo como historia de amor y el uso del siglo XIX”.⁶⁰ El amor heterosexual está muy presente en estas novelas históricas, ya que los amantes representan la unión de proyectos políticos, económicos o de nación que se encuentran en pugna, “las inevitables historias de amantes desventurados que representan, entre otros factores, determinadas regiones, razas, partidos e intereses económicos”.⁶¹ Es entendible que además de la relación de la historia y la ficción, la política se relaciona muy bien con la ficción histórica, para lograr construir la nación moderna latinoamericana con fines ideológicos liberales.

El amor es importante en estas novelas históricas porque representa por medio de los personajes principales, que siempre son un hombre y una mujer, los cuales se enamoran por sus cualidades humanas y valores, pero siempre hay un gran impedimento para que su amor no logre consolidarse en el matrimonio, porque las familias de los enamorados representan proyectos políticos-ideológicos antagónicos, razón por la cual es difícil el romance pueda desarrollarse. Estos romances representan las visiones diversas de nación, las cuales son

⁵⁹ Son cuentos, novelas o artículos o ensayos literarios que se publicaban a menudo por entregas, en algún periódico o revista.

⁶⁰ Doris Sommer, *Ficciones fundacionales. Las novelas nacionales de América Latina* (1993), Traducción de José Leandro Urbina y Ángela Pérez, Bogotá, FCE, Primera edición, 2004, p. 22.

⁶¹ *Idem*.

difíciles de tener una unión entre ellos. La mujer, en estos casos, se rebela a la autoridad paternal, convirtiéndose en una heroína romántica que logra sus objetivos a pesar de los obstáculos. Además del obstáculo familiar, otro impedimento era la guerra. El hombre debía probar que era digno del amor de la mujer al ir a luchar en la guerra para defender a la nación que estaba siendo “violada” por el enemigo extranjero o por el tirano (como en el caso de Juan Manuel de Rosas en la novela *Amalia*), o para defender la ideología de la familia si era una guerra civil entre liberales y conservadores. También en estas historias podía suceder que la mujer se enamorara del soldado extranjero o viceversa. En estos casos, el personaje masculino se convertía en un símbolo del heroísmo patriótico.

Generalmente estas ficciones históricas terminan con la consumación del matrimonio de los amantes, quienes se convierten en un símbolo de que los proyectos antagónicos pueden unirse para el bien de la nación. “Aun cuando terminen en matrimonios satisfactorios... la felicidad se lee como una proyección anhelada de la consolidación y el crecimiento nacional: una meta hecha visible”.⁶² Además, la idea de fomentar el matrimonio en la sociedad decimonónica latinoamericana era con fines de procrear a los futuros ciudadanos, quienes debían desarrollar desde la infancia una identidad nacional y así amar a su tierra y trabajar para que la nación fuera próspera para todos.

Además, estos matrimonios que se consuman en las ficciones históricas, se pueden dar entre hombres y mujeres de etnia distinta, o de una región que es rival de otra en el programa político-económico, o de familias que apoyan partidos políticos muy distintos, entre otras diferencias. Por ello, en los romances se muestra

Su proyecto común de construir un futuro mediante las reconciliaciones y amalgamas de distintos estratos nacionales imaginados como amantes destinados a desearse mutuamente. Esto produce una forma narrativa consistente que puede asimilar distintas posiciones políticas pues está impulsada por la lógica del amor. Con un final feliz, o sin él, los romances invariablemente revelan el deseo de jóvenes y castos héroes por heroínas igualmente jóvenes y castas: la esperanza de las naciones en las uniones.⁶³

⁶² *Ibid.*, p. 23.

⁶³ *Ibid.*, p. 41.

Estos ideales representaban la unión de proyectos nacionales en las novelas históricas latinoamericanas por el bien de la nación; esta es una visión ideológica representada por parte de los liberales o republicanos, quienes siempre tuvieron una encarnizada lucha ideológica contra los conservadores o monarquistas, por imponer un proyecto de nación viable. A veces los liberales estaban en el poder del Estado y promovían reformas y leyes que no conformaban a los conservadores; igual sucedía cuando los conservadores tenían el poder público y no dejaban conformes a los liberales, por lo cual estos problemas se resolvían con guerras civiles que afectaban el desarrollo y construcción de una nación fuerte y sólida en lo político y económico, y generaba una sociedad dividida y fragmentada, lo cual repercutía en tener una nación débil y vulnerable.

Con la publicación constante de novelas históricas latinoamericanas, los letrados decimonónicos estudiaron las ficciones históricas y crearon teorías y reflexiones literarias. Por ejemplo, el escritor y político mexicano Ignacio Manuel Altamirano (1834-1893), da su interpretación de las novelas tanto históricas como no históricas. Al respecto, menciona

Las novelas son sin duda el género que más gusta al público, es el género de literatura más cultivado en el siglo XIX y el artificio con que los hombres pensadores de nuestra época han logrado hacer descender a las masas doctrinas y opiniones que de otro modo habría sido difícil que aceptasen... la novela ocupa hoy un rango superior, y aunque revestida con las galas y atractivos de la fantasía, es necesario no confundirla con la leyenda antigua, es necesario apartar sus disfraces y buscar en el fondo de ella el hecho histórico, el estudio moral, la doctrina política, el objeto social, la predicación de un partido o de una secta religiosa; en fin, una intención profundamente filosófica y trascendental en las sociedades modernas.⁶⁴

Altamirano nos quiere decir que, al leer, en nuestro caso, una ficción novelesca, no hay que quedarnos con la historia que nos relata a primera vista, sino saber observar y desentrañar el discurso narrativo de la novela, el cual nos presenta una visión ideológica en el aspecto político, económico o social, además de presentarnos una visión histórica y filosófica que nos quiere transmitir el autor por medio de su obra literaria.

⁶⁴ Ignacio Manuel Altamirano, "La literatura en 1870. La novela mexicana", en *Obras completas. Escritos de literatura y arte*, vol. XII, t. I, México, SEP, 1988, p. 235.

Por su parte, el novelista e historiador argentino Vicente Fidel López, en el famoso prólogo de su novela *La novia del hereje o la inquisición en Lima* (1854), señala la importancia de la novela histórica y su utilidad:

Parecíame entonces que una serie de novelas destinadas a resucitar el recuerdo de los viejos tiempos, con un buen sentido, con erudición, con paciencia y consagración al trabajo, era una empresa digna de tentar al más puro patriotismo, porque creía que los pueblos en donde falte el conocimiento claro y la conciencia de sus tradiciones nacionales son como los hombres desprovistos de hogar y de familia, que consumen su vida en oscuras y tristes aventuras sin que nadie quede ligado a ellos por el respeto, por el amor o por la gratitud... Esta es quizá la causa de que Walter Scott y Cooper sean únicos en el mundo moderno: es un hecho al menos, que los pueblos para quienes escribieron son los únicos en donde se respetan las tradiciones nacionales como una creencia inviolable.⁶⁵

La conciencia histórica es algo muy importante para este escritor argentino, porque el conocimiento del pasado histórico producido por la novela histórica genera en la sociedad una identidad sobre el lugar donde nació y vive, aprender sobre él y producir el amor nacionalista, como habíamos mencionado anteriormente.

Además, en el mismo prólogo el escritor argentino da una interesante propuesta teórica sobre la novela histórica, que expondremos en seguida:

A mi modo de ver, una novela puede ser estrictamente histórica sin tener que cercenar o modificar en un ápice la verdad de los hechos conocidos. Así como de la vida de los hombres no queda más recuerdo que el de los hechos capitales con que se distinguieron, de la vida de los pueblos no quedan otros tampoco que los que dejan las grandes peripecias de su historia. Su vida ordinaria, y por decirlo así familiar, desaparece; porque ella es como el rostro humano que se destruye con la muerte. Pero como la verdad es que al lado de la vida histórica ha existido la vida familiar, así como todo hombre que ha dejado recuerdos ha tenido un rostro, el novelista hábil puede reproducir con su imaginación la parte perdida creando libremente la vida familiar y sujetándose estrictamente a la vida histórica en las combinaciones que haga de una y otra parte para reproducir la verdad completa.⁶⁶

⁶⁵ Vicente Fidel López, “Carta-Prólogo”, en *La novia del hereje o La inquisición en Lima* (1854), Buenos Aires, Cultura argentina, 1917, p. 13.

⁶⁶ *Ibid.*, p. 19.

La importancia que resalta el novelista argentino es la libertad que tiene el escritor de la historia como totalidad que debe ser cubierta, ya sea por falta de archivos, o por desinterés o falta del estudio histórico sobre determinado acontecimiento del pasado. Así, la novela histórica puede llenar esos vacíos y dar una visión de los hechos históricos como los quiere presentar el escritor, ya que se fija, por ejemplo, en la vida privada no contada por los historiadores por ausencia de información.

Por lo general, esta forma de hacer novela histórica va acompañada de un estudio previo que hace el escritor en la historiografía, respetando el orden cronológico de los acontecimientos, para estar en concordancia con la “verdad histórica”. La ficción histórica fue un refuerzo a la historiografía y al conocimiento histórico en Latinoamérica, sin los debates en Europa de que la ficción se aleja de la “objetividad” que genera la historia por hablar de la “verdad”. Por esta razón también el realismo literario permeó a la novela histórica latinoamericana al utilizar como personaje principal a un testigo que vivió los acontecimientos, los cuales vio con sus propios ojos y los relata en sus crónicas.

Lo interesante de la novela histórica latinoamericana del siglo XIX fue su interés por la historia del presente, porque los acontecimientos que interesaban a la comunidad letrada partían del momento de la Independencia, momento donde nació la patria libre. Por ello algunos intelectuales latinoamericanos, como fueron Vicente Fidel López y Vicente Riva Palacios (1832-1896), escribieron ficciones históricas sobre el periodo colonial, no para tenerlo como memoria viva y de orgullo, sino para condenar ese pasado colonial que fue un lastre para los criollos, quienes no tuvieron acceso a los puestos políticos y dirigir su tierra, la cual era controlada por órdenes de la Corona española, además de impedir el libre cambio con el resto del mundo, porque los comerciantes solamente podían vender sus productos a españoles para que ellos sí pudieran intercambiar con el resto del mundo. Estas novelas históricas buscaron señalarlo y descalificarlo ese “pasado tiránico y opresor”, para probar que el presente es alentador por tener libertad en los aspectos social, político y económico, y generar un buen proyecto, el cual beneficiaría a la nación y no los haría depender de extranjeros que sólo buscaban sus intereses propios, y no los nacionales, como fue el caso durante los 300 años de colonia española. Por esta razón se exaltan los valores republicanos en contraposición a los valores monárquicos de los conservadores.

La novela histórica como se escribía en el siglo XIX llegó intacta al XX, aunque en este tiempo cambió totalmente. La novela *Las lanzas coloradas* (1931), del escritor venezolano Arturo Uslar Pietri (1906-2001), representa la complejidad de la lucha de independencia en Venezuela, ya que surgieron caudillos locales, los cuales luchaban por cuenta propia, sin ser parte del ejército liderado por Simón Bolívar. Observamos los diferentes proyectos políticos, además de las contradicciones de cada proyecto. *Las lanzas coloradas* tiene rasgos de la novela histórica decimonónica, pero su diferencia es que no busca generar una visión única de la historia, porque problematiza las guerras de independencia latinoamericanas, además de ya no estar al servicio de generar una conciencia nacional, sino en ser críticos con la historia oficial ofrecida por los Estados.

La novela de la Revolución mexicana es un gran cambio de forma de escribir novela en México, porque la convulsión de la lucha armada comenzada en 1910 en contra de la longeva presidencia de más de 30 años de Porfirio Díaz, iniciada por Francisco I. Madero, la cual se extendió hasta 1917, marcó a los participantes del conflicto.

Los testigos, quienes vivieron la Revolución comenzaron a escribir novelas sobre el tema, comenzando por el médico villista Mariano Azuela (1873-1952), publicó *Los de abajo* (1916), la cual representa una visión pesimista de los caudillos revolucionarios por medio del personaje Demetrio Macías y sus seguidores, los cuales luchan por tener poder y así amasar riqueza, sin importarles para nada la justicia social.

De los demás testigos de la Revolución mexicana que escribieron fueron el general Francisco Urquiza (1881-1969), con su obra *Tropa vieja* (1940), Rafael L. Muñoz (1899-1972), con *Vámonos con Pancho Villa* (1931), Nellie Campobello (1900-1986), con *Cartucho: Relatos de la lucha en el Norte de México* (1931), Martín Luis Guzmán (1887-1976) con *El Águila y la serpiente* (1928), todos ellos se “vuelven hacia los momentos del pasado inmediato, y encuentran allí el material vivo que ha puesto al descubierto el alma nacional... Los novelistas ahondan en sus propias experiencias personales, recogen anécdotas, hinchan los recuerdos, recrean episodios, engarzan acontecimientos dispersos en el tiempo y en el espacio”.⁶⁷

⁶⁷ Marta Portal, “introducción” en Mariano Azuela, *Los de abajo* (1916), Edición de Marta Portal, Madrid, Cátedra, Decimoquinta edición, 2002, p. 34.

Estas novelas por hablar de un acontecimiento histórico que transformó la primera mitad del siglo XX mexicano, buscaron generar una conciencia histórica mexicana, como bien dice Brenda Larios: “los autores de las novelas de la Revolución no tenían la intención... de escribirlas como novelas históricas. Sin embargo, éstas novelas sí poseen una conciencia social y política”.⁶⁸ Por esta razón, las novelas de la Revolución mexicana consigna hechos históricos en el acontecimiento inmediato, por el impacto y vértigo que tuvieron en México a nivel social, económico, político y cultural.

Las novelas que se escribieron a partir de la segunda mitad del siglo XX en adelante, por escritores que no vivieron directamente la Revolución mexicana, tocaron el tema como Carlos Fuentes (1928-2012), quien escribió *La muerte de Artemio Cruz* (1962) y *Gringo viejo* (1985), el mismo Ignacio Solares con *La noche de Ángeles* (1991), Ángeles Mastrett (1945) con *Arráncame la vida* (1985), entre otras más, las cuales sí escribieron como novela histórica para dar una narración discursiva pesimista de la Revolución como “traicionada, incumplida, demagogizada, mitificada, aburguesada, corrompida.”⁶⁹

La novela de la Revolución mexicana dejó una gran influencia en las letras del resto de la Patria Grande, porque “la crítica ha llegado a considerar a la novela de la Revolución mexicana como punto de arranque con relación a la transformación experimentada por la narrativa hispanoamericana en el siglo XX, primordialmente por sus novedades técnicas como por sus nuevos enfoques temáticos”.⁷⁰

En los años 60 del siglo XX, la novela latinoamericana sufre un cambio radical con el surgimiento del Boom. La narrativa de Elena Garro (1916-1998), Juan Rulfo (1917-1986), María Luisa Bombal (1910-1980), Mario Vargas Llosa, (1936) y Gabriel García Márquez (1927-2014), cambia radicalmente la forma de escribir novelas y cuentos. La novela histórica clásica quedó fuera de estos nuevos estilos literarios, aunque la preocupación histórica no, como los muestran novelas históricas escritas por Vargas Llosa como *La guerra del fin del mundo* (1981), *La fiesta del chivo* (2000) y *Tiempos recios* (2019), y por su parte, García Márquez escribiendo *El general en su laberinto* (1989).

⁶⁸ Brenda Berenice Larios Loza, “La vieja y nueva novela de la Revolución mexicana. Recreación de testimonios e historiografía”, en *Sincronía. Revista de Filosofía, Letras y Humanidades*, año. XXVI, núm. 82, julio-diciembre, 2022, pp. 723 y 724.

⁶⁹ Marta Portal, *op. cit.*, p. 40

⁷⁰ Brenda Berenice Larios Loza, *op. cit.*, p. 732.

Lo dicho hasta el momento sobre las características de la novela histórica clásica, las observamos presentes en una de las novela que estudiaremos en esta tesis, *Fuego en la ciudad*, a pesar de que su publicación fue en 1966. Tiene los elementos de la novela histórica romántica del siglo XIX, porque la trama de la novela representa un amor entre los personajes María de la Luz Arango y Pedro Sevilla, el cual sólo puede consumarse con la derrota militar y expulsión del norteamericano William Walker, quien ocupa la presidencia de Nicaragua. La derrota de Walker se consuma con la unión de los ejércitos de las otras cuatro repúblicas centroamericanas: Guatemala, Honduras, El salvador y Costa Rica. La unión de proyectos nacionales se representa con el matrimonio de los personajes principales, los cuales nacieron en las ciudades de Granada y León, lugares que rivalizaron por el modelo político que debía seguir Nicaragua. Su matrimonio representa el acuerdo de proyectos diversos y la alianza por el bien del país.

Por su parte, la unión de las cinco republicas centroamericanas es un mensaje político de la autora, Argentina Díaz Lozano, para presentar una posibilidad de hacer frente a la constante injerencia de los Estados Unidos en la economía y política de Centroamérica que llevó a cabo durante gran parte del siglo XX. Por ello, la escritora hondureña recrea este acontecimiento histórico, como prueba histórica de que esa unión centroamericana logró derrotar a los norteamericanos que querían apoderarse de las cinco republicas, a las cuales querían arrebatar su independencia y subordinarlas a los intereses esclavistas de Walker y el sur esclavista del coloso del norte.

La novela histórica contemporánea

En la segunda mitad del siglo XX y hasta nuestros días, la novela histórica latinoamericana cambió radicalmente; los escritores ya no buscaban propagar un amor exacerbado a la nación y ser un apoyo a la construcción de la “historia patria”, como sucedía en el siglo XIX. Las poéticas de las ficciones históricas contemporáneas se caracterizan por poner en tela de juicio la historia oficial difundida por el Estado-nación latinoamericano, y criticar la historiografía como fuente confiable del conocimiento histórico, a diferencia de la novela histórica tradicional, la cual fue un refuerzo de la historia para difundir de una manera más sencilla el conocimiento del pasado histórico a la sociedad latinoamericana y generar un sentimiento de

pertenencia a la nación y amor patrio por medio de la ficción histórica de estilo romántico o realista.

Los críticos literarios, Seymour Menton y Fernando Aínsa, llegan a la conclusión de que la novela *El reino de este mundo* (1949), del escritor cubano Alejo Carpentier (1904-1980), es el antecedente de la novela histórica contemporánea. En esta obra lo mágico y lo histórico se unen para contarnos la historia del esclavo Ti Noël, personaje con el cual vamos de la mano observando el proceso de independencia de Haití, con sus promesas de libertad e igualdad para los haitianos, pero que al final son incumplidas por el movimiento emancipatorio. Además, observamos la idiosincrasia de los esclavos, como por ejemplo sus ritos del *voudou*, muy presente cuando Mackandal se convierte en una mariposa oscura para escapar de la muerte que le tenían preparada los franceses. En palabras del escritor cubano, la historia de América Latina esta impregnada de lo “real maravilloso”, porque la historia y los mitos son importantes para entender la historicidad del continente:

Esto se me hizo particularmente evidente durante mi permanencia en Haití, al hallarme en contacto cotidiano con algo que podríamos llamar lo *real maravilloso*. Pisaba yo una tierra donde millares de hombres ansiosos de libertad creyeron en los poderes licantrópicos de Mackandal, a punto de que esa fe colectiva produjera un milagro el día de su ejecución... Pero pensaba, además, que esa presencia y vigencia de lo real maravilloso no era privilegio único de Haití, sino patrimonio de la América entera, donde todavía no se ha terminado de establecer, por ejemplo, un reencuentro de cosmogonías.⁷¹

Seymour Menton, estudió este cambio que sufrió la ficción histórica latinoamericana a partir de *El reino de este mundo* de Carpentier, a la cual denominó como “la nueva novela histórica latinoamericana”, y enuncia las siguientes características que contiene este tipo de novela: 1. La subordinación de la reproducción mimética de cierto periodo histórico. Las ideas que se destacan son la imposibilidad de conocer la verdad histórica o la realidad; el carácter cíclico de la historia y el carácter imprevisible de ésta, o sea que los sucesos más inesperados y más asombrosos pueden ocurrir. 2. La distorsión consciente de la historia mediante omisiones, exageraciones y anacronismos. 3. La ficcionalización de personajes

⁷¹ Alejo Carpentier, “Prólogo”, en *El reino de este mundo* (1948), México, Austral, Primera edición, 2015, p. 9.

históricos, a diferencia de la fórmula de Walter Scott de protagonistas ficticios. 4. La metaficción o los comentarios del narrador sobre el proceso de creación. 5. La intertextualidad. 6. Los conceptos bajtianos de lo dialógico, lo carnavalesco, la parodia y la heteroglosia.⁷²

Las nuevas novelas históricas no tienen en específico las seis características, pero tienen una o más de ellas. Sin embargo, hay novelas históricas tradicionales donde el personaje histórico se ficcionaliza para generar un héroe o heroína con el que se sienta identificado el pueblo para reforzar el nacionalismo. El ejemplo sería la novela histórica *Sacerdote y caudillo* (1869), del escritor mexicano Juan A. Mateos, donde se representa la vida del padre de la patria mexicana, Miguel Hidalgo y Costilla, probando que no solamente la “nueva novela histórica” hizo esto.

Por su parte, Fernando Aínsa habla de una particularidad de la nueva novela histórica latinoamericana, de la cual afirma: “buena parte de la ficción actual propone una relectura desmitificadora del pasado a través de su reescritura”.⁷³ Además, nos ofrece las características de la misma: 1. La nueva novela histórica se caracteriza por efectuar una relectura del discurso historiográfico oficial, cuya legitimidad cuestiona. 2. La nueva novela histórica ha abolido la “distancia épica” de la novela histórica tradicional, al mismo tiempo que ha eliminado “la alteridad del acontecimiento” inherente a la historia como disciplina. 3. Esta abolición de la distancia épica se traduce en una deconstrucción y “degradación” de los mitos constitutivos de la nacionalidad. 4. La historicidad del discurso ficcional puede ser textual y sus referentes documentarse con minucia o, por el contrario, la textualidad revestirse de las modalidades expresivas del historicismo a partir de una “pura invención” mimética de crónicas y relaciones. 5. La novela histórica se caracteriza por la superposición de tiempos diferentes. 6. La multiplicidad de puntos de vista impide acceder a una sola verdad histórica. 7. Las modalidades expresivas de la novela histórica son muy diversas. 8. La nueva novela histórica se preocupa por el lenguaje y utiliza diferentes formas expresivas —el arcaísmo, el

⁷² Seymour Menton, *La nueva novela histórica de la América Latina, 1979-1992*, México, FCE, 1993, pp. 42-44.

⁷³ Fernando Aínsa, “La reescritura de la historia en la nueva narrativa latinoamericana”, en *Cuadernos americanos*, vol. 4, núm. 28, 1991, p. 13.

“pastiche” y la parodia– para reconstruir o desmitificar el pasado. 9. La nueva novela histórica puede ser el “pastiche” de otra novela histórica.⁷⁴

Otra denominación que se dio a la novela histórica contemporánea fue la de “novela histórica posmoderna”. La posmodernidad en el aspecto de la literatura, es una corriente estética, la cual genera críticas a las grandes promesas de la modernidad como el progreso y desarrollo económico. Las naciones latinoamericanas nunca lograron estos objetivos; el sistema económico entró en crisis en los años 70. En los años 80, con las grandes promesas que ofreció la teoría económica neoliberal de sacar del bache a las economías latinoamericanas, comenzaron a aplicarse estas teorías en la economía-política, las cuales resultaron un gran desastre. A esta etapa de la historia latinoamericana generalmente se le denomina la “década perdida”, porque no hubo un cambio respecto de lo que pasó en décadas anteriores. De esta crisis no se ha podido salir y actualmente se agravó de la peor manera en el contexto de la pandemia del COVID-19, que está generando grandes estragos en la población al generar una suma importante de muertes a nivel global, y un masivo desempleo que repercute en la microeconomía de las familias, y que golpea a la macroeconomía de las naciones.

Además, hablar de la posmodernidad en América Latina es complicado, porque el concepto de posmoderno, utilizado en el vocablo anglosajón, significa la época que sucede a la modernidad. Entonces, esto no sería aplicable a Nuestra América, porque la modernidad no ha impuesto los cimientos para su desarrollo, y por ello no podemos hablar como tal de una “posmodernidad latinoamericana”.

A pesar de este problema, la posmodernidad ha dominado a la literatura, y ha tenido un enorme interés por la historia. Para entender esta problemática citaremos las palabras de Karl Kohut:

Es más difícil evaluar la importancia del concepto de la posmodernidad para la comprensión de la novela histórica. Dado el carácter multifacético y hasta contradictorio del concepto de posmodernidad, carece de sentido contentarse con declarar a una novela histórica “posmoderna”, si no se basa en una interpretación cuidadosa. Sólo entonces la comprensión

⁷⁴ *Ibid.*, pp. 18-30.

de la novela histórica ganará en profundidad y, recíprocamente, constituirá un aporte importante para la concepción de la posmodernidad.⁷⁵

Como se podrá notar, es complicado trabajar con el concepto de “novela histórica posmodernidad”, por lo multifacética que es la categoría de posmodernidad, pero es importante mencionar esta problemática. Además, las características que expusieron tanto Menton como Aínsa sobre la “nueva novela histórica”, estamos de acuerdo en que son los cambios que sufrió la ficción histórica de la segunda mitad del siglo XX, los cuales, a diferencia de la novela histórica clásica, serían: la metaficción, el anacronismo, la crítica a la historiografía oficial que legitima a los héroes o heroínas para ponerlos en tela de juicio, y el pastiche. Afirmamos que algunas de las características que se dan para la “nueva novela histórica”, ya se encontraban en la novela histórica clásica, ya que algunas novelas de este tipo cuestionaban la misma escritura de la historia; Por esta razón, María Cristina Pons habla de “novela de finales del siglo XX”, porque: “las novelas históricas de fines de siglo XX no representan una mera variante más del género sino que en ellas se cristaliza la renovación radical del mismo”.⁷⁶ Además, también se escribió sobre el pasado que fue olvidado por los intereses de la historia oficial, aunque de una manera totalmente distinta a la ficción histórica contemporánea: “es importante para el estudio de la novela histórica contemporánea tener en cuenta que tanto recuperar un pasado olvidado como el cuestionamiento (implícito o explícito, consciente o inconsciente), de ciertos aspectos de la escritura de la Historia es algo que ya estaba en la novela histórica clásica”.⁷⁷

Para este trabajo, usaremos el concepto de *novela histórica contemporánea*, con la misma definición que da Celia Fernández Prieto sobre la novela histórica actual:

la novela histórica es un género especialmente sensible a las transformaciones en los modelos historiográficos, y en él se proyectan de forma clara las nuevas teorías sobre la Historia, la ficción y la narración. Y así nos encontramos en estas últimas décadas con una novela histórica que [...] el presente relee y revisa desde sus presupuestos ideológicos y

⁷⁵ Karl Kohut, “Introducción. La invención del pasado. La novela histórica en el marco de la posmodernidad”, en Karl Kohut (coord.), *La invención del pasado. La novela histórica en el marco de la posmodernidad*, Frankfurt-Madrid, Vervuert Verlag-Iberoamericana, 1997, p. 20.

⁷⁶ María Cristina Pons, *Memorias del olvido. La novela histórica de fines de siglo XX*, México, Siglo XXI editores, Primera edición, 1996, p. 19.

⁷⁷ *Ibid.*, p. 86

epistemológicos el pasado [...] Las novelas históricas contemporáneas reescriben –desde la ficción– las narraciones que han venido funcionando culturalmente como históricas, como verdaderas... Ahora se trata de volver a contar de otra manera, desde otros puntos de vista, historias que ya se han contado, pero también, y eso es fundamental, de suscitar, al hilo de la narración, una reflexión acerca de la verdad histórica y las formas de construirla.⁷⁸

Muchas de las novelas históricas contemporáneas se apoyan, como la clásica, en las fuentes historiográficas para poner en cuestión el conocimiento histórico que nos proporcionan sobre determinado hecho histórico, además de criticar el discurso histórico, el cual es usado por el Estado para legitimar su poder. Además, la ficción histórica mantiene un diálogo con el pasado a partir del presente, el cual deriva de los acontecimientos de ese pasado.

Una característica muy importante a mencionar de la actual novela histórica es que “tiende a representar el lado antiheroico o antiépico de la Historia; muchas veces el pasado histórico que recuperan no es el pasado de los tiempos gloriosos ni de los ganadores de la puja histórica, sino el pasado de las derrotas y los fracasos”.⁷⁹ Otra característica que puede contener la novela histórica contemporánea de importancia es que ya no predomina el narrador omnisciente, el cual era una característica de la novela histórica clásica, sino que ahora hay un personaje-narrador o varios, para proponer que el acceso al conocimiento histórico es subjetivo, y de esta manera se dan varias versiones sobre determinado acontecimiento histórico.

Un ejemplo sería la publicación de novelas históricas entre los años 70 y 80, donde el tema que se desarrolló fue la conquista de América, en particular sobre la figura de Cristóbal Colón, para analizar la historia de los 500 años del “descubrimiento” y conquista de América: *El arpa y la sombra* (1979) de Alejo Carpentier, *Los perros del paraíso* (1983) del escritor argentino Abel Posse (1934), *El mar de las lentejas* (1979) del escritor cubano Antonio Benítez Rojo (1931-2005), entre muchas más que surgieron, para criticar y analizar este importante acontecimiento el cual marcó la caída de la visión del mundo de los indígenas, a cambio de la que impusieron los españoles, una visión católica y moderna que

⁷⁸ Celia Fernández Prieto, “Relaciones pasado-presente en la narrativa histórica contemporánea”, en José Romero Castillo, (edit.), *La novela histórica de finales de siglo XX*, Madrid, Instituto de Semiótica Literaria y Teatral, Universidad Nacional de Educación a Distancia-Visor, 1996, pp. 214 y 215.

⁷⁹ María Cristina Pons, *op. cit.*, p. 17.

ha cambiado con el paso de los años y se acentuó en el proceso de independencia y se desarrolló con la construcción del Estado-nación latinoamericano. Aunque también hay que recordar que los escritores del siglo XIX tocaron muy poco el tema de la conquista (con la novela *Xicotencatl* –de la cual hablamos anteriormente–, o *Netzula* (1837) novela corta de José María Lacunza (1809-1869) porque no servía a sus intereses ideológicos por hablar de la gran “derrota histórica” en contra de los españoles, la cual llevó a vivir 300 años de colonia bajo la Corona española.

Como se observa con lo dicho anteriormente, el presente es de gran importancia en la novela histórica contemporánea, el cual recrea el pasado al modo que busca representar el novelista. Éste reconstruye ese pasado por medio de la poética que más le conviene a sus intereses e intenciones. El ejemplo de dos novelas históricas del escritor mexicano Jorge Ibarguengoitia (1928-1983), *Los relámpagos de agosto* (1965), y *Los pasos de López* (1982), muestran que la forma dominante del discurso poético de estas ficciones históricas es la ironía –como la planteaba Hayden White–, porque en la primera hace una crítica a la corrupción que generó el triunfo de los caudillos de la Revolución mexicana en los años 20; en la segunda novela, el personaje Matías Chandón entra a ser general en el ejército insurgente dirigido por el cura Periñón. Este último es una parodia del gran personaje que inició la guerra de Independencia de México, Miguel Hidalgo, donde se desmitifica al héroe y principalmente al ejército insurgente, mostrando el lado humano del “padre de la patria” y de los soldados insurgentes.

En el caso de algunas novelas históricas contemporáneas, hacen una constante autorreflexión sobre su ficcionalidad para elaborar la reconstrucción de determinado acontecimiento histórico. Estas novelas metaficcionales hacen esta referencia constantemente para generar críticas a la forma de escribir historia, y poner muy presente la relación que hay entre historia y ficción –del entrecruzamiento entre historia y ficción del que hablaba Paul Ricoeur–, al mostrar que la historia es un relato, además de plantear la problemática de la construcción del conocimiento histórico. Aunque hay que aclarar que la metaficción no es solamente una característica exclusiva de la novela histórica. El ejemplo que pondremos es la novela *Historia de Mayta* (1984), de Mario Vargas Llosa. La historia que nos cuenta la novela es la de cómo un narrador-escritor está investigando la vida de Alejandro Mayta, quien, junto a otros compañeros, buscó hacer una guerrilla socialista en el

Perú. Para ello, el personaje del escritor va haciendo entrevistas a familiares y personas cercanas a Mayta. Al mismo tiempo que va recolectando información, el personaje-escritor distorsiona los hechos a su gusto, ya que los exagera u omite o cambia totalmente para dar su propia visión de la historia narrada, lo que a él le hubiera gustado que sucediera, de lo cual hace constantemente comentarios metaficticiales: “Y recuerdo, entonces, que hace un año comencé a fabular esta historia, mencionando, como la termino.”⁸⁰

Dieciséis años después de publicada la novela, el escritor peruano tuvo que escribir un prólogo a dicha novela para explicar cómo surgió la idea de escribir la novela, donde resaltamos las siguientes líneas: “Veinte años después reconstruí esa historia, fantaseándola y documentándola, para mostrar, en un cotejo tenso, las dos caras de la ficción, *según opere disfrazada de ciencia de la historia, o luciéndose en la literatura como pura invención*”.⁸¹

Esta cita la aplicamos para la novela histórica contemporánea, porque se lleva a cabo una reescritura de la historia, como sería el ejemplo de la novela *La campaña* (1990), de Carlos Fuentes (1928-2012), ambientada durante el inicio y desarrollo de las guerras de independencia hispanoamericanas, donde Manuel Varela, amigo de Baltasar Bustos, el personaje principal de la obra, quien se une para luchar al lado de los independentistas, y así logra viajar por toda la América hispánica, narra el recorrido de Bustos. Todo su viaje es conocido porque Bustos le escribe constantes cartas a Varela, quien decide construir la historia del viaje de su amigo, haciendo constantes comentarios sobre la escritura del texto, y de lo que agregaría u omitiría de la historia de Baltasar Bustos, haciendo alusión a esa doble función que genera la ficción de disfrazarse de ciencia de la historia y siendo a la vez pura invención literaria: “Baltazar sabía que otra crónica de esos años –la que tengo entre mis manos en estos momentos y algún día tú, lector, también– la había escrito él en sus continuas cartas a ‘Dorrego y Valera’ que ya sonábamos a razón social...”⁸²

Como se observa hasta este momento, la novela histórica tiene una forma muy diferente de acercarse al pasado histórico que la historiografía. Se piensa y se construye ese pasado por medio de la elaboración de una poética de la novela histórica, la cual está anclada al presente; este presente se encuentra en constante cambio, y esto genera en la conciencia histórica la idea de repensar al pasado. Como menciona Cristina Pons a este aspecto:

⁸⁰ Mario Vargas Llosa, *Historia de Mayta* (1984), México, Debolsillo, 2016, p. 387.

⁸¹ Mario Vargas Llosa, “Prólogo” (2000), en *Op. cit.*, p. 9. Las cursivas son nuestras.

⁸² Carlos Fuentes, *La campaña* (1990), México, FCE, Tercera reimpresión, 1994, p. 252.

lo que se pretende puntualizar, por un lado, es que ese pasado inconcluso que recupera la novela histórica es conexión con un presente... cambiante, se manifestaría que el pasado es percibido como condicionante del presente... ese pasado es inconcluso en la medida en que, desde una perspectiva de un presente cambiante, la percepción del pasado (sea arcaico o creciente) no es definitiva, sino que cambia, también está en proceso de hacerse.⁸³

La ficción dialoga con ese pasado no para representar los acontecimientos “tal como ocurrieron”, sino para parodiarlo, como lo mencionamos con los ejemplos de las obras narrativas de Jorge Ibarguengoitia donde crítica los resultados de la Revolución mexicana en los años 20 y también baja de esa escultura de mármol a Miguel Hidalgo.

Ahora que hemos analizado las características tanto de la novela histórica clásica como de la novela histórica contemporánea, podemos usar los elementos de la novela histórica que nos da Celia Fernández Prieto, aunque aclaramos que no es necesario que todas las novelas históricas deban sujetarse a estas características como una camisa de fuerza que deba hacerlas entrar a todas. Muchas novelas no tienen ninguna de todas las características que se mencionaran a continuación, ya que los escritores pueden, con su genio creativo, construir y escribir una novela histórica de una manera muy ingeniosa, sin que ninguna de las descripciones que dan los críticos literarios embone en su obra.

Celia Fernández Prieto nos da asimismo algunas características sobre el paratexto de la novela histórica: 1. Los títulos. Estos hacen referencia directa en muchos casos a personajes históricos, o al periodo o acontecimiento del que va a tratar. Como ejemplo podría mencionarse la novela *La fiesta del Chivo* (2000), de Mario Vargas Llosa, la cual se refiere al asesinato del dictador de la República Dominicana, Rafael Leónidas Trujillo ocurrido el 30 de mayo de 1961. 2. Los prólogos y los epílogos. Estos nos proporcionan, al inicio o al final de la novela, alguna reflexión sobre la ficción histórica, la cual nunca pretende ser fiel a la historia, pero en algunos casos habla sobre las fuentes históricas en las que se basó el autor para escribir su obra. Ejemplos de esto es el prólogo de la novela que mencionamos anteriormente, *La novia del hereje o la inquisición de Lima*, de Vicente Fidel López, o del epílogo que contiene *El general en su laberinto* (1989), de Gabriel García Márquez. 3. Los

⁸³ María Cristina Pons, *op. cit.*, p. 63.

epígrafes. Algunas novelas históricas tienen epígrafes de algún texto historiográfico al inicio de la obra, o al inicio de cada capítulo. Un epígrafe, la mayoría de las veces no cita de la misma manera como se encuentra la frase en el texto de origen pero son clave para la lectura de la obra en general. El ejemplo de esta característica es una novela que vamos a estudiar en esta tesis: *La invasión*, de Ignacio Solares (1945), la cual contiene un epígrafe al comienzo de cada capítulo. 4. Epitexto. En algunos casos el autor o la editorial habla sobre la ficción histórica y responde a dudas que tienen los lectores sobre la obra. O también es un medio para acercar al lector y para que se interese en el texto literario. En el aspecto editorial, la novela histórica tiene un gran número de lectores, es un género literario muy remunerativo para las casas editoriales.⁸⁴

Finalmente, Celia Fernández nos habla de aspectos de la narración en la novela histórica como son la modalización, la temporalización y la espacialización. La modalización se refiere a quién narra la historia, ya que puede ser en tercera persona, como la voz omnisciente; en primera persona es cuando algún personaje principal o varios personajes narran los acontecimientos. Aquí se observa la ideología implícita que nos quiere transmitir el texto, por ello la historia es utilizada para estos propósitos del escritor. También hay información histórica que sirve como didáctica para transmitir el conocimiento histórico a los lectores, como la novela histórica clásica. O en el caso de la novela histórica contemporánea, se percibe el comentario constante de lo metaficcional y la construcción de la obra misma.

La temporalización nos habla del tiempo donde está situada la historia que nos narrará la novela, esto nos ubica en un siglo, año, mes o día determinado. Algunas novelas usan el tiempo cronológico, ya que nos va relatando las cosas conforme van aconteciendo. Otras usan la sincronía, donde el narrador salta del presente de la narración al pasado, incluso al futuro de lo acontecido.

La espacialización es la creación del lugar donde ocurren los acontecimientos de la novela histórica, el cual es descrito con las características acorde de la época de la cual se hablará, siempre haciendo referencia al lugar que existe en la realidad y el cual puede

⁸⁴ Celia Fernández Prieto, *Historia y novela: la poética de la novela histórica*, Pamplona, Ediciones Universidad de Navarra, 1998, p. 169-177.

identificar con facilidad el lector, como la Ciudad de Buenos Aires en el siglo XIX o la Ciudad de México en la época de la Revolución mexicana.⁸⁵

⁸⁵ *Ibid.*, pp. 202-217.

Capítulo 2

Fuego en la ciudad: una poética del unionismo centroamericano antiimperialista

Vida y obra narrativa de Argentina Díaz Lozano

La escritora hondureña Argentina Bueso Mejía nació en Santa Rosa de Copán, Honduras, en 1912. Era hija de Trinidad Mejía y de Manuel Bueso, quien fue diputado federal en el Congreso Nacional de Honduras, lo cual demuestra que, desde su niñez, nuestra escritora siempre estuvo familiarizada en los temas políticos. En su juventud estudió en Talpa, Florida, Estados Unidos. A partir de los 17 años descubrió que su vocación se encontraba en la literatura, porque a esa edad comenzó a escribir cuentos y ensayos. También a esa edad, siendo el año de 1929, contrajo matrimonio con Porfirio Díaz Lozano, de quien adoptó los apellidos para su nombre como escritora: Argentina Díaz Lozano. El matrimonio participó junto con un grupo de opositores en contra de las políticas del dictador y presidente de Honduras, Tiburcio Carias Andino, en las manifestaciones de Tegucigalpa en 1944.

Su esposo, Porfirio Díaz Lozano, fue encarcelado por ser crítico al gobierno hondureño. Después de salir de la cárcel, él y la escritora Argentina Díaz Lozano se exiliaron en El Salvador, pero su estancia fue corta en este país porque tuvieron que huir por la dictadura de Osmín Aguirre. De nuevo se exiliaron ahora a Guatemala, donde les tocó vivir la Revolución de octubre de 1944, la cual derrocó al dictador Jorge Ubico y, después de llevar a cabo elecciones, asumió la presidencia Juan José Arévalo. La autora vivió el resto de su vida en Guatemala hasta su muerte en 1999, excepto en los años 1956 a 1960, donde vivió en Bélgica, con su segundo esposo Darío Morales García, quien fue designado como embajador guatemalteco.

En Guatemala trabajó entre los años 1945 y 1955 como bibliotecóloga, también hizo traducciones de obras en inglés al español para el Instituto de Antropología e Historia de Guatemala, de la Universidad de San Carlos. Este lugar logró influirla por el gusto hacia la

historia centroamericana. Participó en la prensa, ya que nuestra escritora estudió periodismo. Trabajó en algunos diarios como *Prensa libre*, *La Hora*, *El Imparcial*, *Diario de Centroamérica*, entre otros más en su estancia en Guatemala.

Como escritora tuvo una destacada carrera en Centroamérica. Publicó ensayos, cuentos y novelas. En Honduras se publicaron sus primeras obras, *Perlas de mi rosario* (1930), la cual contiene una colección de cuentos y poemas, y su primera novela *Luz en la senda* (1935). Con la aparición al mercado editorial de su segunda novela, *Peregrinaje* (1944), la escritora Argentina Díaz Lozano alcanzó un gran reconocimiento dentro y fuera de Centroamérica. En el año 1950 aparece su primera novela histórica, *Mayapán*, la cual se apoya en los libros como *Relación de las cosas de Yucatán* (1566), del franciscano Diego de Landa (1524-1579), además de la *Historia verdadera de la conquista de la Nueva España* (1632) de Bernal Díaz del Castillo (1496-1584), y con ayuda de la ficción trata el tema del mestizaje centroamericano. Los personajes principales son Gonzalo Guerrero y Jerónimo de Aguilar. Ambos sobreviven después de un largo naufragio en las costas del Golfo de México, y terminan varados en Yucatán, donde una población indígena los mantiene cautivos junto con otros compañeros que lograron sobrevivir, pero estos últimos fueron sacrificados a los dioses locales. Guerrero y Aguilar logran escapar de la localidad, y terminan siendo aceptados por la población maya de Mayapán, por el hecho de que Gonzalo Guerrero salva a Aixchel, princesa del pueblo de Mayapán, quien iba a ser atacada por un jaguar. Por esta acción, ambos españoles son aceptados en la comunidad, donde Guerrero comienza a enamorarse de Aixchel, además de que acepta y se adapta rápidamente a la cultura maya porque aprende sus usos y costumbres, además del maya.

Después de que Guerrero dirigiera con éxito una guerra en contra del pueblo rival de Mayapán, ayudando con tácticas militares de los españoles, el líder maya acepta que el español y Aixchel pueden contraer matrimonio. Con la consumación de este acto, surgen los primeros retoños mestizos del continente americano. La novela muestra que Gonzalo Guerrero y Aixchel fueron los primeros seres en compartir el mestizaje cultural por el hecho de que uno aprendió el idioma, cultura y religión del otro, en comparación con Jerónimo de Aguilar, quien siempre mantuvo la cultura occidental sin permitir que la cultura de los mayas lo influenciara, además de que este personaje anhelaba regresar a España.

Al final de la novela llegan a las cosas de Yucatán Hernán Cortés y sus soldados, además de que la narrativa de la obra exalta la figura de Bernal Díaz del Castillo. Cortés y Díaz del Castillo se enteran, por noticias de algunos indígenas, de que existen dos españoles viviendo con los mayas. Los rumores de la llegada de otros españoles llegan a Guerrero y a Aguilar, quien comienza a tener la esperanza de poder regresar a España.

Gonzalo Guerrero decide quedarse con su esposa Aixchel y con sus hijos, además de tomar la decisión de combatir del lado de los mayas. En cambio, Jerónimo de Aguilar decide irse con el ejército de Hernán Cortés y servir de intérprete junto con Doña Marina, quien sabía maya y náhuatl; del maya al español se encargaba de traducir Aguilar. Esta obra toma una visión optimista de las ventajas que generó la conquista de América por parte de los españoles, ya que fue el pilar que definió a los mestizos centroamericanos.

En 1956 aparece la segunda novela histórica de Díaz Lozano, titulada *49 días en la vida de una mujer*, donde el personaje principal es una mujer que no sabemos si es viuda o divorciada, quien decide rehacer su vida en pareja con un hombre que la ama. El narrador de esta novela se refiere durante toda la diegésis de la obra a estos personajes como “ella” y “él”. Toda esta historia de amor se desarrolla entre los días 16 de mayo al 3 de julio de 1954, durante el proceso donde comenzó el golpe de Estado orquestado en contra del presidente de Guatemala, Jacobo Árbenz, dirigido por Carlos Castillo Armas, quien contó con el apoyo del Departamento de Estado de los Estados Unidos y la CIA, los cuales financiaron y dieron armas y hombres para lograr tal objetivo.⁸⁶

El personaje de “ella” sólo quiere vivir feliz su relación amorosa con “él”, sin importarle para nada la situación política que atravesaba el país centroamericano. Más adelante aparecen personajes secundarios quienes sí están al tanto de lo que ocurre en Guatemala y toman alguna postura política al respecto, como Alma, amiga de ella, quien es periodista y cubre todo el tiempo el desarrollo de la crisis política guatemalteca. Alma apoya la “revolución liberacionista” de Carlos Castillo Armas, ya que así se logrará quitar al

⁸⁶ La causa del derrocamiento de Jacobo Árbenz fue que en 1952 promulgó una Reforma agraria donde se repartían las tierras ociosas a los campesinos. Esta acción legal afectó los intereses económicos de la United Fruit Company, quienes poseían más del 70% de las tierras guatemaltecas. Por esta razón los dueños de la UFCO pidieron ayuda al gobierno de Estados Unidos que frenara esta Reforma; el gobierno norteamericano decidió invadir Guatemala por medio de Carlos Castillo Armas, con el argumento de que la nación centroamericana, dirigida por Árbenz, se estaba convirtiendo en un satélite de la Unión Soviética por medio de prácticas socialistas como la Reforma agraria, ponía en peligro la democracia guatemalteca y la seguridad nacional del coloso norteamericano.

gobierno “comunista” de Árbenz, que tanto daño “le hace” a Guatemala. Roberto, otro personaje de la novela, quien es escultor, apoya incondicionalmente el gobierno de Árbenz, quien estaba haciendo un gran esfuerzo por sacar adelante a la sociedad guatemalteca al darles oportunidades por medio de la Reforma Agraria.

Como se puede observar por el argumento de *49 días en la vida de una mujer*, Argentina Díaz Lozano expone el intervencionismo estadounidense que vivió Guatemala en 1954, además de mostrarnos el matiz de algunos sectores de la sociedad guatemalteca, porque algunos apoyaban las ideas de Castillo Armas, y otros al gobierno de Árbenz.

Por su parte, su novela *Aquel año rojo* (1973) cuenta la historia de una maestra rural de educación primaria, que, acompañada de su hija menor, va a dar clases al pueblo de San Julián, en Honduras. Esta región está controlada por la empresa estadounidense United Fruit Company (UFCO), donde los capataces hondureños controlan el pueblo. Los hombres que trabajan en la UFCO, cada fin de semana se gastan su sueldo en alcohol, en vez de dar la manutención para sus esposas e hijos. Por el hecho de que muchos hombres están bajo los efectos del alcohol, hay constantes riñas donde las personas pueden perder la vida, lo cual se vuelve parte de la vida cotidiana del pueblo.

La UFCO busca conseguir las tierras del personaje Don Pablo, a quien le quieren pagar una suma ridícula de dinero por su propiedad, razón por la cual Pablo no acepta vender, ya que él se quedaría sin un medio de sustento para mantener a su familia. Ante la respuesta negativa, los representantes de la UFCO deciden amenazarlo para que ceda las tierras, y a pesar del acoso, Don Pedro se pone en resistencia en contra de la empresa norteamericana, para frenar los abusos que generan ante el pueblo, y así demostrar que van a defender sus tierras aunque sacrifiquen la vida, y probar que los norteamericanos pueden ser vencidos.

Esta novela es una denuncia a la UFCO, la cual fue conocida como “el pulpo”, porque tenía el control político de las cinco naciones centroamericanas y de la gran mayoría de las tierras cultivables centroamericanas, por esa razón imponía su voluntad en la sociedad.

En 1943, Díaz Lozano ganó el Premio Latinoamericano de Literatura, organizado por la editorial neoyorquina Farrar & Rinehart. En 1974 ganó el premio Quetzal de Oro con su novela *Mansión en la bruma* (1964). En el año de 1973 fue propuesta como candidata al Premio Nobel de Literatura por más de 70 escritores centroamericanos, 30 de ellos guatemaltecos y 40 hondureños.

La novela histórica que nosotros estudiaremos en este capítulo es *Fuego en la ciudad* (1966). Esta ficción histórica se remonta al siglo XIX, en particular a los seis meses de la “guerra nacional” centroamericana (1856-1857) que transcurren de octubre de 1856 a abril de 1857, en la ciudad de Granada, Nicaragua, donde el ejército legitimista nicaragüense, junto con los ejércitos de Guatemala, Honduras, El Salvador y Costa Rica, luchan en contra de los falangistas, ejército compuesto por nicaragüenses, cubanos y norteamericanos, liderados por el filibustero estadounidense, William Walker.

Bajo este contexto la historia de la novela nos es relatada por una voz narradora en tercera persona omnisciente, quien habla sobre cómo nació y se consumó el amor entre los personajes principales: María de la Luz Arango y Pedro Sevilla. María de la Luz es una mujer de clase alta que se dedica a cuidar heridos de guerra, sin importar al bando al que pertenezcan. Es de esta manera que conoce al herido de guerra, originario de la ciudad de León, Pedro Sevilla, de quien al instante se enamora. Pero su amor no puede ser posible hasta que sea derrotado y expulsado el filibustero William Walker, porque también se enamora de María de la Luz. Una vez derrotado el norteamericano, Pedro Sevilla y María de la Luz deciden consumir su amor por medio del matrimonio.

Como se puede observar, la narrativa de Argentina Díaz Lozano siempre se ubicó en alguna región de Centroamérica o en Yucatán, como el caso de su novela *Mayapán*, además de que la poética romántica domina en sus obras literarias, pero en realidad también dominan los temas políticos centroamericanos, donde la principal problemática es la constante intromisión de los Estados Unidos en la región, ya sea por medio de invasiones militares o por medio del control político que llevaba a cabo la UFCO, lo que demuestra que la escritora hondureña era una escritora comprometida con la causa a favor de los oprimidos y de la independencia y soberanía de Centroamérica. Como acertadamente expresa Ariel Batres Villagrán sobre la escritora centroamericana

Siempre tuvo necesidad de utilizar su pluma para denunciar problemas sociales, de violencia estatal contra la población, e incluso de carácter político como lo fue la imposición de la ley de vialidad en tiempos de Jorge Ubico, la contrarrevolución de 1954 en Guatemala contra el régimen de Jacobo Árbenz Guzmán, el expolio de la compañía frutera en Honduras durante

la década de los años 20 del siglo XX y la campaña de contrainsurgencia militar y policial en Guatemala en la década de los 70.⁸⁷

A continuación estudiaremos con detalle el discurso narrativo tanto de la narradora omnisciente, como el de algunos personajes clave de la novela, y su conexión con el levantamiento armado de Augusto C. Sandino en 1927, en contra del ejército de los Estados Unidos, el cual mantenía ocupado militarmente a Nicaragua; además examinaremos el mensaje que busca transmitirnos *Fuego en la ciudad*.

Fuego en la ciudad: la poética del unionismo centroamericano

La voz narradora de la novela histórica *Fuego en la ciudad* es heterodiegética⁸⁸, además de estar caracterizada por ser una voz omnisciente en tercera persona. Esta forma de narración es muy característica de la novela histórica clásica o tradicional, muy practicada en el siglo XIX y la primera mitad del XX por los escritores latinoamericanos. Usando el estudio de narratología realizado por Luz Aurora Pimentel, el mundo narrado desde la perspectiva de la voz narrativa en tercera persona omnisciente, tiene las características de la *focalización cero*, en la cual el “narrador se impone a sí mismo restricciones mínimas: entra y sale *ad libitum* de la mente de sus personajes más diversos, mientras que su libertad para desplazarse por los distintos lugares es igualmente amplia”.⁸⁹ Esto nos ayudará a entender cómo esa voz narrativa puede saber lo que está ocurriendo en la casa de la familia Arango, además de estar presente en la batalla de Masaya, en la iglesia que sirve como hospital, entre otros lugares; además, esta voz narrativa sabe lo que piensan los personajes y nos expone los diálogos de los mismos sobre lo que está ocurriendo en Nicaragua durante la guerra.

En el segundo capítulo de la novela, la voz narrativa presenta el tiempo y espacio donde van a ocurrir los acontecimientos: “Alas y gorjeos de pájaros alegraban la iniciación

⁸⁷ Ariel Batres Villagrán, *La política en las novelas de Argentina Díaz Lozano*, Guatemala, <http://elmundodefacundo.wordpress.com/2013/10/07/la-politica-en-las-novelas-de-argentina-diaz-lozano-por-ariel-batres-villagran/>, 2013, p.6.

⁸⁸ El narrador heterodiegético en la novela es el que narra los acontecimientos, describe lugares, los diálogos, acciones, tiempos, espacios, además de que no participa en los hechos de la narración, su función es vocal. Es como si fuera un “Dios”, porque crea un mundo, sabe lo que pasará en la trama, además de entrar en los pensamientos de los personajes.

⁸⁹ Luz Aurora Pimentel, *El relato en perspectiva. Estudio de teoría narrativa* (1994), México, Siglo XXI editores/UNAM, Novena reimpresión, 2020, p. 98.

de aquel día de octubre de 1856 en la ciudad de Granada, República de Nicaragua. Año trágico, teñido en sangre como el último celaje de aquella madrugada”.⁹⁰ La trama que expondrá de “aquel año trágico” a lo largo de la novela, es la historia de amor que nació bajo la “Guerra Nacional” entre los personajes María de la Luz Arango Lacayo y Pedro Sevilla, – la cual analizaremos más adelante–, además de mencionar las heroicas batallas del bando “legitimista”, el cual se encuentra compuesto por los patriotas nicaragüenses, además de los ejércitos de Guatemala, Honduras, El Salvador y Costa Rica, quienes luchan en contra del bando enemigo, compuesto por nicaragüenses, algunos cubanos, y la mayoría soldados estadounidenses, los llamados “falangistas”, liderados por el norteamericano y presidente “legítimo” de Nicaragua, William Walker (1824-1860).

Durante la lectura de la novela, la cual está elaborada en un orden cronológico lineal, nos percatamos de que el narrador sabe todo lo que sucedió en esta historia retrospectiva. El tiempo y lugar de la enunciación es Nicaragua en el siglo XX, durante los años 60. Conforme vamos leyendo la obra, observamos que el mensaje repetitivo de la misma es hacer énfasis en la *unión centroamericana*:

Es la historia de una Centroamérica naciente, herida ya en muchas caídas provocadas por la ruptura de su federación, a veces casi agonizante en su vida republicana. *Pero la unión, la federación espiritual, seguía vigente, palpitante, operante en los corazones de sus hijos ahora unidos* para lanzar del territorio de Tecún Umán y Atlacatl, de Urraca, de Nicarao y Lempira, a los invasores capitaneados por un hombre intrépido y cruel, enloquecido por ambición y ansias de poder (p. 69, las cursivas son nuestras).

Con relación a esto nos hacemos la siguiente pregunta, ¿a qué se refiere el narrador cuando habla de una unión federal espiritual? Para responder esta pregunta, analizaremos brevemente cómo surgió este pensamiento político-ideológico. En 1821, en la ciudad de Guatemala, el 15 de septiembre, se proclamó la Independencia centroamericana de la Corona española, aprovechando el ejemplo de la Nueva España, la cual se convirtió en el Imperio mexicano. El emperador de México, Agustín de Iturbide, invita a Guatemala, por medio de una carta, a anexarse al imperio:

⁹⁰ Argentina Díaz Lozano, *Fuego en la ciudad* (1966), México, Costa-Amic editor, Segunda edición, 1967, p. 14. De ahora en adelante las citas de esta obra se incluirán entre paréntesis en el cuerpo del texto.

Mi objetivo es sólo manifestar a V.E. que el interés actual de Méjico (*sic*) y Guatemala es tan idéntico e invariable que no pueden erigirse en naciones separadas e independientes sin aventurar su existencia y seguridad, *expuestas ya a las convulsiones intestinas* que frecuentemente agitan a los Estados en las mismas circunstancias y a *las agresiones de las potencias marítimas que acechan la coyuntura favorable de dividirse nuestros despojos*. Nuestra unión cimentada... asegura a los pueblos el goce imperturbable de su libertad y *los pone a cubierto de las tentativas de los extranjeros, que sabían respetar la estabilidad de nuestras instituciones*, cuando las vean consolidadas por el concurso de todas las voluntades.⁹¹

Como se puede leer en la cita anterior, Iturbide sabía de las problemáticas políticas que llegarían a tener las recién independizadas naciones centroamericanas y mexicana con potencias económicas como España o Inglaterra. Una solida unión entre naciones fortalecería las instituciones políticas y económicas, las cuales ayudarían a formar un mejor ejército para poder enfrentar una posible invasión de los ingleses y españoles.

Guatemala y tres provincias centroamericanas, como Honduras, Costa Rica y Nicaragua. Se dispuso que en los cabildos de las distintas provincias votaran si estaban a favor o en contra. En Guatemala no esperaron que llegaran los resultados de todos los cabildos. Así, cuando había una mayoría a favor de la Anexión, Guatemala votó y decidió a favor de ella. Esto generó conflicto y guerra civil en cada provincia, porque las principales ciudades se dividieron unas a favor de la anexión y otras en contra deciden ser parte del Imperio mexicano⁹². Por su parte, El Salvador buscó la ayuda de los Estados Unidos para poder enfrentar este problema político. El autor de esta idea fue José Matías Delgado (1767-1832), quien escribió al gobierno norteamericano: “Y vosotros heroicos pueblos del Norte de América... Admitidnos en vuestro seno, dispensad vuestra protección a pueblos hasta ahora oprimidos que quieren ser libres y ponedlos a cubierto de los nuevos ataques de la tiranía”.⁹³ El llamado finalmente no fue atendido.

Los liberales centroamericanos se sintieron inconformes siendo parte del Imperio mexicano, porque eran excluidos de los proyectos políticos, además de no tener el apoyo

⁹¹ Agustín de Iturbide, citado en Agustín Tijerino Rojas, “Proceso político-social de la unión centroamericana”, en *Mundo Hispánico*, Tegucigalpa, 1949, p. 127.

⁹² En el caso de Nicaragua, las dos ciudades más importantes, como León, votó a favor, pero Granada en contra y de ahí, establece la historiografía nicaragüense, deviene la gran rivalidad entre estas dos poblaciones.

⁹³ *Ibid.*, p. 130.

suficiente para sus empresas económicas. Al ver que los privilegios político-económicos eran sólo para los conservadores, decidieron a toda costa lograr separar al Istmo centroamericano de México. Vicente Filisola (1789-1850), fue a luchar en contra de la provincia de El Salvador, la cual dio una gran resistencia militar. Al regresar a Guatemala, se enteró de la separación centroamericana del Imperio de Agustín de Iturbide. El 1 de julio de 1823 se proclama la República de las Provincias Unidas del Centro de América.

La República tomó el federalismo como forma de gobierno, el cual se concentró e instaló en Guatemala. Con el paso de los años esto inconformó a los cuatro países que conformaban la República, porque indispuso a las élites guatemaltecas a imponer su poder político-económico sin importar la decisión de los demás, lo que generó problemas que conllevó a rebeliones militares en Honduras, El Salvador, Nicaragua y Costa Rica. El gobierno central no pudo solventar los gastos de guerra, y por esta razón la República Federal Centroamericana se disuelve en 1839.

El sentimiento del unionismo centroamericano no murió en 1839, ya que la propuesta de Iturbide de mantener esa unión para poder hacer un gran contrapeso a las potencias extranjeras, y así lograr una mejor defensa, es una de las ideas principales que busca comunicar el discurso narrativo de *Fuego en la ciudad*, porque Argentina Díaz Lozano apoya este pensamiento político.

La ficción histórica también tiene la función de ser una didáctica de la historia, con el objetivo de proporcionar el conocimiento histórico de la batalla de Masaya y de lo ocurrido en la ciudad de Granada, además de exaltar la causa centroamericana y repudiar las acciones de Walker y su falange. El narrador hace la siguiente mención del comienzo del fin del presidente norteamericano de Nicaragua:

Walker... bajaba de su caballo frente a la casa donde tenía su cuartel general. Aquellos días de mediados de octubre de 1856 recibía muy desalentadoras noticias. Su falange no le respondía como él anhelaba y *el ejército legitimista reforzado poderosamente con las tropas aliadas del resto de Centroamérica golpeaba en su cerebro con ecos de marchas, de tambores, de nutridos tiroteos de fusiles y cañones, pero sobre todo con el unánime rechazo de pueblos que se sentían más unidos que nunca ante el peligro común y la afrenta. ¿Afrenta? ¡Nativos imbéciles! ¿A caso no se sentían honrados con tener un presidente de raza superior? ¡Ah!, él lucharía para proclamarse un día presidente de la América Central. ¡Esa era su meta!*

Y si ahora las circunstancias lo obligaran a temporal retirada... ¡El volvería! ¡VOLVERÍA!...
(p. 34. Las cursivas son nuestras).

Aquí el narrador nos habla de los objetivos que buscaba imponer William Walker no sólo en Nicaragua, sino en toda Centroamérica, los cuales generan en el personaje Ignacio Arango el dolor de que el filibustero se proclamara presidente de Nicaragua y de sus políticas: “El día más triste para mí fue aquel en que ese pirata de Walker tuvo la osadía de proclamarse Presidente de Nicaragua en la propia plaza de nuestra ciudad y *decretar la esclavitud*. Por eso estoy en mi puesto de lucha, de una u otra manera, hasta que saquemos a ese bandido de aquí” (p. 20, cursivas nuestras).

Durante la novela, William Walker es definido con el calificativo de “pirata”. Para entender del porqué se refiere Díaz Lozano de esa manera de Walker, tomamos el concepto de filibustero. Esta palabra era usada para identificar a las personas que se dedicaban a la piratería, ósea al ataque de las flotas españolas en el Caribe para robarlas y obtener las riquezas que transportaban. Pero en el siglo XIX cambio el significado del concepto. Por eso nos preguntamos, ¿qué es ser un filibustero? A estos se les ha definido como

representantes del Destino Manifiesto, que entre 1848 a 1860 fue interpretado como una expansión territorial sobre las naciones del continente americano. Eran principalmente individuos que participaban en expediciones y ‘aventuras bélicas’ no autorizadas por el gobierno contra países con los cuales Estados Unidos estaba en paz, y cuyo propósito inicial fue enriquecerse.⁹⁴

Otra definición, aunque similar a la anterior, nos la proporciona Fabrizio Mejía: “entendemos el fenómeno filibustero como un caso especial de la ideología del *Destino Manifiesto*..., es decir, el que se desprende de la disputa entre la sociedad esclavista de los Estados Unidos del Sur y el Norte por nuevos territorios”.⁹⁵

Ambas definiciones hablan del Destino Manifiesto, el cual es una ideología político-teológica que expresa cómo los Estados Unidos legitiman su poderoso lugar en el mundo por

⁹⁴ Fredric Rosengarten, citado en Alejandra Gabriela Galicia Martínez, *La revolución y el guerrillero: El papel de México en el conflicto entre Nicaragua y Estados Unidos: la emergencia de Augusto C. Sandino*, México, UNAM, 2015, Tesis de maestría en Estudios Latinoamericanos, p. 56.

⁹⁵ Fabrizio A. Mejía Madrid, *Carácter y condiciones del filibusterismo de William Walker en Nicaragua 1856-1857*, México, UNAM, 1996, Tesis de licenciatura en Estudios Latinoamericanos, p. 2.

tener de su lado a Dios. El pueblo norteamericano tiene el “deber” de propagar al resto del mundo la democracia, la libertad y la civilización, por deber divino. Fue un discurso ideológico que justificó el imperialismo norteamericano en el siglo XIX.

La expansión territorial que buscaba realizar Walker en Centroamérica era implementar la visión del capitalismo del sur de los Estados Unidos, el cual se apoyaba en la esclavitud como principal modo de producción. Además, el filibustero aprovechó el conflicto político en Nicaragua, donde liberales y conservadores libraron una guerra civil por los resultados electorales, los cuales beneficiaron al conservador Fruto Chamorro (1804-1855). Los liberales nicaragüenses decidieron entonces pedir apoyo militar a los norteamericanos. El encargado de hacer contacto con los estadounidenses fue Máximo Jerez (1818-1881), quien habló con Byron Cole. Éste le pasó la información a Walker, quien con el financiamiento de empresarios sureños que aportan dinero, armas y soldados, decide partir rumbo a Nicaragua en 1855 junto con su falange de “los Inmortales”. Con la explicación de la llegada de Walker al país centroamericano, se cumple otra importante característica de los filibusteros norteamericanos:

El filibusterismo requiere que una parte de la población, harta de las ‘tiránías decadentes’ pida ayuda a ciudadanos norteamericanos y, tras la invasión, colabore, aunque sea de forma protocolar, con sus redenciones. Sin este ingrediente, el filibusterismo no puede lograr sus últimos designios: conformar una república con elecciones y un Congreso, que pida su aceptación como territorio de la Unión y, más tarde, como estado.⁹⁶

Como hemos visto, William Walker aprovecha la crisis política nicaragüense y la división social que reina y él mismo se postula para ocupar el poder ejecutivo de Nicaragua para poder “mediar” el problema entre liberales y conservadores, y decide organizar las elecciones, para de esta manera el pueblo exprese su decisión, y de esta manera tener legalidad y legitimidad para resolver el conflicto. En las elecciones del 29 de junio de 1856, logra convertirse en presidente de Nicaragua, y el 12 de julio en Managua protesta como presidente. Para entender cómo Walker obtuvo legitimidad y reconocimiento por parte de los Estados Unidos, dejemos hablar a Gregorio Selser:

⁹⁶ Fabrizio A. Mejía Madrid, *op. cit.*, p. 40.

Con la benevolencia del propio presidente Franklin Pierce, quien no desautorizó al filibustero cuando éste proclamó que era mandatario legítimo puesto que las *elecciones* que le ungieron presidente de Nicaragua había sido supervisada por tropas estadounidenses... Pierce... dispuso que el ministro residente John Hill Wheeler visitara a Walker para notificarle que el Departamento de Estado y de manera muy especial el presidente Pierce, deseaba entablar relaciones con su Gobierno que, desde luego, quedaba, quedaba reconocido.⁹⁷

El filibustero, en su obra *La guerra en Nicaragua* (1860), explica las acciones que llevó a cabo cuando fue jefe del ejecutivo del país centroamericano, como la implementación del modo de producción esclavista y el apoyo a colonizadores norteamericanos:

La introducción de la esclavitud negra en Nicaragua suministraría una cantidad de mano de obra constante y segura para el cultivo de los productos tropicales. Teniendo como compañero al negro esclavo, el hombre blanco llegaría a arraigarse allí, y juntos el uno y el otro destruirían el poder de la raza mestiza que es la perdición del país. El indio puro no tardaría en caer dentro de la nueva organización social, porque no aspira al poder político y sólo pide protección para el futuro de su trabajo. El indio de Nicaragua se parece mucho al negro de los Estados Unidos en lo fiel y dócil, así como en su aptitud para el trabajo, y pronto se asimilaría a los usos y costumbres de este último. En su modo de ser para con la raza que gobierna, el indio es ahora realmente más sumiso que el negro americano respecto de su amo. Por consiguiente la esclavitud negra traería en Nicaragua una doble ventaja: a la vez proporcionaría mano de obra para agricultura, tendería a separar las razas y a destruir los mestizos, causantes del desorden que ha reinado en el país desde la independencia; pero si bien admiten muchos que la esclavitud sería ventajosa para Nicaragua.⁹⁸

El pensamiento socioeconómico del filibustero era hacer esclavos a los indígenas de Centroamérica para la producción agrícola. Además, con la población del país llena de inmigrantes norteamericanos, se iría reduciendo la población mestiza, la cual en su opinión no sirve para gobernar una nación, y se podría eliminar este problema de raíz.

Estas intenciones fueron bien entendidas por el presidente de Costa Rica, Juan Rafael Mora Porras (1814-1860), al observar que la presencia de Walker en Nicaragua era un peligro para Centroamérica en general, porque buscaría apoderarse de las demás naciones para

⁹⁷ Gregorio Selser, *Nicaragua: De Walker a Somoza*, México, Mex-Sur editorial, Primera edición, 1984, p. 38.

⁹⁸ William Walker, *La guerra en Nicaragua* (1860), traducción de Ricardo Fernández Guardia, San José, EDUCA, 1970, pp. 67 y 68.

imponer el esclavismo y buscar anexar a la región a la Unión norteamericana. Por ello, el ejecutivo costarricense le declaró la guerra al filibustero. Los demás líderes de Estado de las naciones centroamericanas apoyaron la idea del presidente Mora, y así surge la “campana nacional”. Este despertar de la conciencia nacional centroamericana lo expresa muy bien el personaje de Ignacio Arango en una plática que mantiene con su hija:

Estamos sirviendo a la patria. Luchamos todos como podemos contra ese pirata y su falange de traidores, a quienes debemos ver cuanto antes fuera de las playas de la América Central, nuestra patria común. Debemos seguir el ejemplo de los costarricenses y su ilustre presidente. No debemos olvidar que a ellos debemos el unánime despertar de los nicaragüenses y demás centroamericanos, para cumplir con nuestro deber y volver por los fueros de nuestro honor, de nuestra soberanía y dignidad de ciudadanos conscientes de su nacionalidad (p. 91).

Y así es como surge el unionismo centroamericano para hacerle frente a los filibusteros norteamericanos. Las opiniones y narraciones del personaje señor Arango son de gran importancia para entender una parte del discurso narrativo de la novela, el cual da una visión optimista sobre la batalla, además de hablar de una guerra justa por parte del bando centroamericano:

No debemos desanimarnos, hija. Primero Costa Rica, y luego Guatemala, de Honduras y El Salvador, nos llegan constantemente refuerzos. Vienen a ayudarnos a cumplir con nuestro deber. ¡Heroicos hermanos nuestros! La lucha se vuelve terrible. Ya el ejército aliado centroamericano se hace sentir y truenan por todos lados... Cierto que ellos tienen rifles de repetición y nosotros viejos y de chispa, *pero tenemos la justicia, el derecho* (pp. 20 y 21, las cursivas son nuestras).

Los personajes que están viviendo el conflicto bélico están en constante incertidumbre porque no saben exactamente qué es lo que está sucediendo, cuál bando está ganando, cuál está perdiendo, si determinado acontecimiento es verdad o es falso sobre la batalla de Masaya. Se puede apreciar la polifonía de las voces de los personajes sobre qué sucede: “¿Y cómo va la guerra, señorita? ¿Vamos ganando los legitimistas o estos perros extranjeros, seguidos por los vende patria nicaragüenses que se les han unido?” (p. 30); “¿Hacia qué lado es la pelea? –preguntó otro, angustiado” (p. 39); “Hoy...durante el día [...]

a nosotros eso es lo que nos han contado, y puede ser cierto o mentira... quien sabe..." (p. 42); "No sabemos con seguridad, (*sic*) señor [...] Unos dicen que se ha tomado Masaya, otros dicen que ya está de vuelta para hacer recular a los aliados y a ese terrible Zavala" (p. 42); "Dicen que los salvadoreños y hondureños son magníficos en esta guerra, muy belicosos y atrevidos. Aunque los estrategas son los costarricenses que siempre planean todo a base de estudio y reflexión" (p. 43); "Correrán semanas, meses, quizás años, y *no se sabrá lo que realmente está pasando. Ni los mismos protagonistas de este drama sangriento saben con certeza lo que sucede*" (p. 43, las cursivas son nuestras).

En el caso de los acontecimientos que llevó a cabo el general Víctor Zavala (1815-1886), comienzan a sonar entre la población, y se convierte en leyenda la acción de haber tomado la ciudad de Granada, entrar a la casa de Walker y tomar la bandera enemiga que representaba el gobierno del filibustero. Sin saber si eso "realmente pasó", se generaron rumores que alentaron la causa centroamericana y la lucha contra los norteamericanos: "alcanzamos a ver cómo salía de la casa del pirata Walker con una bandera en la mano derecha, desafiando la lluvia de tiros que caía a su alrededor..." (p. 61); "dicen que el general Zavala, guatemalteco, ha entrado a la ciudad. Que se metió hasta la misma casa del general y que salió con una bandera..." (p. 42); "¡Dicen que el jefe del ejército aliado, el coronel Víctor Zavala, es un verdadero diablo, loco y temerario, que hace correr al mismísimo demonio!" (pp. 39 y 40).

En los dos párrafos anteriores observamos que la trama de la novela se enriquece con la historia oral de los personajes, del como un acontecimiento, por ejemplo la acción que lleva a cabo el general Zavala, es transmitida por los testigos y se difunde por muchas partes, convirtiéndose en un rumor que podría ser verdadero.

Siguiendo a Luz Aurora Pimentel, vemos que el discurso y las acciones de los personajes que están protagonizando la "guerra nacional" en *Fuego en la ciudad*, tienen su propia voz y están limitados a su espacio y tiempo:

En el *discurso directo* de los personajes, la orientación figural asume las formas del monólogo, el diálogo, el diario, entre otras formas discursivas no mediadas por el narrador, y que por ende se organizan en torno a la perspectiva del personaje, es decir en torno a

restricciones de orden espaciotemporales, cognitivas, etc., y que se derivan del discurso en tanto que acción en proceso y no en tanto que acontecimientos narrados.⁹⁹

Las acciones e incertidumbre de los personajes sirven para la narración de la novela y nos atrapa con la intriga de qué está pasando con la guerra, además de que los mismos personajes expresan esa misma incertidumbre. Este conjunto de voces es importante porque, como veremos más adelante, van en concordancia con el discurso de la voz narrativa a favor del unionismo centroamericano. En los últimos capítulos de la novela, se narra cuando el personaje de Pedro Sevilla decide formar parte de la batalla, y consigue llegar al ejército liderado por Víctor Zavala, del cual es amigo íntimo, pregunta al general guatemalteco si es verdad o mentira lo que la gente anda diciendo sobre la batalla en la ciudad de Granada, a lo cual responde:

Pero, cuéntame Víctor, cuéntame cómo se te ocurrió entrar de repente a Granada, poner en apuros serios al general Fry, tomarte casi toda la plaza, sacar una bandera de la casa de Walker y retirarte acompasadamente, sin alterar tus pasos, bajo la lluvia de balas del enemigo. ¿Sabes que ese acto temerario fue la mayor imprudencia de tu vida? ¿Que el ejército centroamericano pudo haberte perdido? ¡Nadie es insustituible!
--Nuestro ejército cuenta con magníficos generales y jefes de menor categoría militar competentes. ¡Quise hacer rabiar a Walker! Demostrarle que podemos manosear su cara descolorida y que lo venceremos a pesar de sus armas modernas y sus mercenarios ambiciosos
(p. 156)

Esta hazaña, la cual también es muy resaltada en la historia oficial de la “guerra nacional”, es importante para la novela, porque Díaz Lozano funde este hecho tanto en la historia oral como en la historia escrita, además de que los hechos históricos y los hechos ficcionales dan sentido y heroísmo a la lucha armada, son bien utilizados para mostrar el mensaje narrativo de la novela al exaltar el valor y heroísmo centroamericano y afirmar que los norteamericanos pueden ser vencidos en batalla, como sucedió en la acción atrevida que

⁹⁹ Luz Aurora Pimentel, *op. cit.*, p. 115.

llevó a cabo el general Zavala; la novela se “hace eco, también, de una memoria ‘viva’, de una memorial oral: rumores, leyendas, los ‘se dice’, sin saber quién lo dice”.¹⁰⁰

Por otra parte, la causa de la “bella” y “guerra justa” por la soberanía y libertad de Centroamérica genera en el personaje de Máximo Jerez, liberal nicaragüense que en un comienzo pactó la llegada de los filibusteros en 1854, la decisión de luchar ahora contra ellos, por ser un peligro inminente para toda la sociedad, independientemente de la ideología política que profesan, y así lo hablan los heridos de guerra nicaragüenses durante el cuidado de María de la Luz en la iglesia que usan de hospital:

–Para ser justos tenemos que reconocer también la valentía de Máximo Jerez, uno de los principales en la defensa de Masaya... Ahora tiene que dejar el pellejo batiéndose contra los piratas que él mismo ayudó a traer a Nicaragua para defenderse de los “legitimistas”¹⁰¹, como apasionado integrante del partido opositor. ¡Ah, esa lucha partidista y feroz entre los nicaragüenses ha sido el origen de la invasión y de toda la tragedia! Hace bien don Máximo en rectificar. Ello es de sabios, y su rectificación ha de sellarla con sangre (p. 62).

El ejemplo de Jerez es una forma de representar a los sujetos que en un principio concebían ideales proyanquis y que consideran las invasiones norteamericanas ayudarían al desarrollo político, económico y social de Centroamérica; en realidad, los norteamericanos entran a estas naciones para imponer sus intereses personales, y perjudican a la nación, a la cual reducen al neocolonialismo, porque logran controlar la política y economía de dichos países.

Por su parte, el bando falangista tiene entre sus filas a un particular personaje cubano, llamado Francisco Alejandro Lainé¹⁰², el cual es criticado por ser un latinoamericano que apoyó la causa filibustera norteamericana. El narrador lo representa de la siguiente manera:

¹⁰⁰ Begoña Pulido Herráez, *Poéticas de la novela histórica contemporánea* (2006), México, UNAM, Primera reimpresión, 2009, p. 69.

¹⁰¹ En 1854, Máximo Jerez buscó derrocar al gobierno nicaragüense liderado por Fruto Chamorro, quien ganó las elecciones por medio de fraude electoral. Jerez pidió ayuda a los norteamericanos para lograr restablecer la democracia en Nicaragua. Walker y su falange aceptaron ayudar a Jerez, quien les prometió a cambio tierras y oro.

¹⁰² Lainé se unió en un principio a la expedición filibustera dirigida por el venezolano Narciso López, quien, apoyado con capital norteamericano, buscó apoderarse de Cuba en 1850, para arrebatarla a la Corona española y anexionarla a los Estados Unidos. Esta expedición fracasó, por ello Lainé se une a la causa de Walker con el propósito de buscar la independencia de Cuba y después formar parte de la Unión Americana.

Francisco Alejandro Lainé pensaba que “el fin justifica los medios”. En su alma rebelde, tumultuosa y valiente, en su corazón ardoroso, llevaba encendidas las ansias de libertad, de independencia para su Cuba lejana y amada. Cuando tan justas ansias se convierten en pasión, en única razón de la existencia, pueden cometerse tremendas equivocaciones, errores que pueden manchar la más hermosa página de la historia. Este Lainé no vaciló en servir de intermediario entre un patriota cubano y el filibustero Walker, y hasta llegó a firmar un convenio con él, para que “una vez conquistada Nicaragua, se obligaba a contribuir con su persona, hombres y dinero, para la liberación de Cuba” (p. 52).

Aquí se hace una ironía a los objetivos de Lainé, porque el personaje se une a la causa de Walker, quien colonizó Nicaragua, y después quería colonizar toda la América Central, a cambio de que el norteamericano ayudara a liberar Cuba de la Corona española; sacrificar la libertad de una nación para darle libertad a otra que se encuentra en la opresión... Lainé es detenido por las fuerzas armadas de Zavala, pero antes de fusilar al cubano, el guatemalteco le reprocha la contradicción de sus acciones:

“Nosotros, dragones del ejército guatemalteco y salvadoreño, comandado por Víctor Zavala, que luchamos por nuestros hermanos nicaragüenses para lanzar de este territorio a los invasores extranjeros que quieren acabar con nuestra independencia, te condenamos a muerte. Solamente dínos tu nombre” [...] “Me llamo Francisco Alejandro Lainé y soy cubano que busco ayuda para alcanzar la independencia de mi patria. Pero acepto mi destino. ¡Tened presente que los hombres mueren pero los ideales que inspiraron sus actos NO!” [...] “Bonitas palabras, pero mal aplicadas, extranjero. Porque no se busca la independencia de un país apoyando la guerra para matar esa libertad en otra nación” (p. 55).

Como se puede observar con el análisis de lo expuesto hasta el momento sobre lo que se nos va relatando en *Fuego en la ciudad*, los elementos didácticos de la historia sirven a Argentina Díaz Lozano para representar su visión de la guerra nacional, con la siguiente expresión hecha por Ignacio Arango, al dialogar con William Walker: “En estos días de guerra todos tenemos derecho a la defensa y vosotros, naturalmente, os defendéis de vuestros enemigos” (p. 107). Se puede apreciar que están muy presentes los conceptos de amigos y enemigos, a la manera definida por el jurista alemán Carl Schmitt (1888-1985), en su obra *El concepto de lo político* (1932). Él menciona que las acciones políticas se llevan a cabo con la distinción entre *amigos* y *enemigos*. El enemigo no es moralmente malo o feo, además de

que este enemigo debe ser público, es “simplemente el otro, el extraño, y para determinar su esencia basta con que sea existencialmente distinto y extraño en un sentido particularmente intensivo”,¹⁰³ como son los norteamericanos de “La falange de los inmortales” dirigida por Walker para los centroamericanos, y viceversa.

Con los siguientes ejemplos observaremos lo que plantea la autora centroamericana. En el soliloquio que mantiene Walker se observa la distinción de lo mencionado por Schmitt:

¡Ah! Él haría morder las piedras a esas tropas de estúpidos y cobardes nativos. El contaba con armas modernas que le enviaban desde Estados Unidos; él tenía el coraje y la estrategia de un Henningsen, de un Sharp, de un Lainé... hombres de experiencia militar, de acción guerrera. ¿Cómo podían ser vencidos por ese loco de Víctor Zavala? ¿Por ese patriota Vélez y demás generales aliados? ¿Qué valía Jerez y Xatruch con el batallón hondureño al lado de sus hombres? ¿Qué los batallones costarricenses, guatemaltecos y salvadoreños? (pp. 34 y 35).

Por su parte, el bando centroamericano lanza los siguientes adjetivos hacia William Walker y sus generales:

No es humano, diría yo. Eso lo vuelve doblemente peligroso. Porque... si no ama lo espirituoso en la bebida, si no fuma, si no adora a Venus, es que su única pasión es el PODER... Nos dará mucho que hacer todavía, luchará como el mismo demonio para lograr su objetivo. Pero no podemos negar que se hace querer, que se hace admirar, porque hombres de la talla de Henningsen, de Fry, de Lewis le siguen y luchan por él (p. 155).

Estos ejemplos dan sentido a la poética de *Fuego en la ciudad*, por la cuestión de la guerra. La lucha armada por parte de los aliados centroamericanos es justa y legítima, porque están defendiendo su identidad, independencia y soberanía nacional en contra de otro, el estadounidense, quien es culturalmente diferente, quien quiere imponer un estilo de vida y cultura que considera que ayudará a “progresar” social y económicamente a los Centroamericanos, por medio de la esclavitud. En palabras de Schmitt, justifica la acción bélica:

¹⁰³ Carl Schmitt, *El concepto de lo político* (1932), traducción de Rafael Agapito, Madrid, Alianza Editorial, tercera reimpresión, 2019, pp. 59 y 60.

La guerra, la disposición de los hombres que combaten a matar y ser muertos, la muerte física infligida a otros seres humanos que están del lado enemigo, todo esto no tiene un sentido normativo sino existencial, y lo tiene justamente en la realidad de una situación de guerra real contra un enemigo real... No existe objetivo tan racional, ni norma tan elevada, ni programa tan ejemplar, no hay ideal social tan hermoso, ni legalidad ni legitimidad alguna que puedan justificar el que determinados hombres se maten entre sí por ellos. La destrucción física de la vida humana no tiene justificación posible, a no ser que se produzca, en el estricto plano del ser, como afirmación de la propia existencia contra una negación igualmente óptica de esa forma.¹⁰⁴

La ontología y el destino de todos los centroamericanos depende de ganar esa guerra contra el filibustero, además de que tiene un sentido político tomar partido contra los falangistas. Los nicaragüenses que se decantan por la causa norteamericana, y tal como el cubano Lainé, son seres que ya están sometidos al pensamiento dominante de los norteamericanos. Así lo expresa Schmitt:

Mientras un pueblo exista en la esfera de lo político, tendrá que decidir por sí mismo, aunque no sea más que en el caso extremo –pero siendo él también quien decida si está dado tal caso extremo–, quién es el amigo y quién el enemigo. En ello estriba la esencia de su existencia política. Si no posee ya capacidad o voluntad de tomar tal decisión, deja de existir políticamente. Si se deja decir por un extraño quién es el enemigo y contra quién debe o no debe combatir, es que ya no es un pueblo políticamente libre, sino que está integrado en o sometido a otro sistema político.¹⁰⁵

Con esto se entiende la causa de por qué los centroamericanos decidieron unir fuerzas y enfrentar una lucha militar a muerte en contra de Walker y su falange. El personaje Víctor Zavala exalta esta unión: “Y aún así... los nuestros han hecho maravillas en Masaya... sobre todo ese pelotón salvadoreño... ¡con decirte que se luchó tanto con los hondureños! Y eso es ya decir mucho. Al arrojo de ellos se unió la disciplina y sabiduría estratégica de los costarricenses. ¡Qué hermosa unidad centroamericana hubo en esa batalla!” (p. 157).

¹⁰⁴ *Ibid.*, pp. 79 y 80.

¹⁰⁵ *Ibid.*, p. 80.

Finalmente, la voz narradora acaba con la intriga de qué está pasando en la batalla, porque nos revela que la unidad centroamericana logra su gran objetivo al derrotar a Walker y su falange:

El ventarrón del tiempo se llevó todo... Memorable fue la acción de Él Jocote, famosos se hicieron los generales centroamericanos Chamorro y Xatruch. Inolvidable y decisiva la acción de los costarricenses en San Jorge para derrotar una vez más a los extranjeros, pero todo se lo lleva el ventarrón del tiempo. Tres mil costarricenses bajo el mando del general Mora y Cañas libraron la más terrible y sangrienta batalla el 11 de abril de 1857, en conmemoración de aquella otra horrible del 11 de abril del año anterior. Cientos de muertos enterraron los norteamericanos aquel día triste, el Waterloo de Walker (p. 196).

Como se podrá notar, se habla de la derrota de Walker como un acontecimiento histórico digno de recordar. “El ventarrón del tiempo” se llevó ese acontecimiento, el cual se puede observar del otro lado, desde el presente, de cómo sufrieron los ejércitos centroamericanos para poder ganar la batalla de la que dependía la soberanía, la libertad, independencia y vida de toda la sociedad de Centroamérica. Aquí la voz narrativa nos habla de la conciencia histórica de esa unión centroamericana que se dio para enfrentar el problema interno de los norteamericanos, quienes finalmente no pudieron adueñarse territorialmente de las cinco naciones centroamericanas. Los héroes centroamericanos y las batallas son recordados y descritos de una manera romántica, como hacían los escritores e historiadores del siglo XIX para así producir un sentimiento nacionalista por la tierra donde se nace y crece.

Además, siguiendo la cita de la novela, y con lo mencionado anteriormente sobre el unionismo centroamericano, podemos decir que el discurso de los personajes, construye una comunidad imaginada centroamericana. Tomamos el concepto de comunidad imaginaria de Benedict Anderson, el lo expresa por con ayuda del concepto de nación, a lo que expresa:

Con un espíritu antropológico propongo la siguiente definición de nación: una comunidad política imaginada como inherentemente limitada y soberana. Es *imaginada* porque aun los miembros de la nación más pequeña no conocerán jamás a la mayoría de sus compatriotas, no los verán ni oirán siquiera hablar de ellos, pero en la mente de cada uno vive la imagen de su comunión...La nación se imagina *limitada* porque incluso la mayor de ellas, que alberga tal vez a mil millones de seres humanos vivos, tiene fronteras finitas, aunque elásticas, más

allá de las cuales se encuentran otras naciones... Se imagina *soberana* porque el concepto nació en una época en que la Ilustración y la Revolución estaban destruyendo la legitimidad del reino dinástico jerárquico, divinamente ordenado... Por último, se imagina como *comunidad* porque, independientemente de la desigualdad y la explotación que en efecto puedan prevalecer en cada caso, la nación se concibe siempre como un compañerismo profundo, horizontal. En última instancia, es esta fraternidad la que ha permitido, durante los últimos dos siglos, que tantos millones de personas maten y, sobre todo, estén dispuestas a morir por imaginaciones tan limitadas.¹⁰⁶

Esta definición de nación como comunidad imaginada es importante porque como Anderson lo menciona, esta presente en la imaginación de los personajes de la ficción histórica que hemos venido analizando en este apartado, ya que en el transcurso de la narrativa de la novela, se menciona constantemente el narrativa de la obra literaria. Para entender del porque Díaz Lozano recurre a la novela para poder representar a los lectores, principalmente a los lectores centroamericanos, su imaginada nación centroamericana unida, es por la razón que expresa Anderson:

Podrá entenderse mejor la importancia de la transformación para el surgimiento de la comunidad imaginada de la nación si consideramos la estructura básica de dos formas de la imaginación que florecieron en el siglo XVIII: *la novela* y el periódico. Estas formas proveyeron los medios técnicos necesarios para la “representación” de la clase de comunidad imaginada que es la nación.¹⁰⁷

Al igual que los escritores del siglo XIX que buscaron por medio de sus novelas construir la comunidad imaginada mexicana, chilena o argentina, Díaz Lozano por medio de *Fuego en la ciudad* quiere construir la comunidad imaginada centroamericana, la cual debe tener conciencia de sí misma, y buscar sacrificarse por ella en contra de los intereses imperialistas de los Estados Unidos como se refleja en las expresiones verbales de los personajes y la voz narrativa, son concordantes en el aspecto ideológico a favor del unionismo centroamericano y en contra de los estadounidenses, porque “para la mayoría de

¹⁰⁶ Benedict Anderson, *Comunidades imaginadas. Reflexiones sobre el origen y la difusión del nacionalismo* (1983), traducción de Eduardo L. Suárez, México, FCE, Segunda edición, 2021, pp. 23-26.

¹⁰⁷ *Ibid.*, p. 49, las cursivas son nuestras.

la gente ordinaria todas las clases es el desinterés la esencia de la nación. Justamente por esa razón se puede pedir sacrificio”.¹⁰⁸

La perspectiva de personajes como Víctor Zavala, Pedro Sevilla, Ignacio Arango, entre los demás habitantes o soldados o heridos de guerra, en pocas palabras, es la misma que la del narrador: expresan su apoyo abiertamente a favor del ejército unionista centroamericano, ideología política que refuerza la comunidad imaginada, con la cual combaten en batalla en contra de los enemigos falangistas norteamericanos liderados por William Walker. En voz de Luz Aurora Pimentel, lo que hace Argentina Díaz Lozano con la narración de *Fuego en la ciudad*, al seleccionar la guerra nacional como uno de los temas donde se ambienta el relato, es “a partir del entramado lógico de los elementos seleccionados se articula la dimensión ideológica del relato, de tal manera que puede afirmarse que una ‘historia’ ya está ideológicamente orientada por su composición misma, por la sola selección de sus componentes”.¹⁰⁹

La voz narrativa omnisciente enuncia esta historia desde el presente. Con todo lo dicho al momento, narra los acontecimientos de forma épica, porque se exalta la heroica lucha iniciada a partir de la declaración de guerra hecha por el presidente costarricense Juan Rafael Mora contra William Walker, donde la conciencia nacional centroamericana despertó y se formó el ejército que representa a Guatemala, Honduras, El Salvador, Costa Rica y Nicaragua, con la figura del general Víctor Zavala, quien lidera al ejército legitimista. Este ejército luchó por la libertad y logró vencer la tiranía que buscaba imponer Walker por medio de la esclavitud en toda la región centroamericana. La trama de la novela toca un momento de crisis nacional generado por la intervención militar del filibustero en la política de Nicaragua, donde los nicaragüenses y el resto de los centroamericanos luchan en la guerra para expulsar al pirata del país. La novela tiene las características de la poética de Walter Scott estudiada por Georg Lukács:

Walter Scott expone en sus novelas grandes crisis de la vida histórica. A ello corresponde que por doquier se enfrenten poderes sociales hostiles que quieren destruirse los unos a los otros. Puesto que los representantes de estos poderes en lucha son siempre representantes

¹⁰⁸ *Ibid.*, p. 220.

¹⁰⁹ Luz Aurora Pimentel, *op. cit.*, p. 21.

apasionados de sus direcciones, surge el peligro de que su lucha se convierta en un mero aniquilamiento exterior del contrario.¹¹⁰

La lucha de los poderes contradictorios está representada en personajes que simbolizan esas fuerzas en conflicto. Los personajes carecen de individualidad, porque son más que nada representativos. A ellos se suma la lucha por la independencia, una lucha figurada en términos demasiados románticos. La poética de *Fuego en la ciudad* expone que la única salida para salvar a la nación centroamericana es la lucha armada, porque sin la acción bélica, los norteamericanos esclavizarán a todos los habitantes de la región, además de que perderán su identidad y cultura. Por esta razón trae a la memoria centroamericana los hechos ocurridos entre 1856 a 1857 en Nicaragua, donde se luchó por la soberanía del istmo de la América Central. Además de que como veremos en el cuarto apartado de éste capítulo, el tema de la novela es la memoria histórica para tomar conciencia de la situación de Nicaragua, porque como bien dice Gregorio Selser: “de todos los países del área de Centroamérica y el Caribe, le tocó en desgracia a Nicaragua ser el que más debió padecer la inmanente y vasallaje de Estados Unidos”¹¹¹.

Por esta razón, la obra en unas partes es didáctica, pero en otras hace una invitación al lector a que investigue y se interese por la historia de la guerra nacional y conozca más sobre el acontecimiento, además de ir aprendiendo y conociendo la historia de Centroamérica, y así reforzar la comunidad imaginaria centroamericana.

El romance de María de la Luz Arango y Pedro Sevilla: el amor a la patria

Ahora vamos a estudiar la historia de amor que nos relata la voz narrativa entre los personajes principales de *Fuego en la ciudad*: María de la Luz Arango, mujer de clase alta quien decide convertirse en enfermera para ayudar a sanar a los heridos de guerra, ya sean del bando legitimista o falangista; y Pedro Sevilla, hombre que decide unirse a las fuerzas armadas del general Víctor Zavala.

¹¹⁰ Georg Lukács, *La novela histórica* (1937), traducción de Jasmin Reuter, México, Ediciones Era, Tercera edición, 1977, p. 37.

¹¹¹ Gregorio Selser, *op. cit.*, p. 7.

En el segundo capítulo de la novela, la voz narrativa describe a la protagonista y heroína de la historia. María de la Luz Arango Lacayo “Era una linda muchacha de belleza fina, algo etérea. Llevaba los cabellos color de miel anudados graciosamente sobre la nuca y lucía con gracia y cierto señorío su traje de etamina blanca bordada” (pp. 17 y 18). Durante toda la historia de *Fuego en la ciudad*, María de la Luz va vestida de color blanco, lo cual es una representación de la pureza de su alma y de las acciones que va realizando durante la guerra, porque se dedica a ser enfermera y cuida a los heridos de guerra, independientemente de si son del bando amigo o enemigo. Por esta razón, Linda Concepción expresa que el personaje de María de la Luz “sigue el patrón de las princesas de los cuentos neoclásicos y románticos europeos”.¹¹²

El nombre de *María de la Luz* es muy importante, porque “es el centro de imantación semántica de todos sus atributos, el referente de todos sus actos, y el principio de identidad que permite reconocerlo a través de todas sus transformaciones.”¹¹³ Sus acciones son las que generan que dé tranquilidad, luz, esperanza y cuidado a los enfermos. La cocinera le reconoce sus acciones: “Es que usted es una santa. Afígrese (*sic*), que tan linda como es se ha dedicado a cuidar tanto enfermo y herido como hay en la iglesia de Guadalupe” (p. 18.); “La presencia de María de la Luz, bella como blanca rosa recién abierta, fue estimulante y consoladora para los pacientes. Repartía ella suaves sonrisas por doquier, llevando en sus brazos paquetes con medicinas y vendas” (p. 24.); “Muchas voces varoniles saludaron: ‘¡Buenos días, ángel del cielo...’ o, ‘Aquí viene nuestra Virgen de las Mercedes’... o ‘¡Muy buen día y Dios la bendiga, señorita Arango!’” (p. 24.); “Gracias señorita Arango, por ocuparse de este sucio barbudo. Es usted un ángel terrestre” (p. 76.); “Ella sigue ocupada, incansable, en Guadalupe. Ha logrado que otras señoritas y parientes ayuden porque hay muchos, pero muchos heridos y enfermos. No va a ningún lado sospechoso; de su casa a Guadalupe y de Guadalupe a su casa” (p. 116.). También por esto es importante resaltar lo que dice Alfonso Piraval sobre el nombre y las acciones de María de la Luz:

¹¹² Linda María Concepción Cortés, “La enfermera que venció al filibustero: Una lectura de *Fuego en la ciudad* de Argentina Díaz Lozano, <https://irreverenciaemergente.wordpress.com/2018/06/05/la-enfermera-que-vencio-al-filibustero-una-lectura-de-fuego-en-la-ciudad-de-argentina-diaz-lozano/>, consultado el 25 de noviembre de 2020.

¹¹³ Luz Aurora Pimentel, *op. cit.*, p. 63.

Posee cualidades relevantes y humanitarias que en ciertos momentos rayan en la abnegación. Su mismo nombre parece cargado de simbolismo. Individualmente la autora la escogió tomando en cuenta estos aspectos: María es el nombre de la madre de Jesús y Luz es claridad. Esto significa llevar luz y consuelo a los necesitados, que es precisamente lo que ella hace.¹¹⁴

María de la Luz, al ser mujer, no podía tomar las armas y formar parte del ejército, por ello decidió no quedarse cruzada de brazos sin aportar algo al acontecimiento de la “guerra nacional”, y decide ser enfermera y cuidar enfermos:

Porque en esta guerra todos somos soldados... en alguna u otra forma. Mi padre y yo cumplimos alguna misión, cada uno a su manera. Aun dentro de las terribles circunstancias tenemos que estar en nuestro puesto. La mía es humanitaria... Estamos contentos de actuar así. Huir sería traicionarnos y traicionar a quienes tienen su fe puesta en nosotros (p. 124).

Aquí, la protagonista María de la Luz exalta su amor patrio a la nación nicaragüense, por ello debe actuar en la guerra cuidando heridos de guerra. Su padre, el señor Ignacio Arango, crítica que su hija tenga la delicadeza y molestia de cuidar a los heridos de guerra del bando falangista, a lo que ella le responde:

No del todo hija, puesto que tú cuidas con el mismo esmero a los heridos legitimistas como a los falangistas de Walker. Si fueras buena patriota los dejarías abandonados a su suerte... son nuestros enemigos... -¡No hables así papá! Un herido, un enfermo, es sagrado porque es indefenso. Es únicamente, un prójimo que sufre. Además... así alejamos suspicacias de nosotros, yo sé que Walker y sus generales observan y aprecian mi labor. Eso nos conviene, nos ayudan en nuestros planes de resistencia (p. 36).

En el fondo, las acciones por parte de María de la Luz de cuidar enfermos, sean amigos o enemigos, tiene una lógica, porque así no atacan los hospitales, y principalmente no se meten con el señor Arango, que con ayuda de su sirviente Bartolo obtiene información importante de los movimientos que hará el ejército falangista, información que transmite al ejército legitimista y centroamericano para que actúen con anticipación y tengan ventaja en la batalla.

¹¹⁴ Ovidio Alfonso Piraval, *La guerra de Centro América en la novela Fuego en la ciudad de Argentina Díaz Lozano*, Guatemala, Universidad de San Carlos de Guatemala, 1998, Tesis de licenciatura, p. 44.

Las acciones altruistas hacen que los soldados en activo de ambos bandos la respeten y cuiden. El padre de María manda constantemente a Bartolo para que secretamente la proteja cuando sale de casa a la iglesia de Guadalupe, a lo que el sirviente le menciona: “Sí, sí, ella no se da cuenta muchas veces porque yo la sigo a cierta distancia. Pero todo el mundo la respeta a ella... la ven como a una santa... o virgen, o ángel... los soldados del retén que está frente a Guadalupe también la cuidan, siempre la siguen a media cuadra también para que nada le pase” (p. 50).

Como podemos ver, el personaje de María de la Luz se construye durante la obra por medio de sus acciones, lo cual va dándole significado a su nombre. Usando los comentarios de Luz Aurora Pimentel sobre el nombre del personaje, ella dice:

un personaje se construye con base en su nombre que tiene cierto grado de *estabilidad* y *recurrencia*; un nombre más o menos *motivado*, con un mayor o menor grado de *referencialidad*, y con una serie de atribuciones y rasgos que *individualizan* su ser y su hacer, en un proceso constante de *acumulación* y *transformación*.¹¹⁵

Por su parte, el personaje Pedro Sevilla, originario de la ciudad de León, decide enlistarse en el ejército legitimista para defender a su país del colonialismo de Walker. La voz narrativa explica las razones:

Evocó su niñez en la vieja y aletargada ciudad de León, sus primeros estudios, su vida fácil bajo la protección del rico Diego Sevilla, su padre... su furor cuando William Walker se proclamó presidente de Nicaragua en la plaza de Granada y dijo que era obligatorio aprender a hablar inglés, que sería el idioma nacional de ahí en adelante. Un furor tan arrollador, que, sin consultar con don Diego fue a unirse a las fuerzas legitimistas capitaneadas por arrojados centroamericanos, inspirados en las palabras del ilustre presidente Mora, dignísimas e históricas palabras, para hacerlos despertar hacia la magnitud del ultraje inferido por los piratas del norte (p. 95).

Pedro Sevilla se encuentra gravemente herido de una pierna y tiene la suerte de ser encontrado por Bartolo, quien inmediatamente después lo lleva a la iglesia de Guadalupe

¹¹⁵ Luz Aurora Pimentel, *op. cit.*, p. 68.

para que sea atendido y curado de su malestar físico. Al estar siendo atendido por María de la Luz Arango, éste comienza a sentir atracción y amor hacia la enfermera. Y es así como la voz narrativa comienza a relatar esta historia de amor entre María de la Luz y Pedro Sevilla.

Después del fusilamiento del general cubano Francisco Alejandro Lainé, esta acción genera en Walker la ira y venganza, por lo cual decide ir en busca de soldados heridos del bando legitimista, además de que ordena que no deben ser atendidos los heridos que son importantes, para fusilarlos en respuesta por la muerte de su importante general, quien era muy amigo del filibustero. La noticia corre, y expresa la tía de María de la Luz: “¡Santísimo Sacramento, sobrina!... Dicen que hoy viene ese pirata, ese bandido, digo, ¡Dios me perdone!, ese anticristo del general Walker. También dicen que está más furioso que una cascabel por la muerte de Lainé... Y no contento con haber mandado a fusilar a esos pobres guatemaltecos, no quiere que los heridos legitimistas sean alojados ni atendidos” (p. 71).

Por esta razón, María de la Luz decide ir sin perder ni un segundo a la iglesia donde se encuentra Pedro Sevilla recuperándose, para esconderlo a él y a otros importantes soldados del ejército legitimista y evitar que caigan en manos de Walker y sean fusilados. En un principio Pedro Sevilla se opone a que el lugar del escondite sea la casa de la familia Arango, por considerar que pondría en peligro a todos los habitantes de esa casa, pero ella lo convence porque cuidó de él, y le responde que le pertenece su vida:

Usted irá a mi casa, Pedro Sevilla.

—¿A su casa? ¡No! Yo no la comprometeré, no la expondré a peligros, señorita. Ni tampoco quiero huir del déspota William Walker, lo esperaré, le diré todo lo que ansío decirle...

—Oiga, Pedro Sevilla, no eche a perder todos mis esfuerzos de estos días para verlo recuperado. Usted puede seguir siendo de gran utilidad para nuestra causa y no tiene derecho a entregarse... ¡No!, no proteste. A usted lo trajo Bartolo casi moribundo, con alta fiebre y grave infección en una pierna. Los cuidados del doctor y los míos, lo salvaron. Tengo, pues, derecho sobre su vida (p. 77).

Observamos la preocupación y cariño que va tomando María de la Luz a Pedro Sevilla, ya que la cautivan el heroísmo y valentía que va demostrando este personaje, y la causa de luchar en contra del ejército falangista. Por esta razón, el presidente Walker busca

a Pedro Sevilla para fusilarlo. A continuación vemos el dialogo entre el filibustero y la enfermera:

–Ser usted una belleza rara y atrayente en este ambiente de guerra y dolor...ser usted muy linda... No estar aquí un oficial muy valiente, de apellido..., o nombre, no recordar yo bien...

–Sevilla –intervino uno de sus acompañantes.

–Eso ser, eso ser, un legitimista atrevido en el combate, que asalta trincheras como el mismo demonio, se llama Sevilla, eso, eso... Juan o Pedro Sevilla...

–Puede ser que lo haya ayudado... pero usted sabe comprender general que aquí somos enfermeras, no carceleras... ¿Cómo dice usted que se llama? ¡Ah! Sevilla, Pedro Sevilla. Seguramente lo ayudaron a irse de aquí para terminar de recuperarse en alguna de sus haciendas...él tiene familia en León, creo yo. Ahora recuerdo que algo de todo eso me habló él... de su familia y de su vida en el campo (pp. 81 a 83).

María de la Luz teme que Walker vaya a encontrar a Sevilla y lo mate. Después de mantener unos días a Sevilla y otros soldados legitimistas escondidos en su hogar, deciden partir porque hay rumores de que el filibustero ya sabe en donde se hayan refugiados, y además huyen para evitarle problemas a la familia Arango. En este momento, Pedro Sevilla ya se siente mucho mejor, y por ello puede ir libremente por Granada. La voz narrativa expresa los sentimientos y pensamientos de Pedro Sevilla:

Enamorado locamente de la frágil y valiente muchacha de palidez de gardenia, que era símbolo de abnegación, sacrificio, valor y dignidad. Y reflexionaba: ¿Qué podía ofrecerles el porvenir, mientras no se acabara la guerra y cumplieran con el deber de arrojar de Nicaragua a los piratas... En todo eso pensaba Pedro Sevilla mientras trataba de ejercitar su pierna a moverse sin la muleta, ansioso de volver al combate. ¿Y después?... ¡Ah! ¡Ese después, si lo había, tenía que ser con María de la Luz! Ahora sólo concebía la existencia a su lado, con ella hasta el final (pp. 94 y 95).

Ese símbolo de abnegación, sacrificio, valor y dignidad en que se convierte la enfermera, inspira a Sevilla a reincorporarse al ejército para luchar en contra de William Walker, el impedimento de la felicidad de los enamorados. Por esta razón Sevilla le expresa a María: “¡Te adoro, María de la Luz Arango! Cuando pase todo este horror, cuando nuestra

patria recupere su soberanía, ¿querrás ser mi amadísima esposa? –¡Te lo prometo, Pedro! ¡Yo seré tu esposa!” (p. 96).

La promesa de Pedro Sevilla hecha a María de la Luz lo motiva a salir de su escondite y buscar al ejército dirigido por el general Víctor Zavala. La situación bélica, además de la lucha bélica centroamericana en contra del filibustero, es el impedimento que obstaculiza la consumación del matrimonio entre María de la Luz y Pedro Sevilla, por ello, ambos con sus posibilidades, buscan participar con los legitimistas para ganarle la batalla a Walker, y después de eso, casarse. Aquí nos sirve el análisis de estas situaciones hecho por Luz Aurora Pimentel:

El entorno tiene entonces un valor *sintético*, pero también *analítico*, pues con frecuencia el espacio funge como una prolongación, casi como una *explicación* del personaje. De hecho, entre actor y el espacio físico y social en el que se inscribe, se establece una relación dinámica de mutua implicación y explicación. El entorno puede “contarnos” la “heroicidad” de un personaje, al servirle de relieve o de contraste.¹¹⁶

Mientras tanto, después de la huida de los legitimistas de la casa de la familia Arango, los falangistas confirman que hubo gente escondida en la casa, y por esa razón llevan al cuartel general de Walker a Ignacio y María de la Luz Arango. El filibustero decide arrestar al señor Arango, y más adelante ordena quedarse a solas con la enfermera, a la cual le confiesa que se enamoró de ella, por su belleza y su valentía:

Yo guardar mucho agradecimiento por usted, preciosa señorita. También mucho respeto. En esta tierra de nativos indecentes y cobardes se encuentran a veces personas dignas de admiración como ser usted. Cualquier hombre de cualquier parte del mundo, hasta de un elegante salón de Londres, puede estar orgulloso de María de la Luz Arango. Yo, yo poder amar a usted mucho, muchísimo... (pp. 146 y 147).

Walker besa por la fuerza a María de la Luz, a lo que ella reacciona con sentimientos de coraje y odio, expresa intensamente: “¡Yo también soy su enemiga! ¡Yo que no sabía lo que era odio y que sólo bondad y amor he sentido por mi prójimo, ahora odio terriblemente!

¹¹⁶ Luz Aurora Pimentel, *op. cit.*, p. 79.

¡Y ESO SE LO DEBO A USTED GENERAL WALKER! ¡Mándeme a prisión con mi padre! ¡Juntos esperaremos la muerte!” (p. 143). Como se observa, la narración de *Fuego en la ciudad* habla sobre la atracción que sintieron tanto William Walker como Pedro Sevilla por la valiente y heroica enfermera por su actitud. El beso que le da el filibustero a María de la Luz es un símbolo de cómo el colonialismo norteamericano, por medio de la fuerza, “viola” a la madre patria centroamericana mediante las invasiones militares, con el control económico-político que logra después de penetrar militarmente. A esto hay que añadir el control desmedido que tienen las empresas norteamericanas, quienes explotan a la población, y no pagan impuestos ni nada, además de dominar a los políticos corruptos centroamericanos, quienes trabajan a su favor. El ejemplo de esto es la United Fruit Company, mejor conocida como el “pulpo”, porque tenía casi todo bajo su control y nada se escapaba de sus tentáculos. Estas razones generaron el odio hacia los norteamericanos.

María de la Luz queda en libertad, pero su padre es arrestado, quien es uno de los principales enemigos de Walker, además por ser, junto con Bartolo, los que recaudaban información del ejército falangista, la cual era proporcionada a los legitimistas como se mencionó antes, tener ventaja y así atacar desprevénidamente a los enemigos. Por esta razón, la enfermera escribe una carta al filibustero para que libere a su padre:

General Walker:

Si usted hubiera nacido en esta tierra bendita que yo adoro, estuviera actuando lo mismo que mi padre. El amor al suelo nativo es como el amor a la madre. Por eso yo sé que usted comprende a mi padre. A un caballero como él no le quedaba otro camino más que ser solidario con quienes defienden su patria. En nombre de lo que usted más ame, y por las vidas de sus soldados que yo he contribuido a salvar, le pido la libertad de mi padre. En cambio no le guardaré rencor por todo el mal que nos ha hecho y lo perdonaré.

Su muy atenta servidora,

María de la Luz Arango Lacayo (p. 178).

Se observa que la enfermera apela a los sentimientos del filibustero, además de aprovechar el amor que le tiene éste a María de la Luz, para que libere a su padre. La carta representa el amor a la patria es la causa que mueve a los centroamericanos a defender su nación, a luchar ferozmente por ella.

La batalla de Masaya en 1856 fue decisiva porque comenzó a ser el final de la hegemonía de Walker en Nicaragua. Finalmente, el 11 de abril de 1857, es derrotado el filibustero, quien decide abandonar el país pero con intenciones de regresar. La voz narrativa muestra el pensamiento de Walker: “Muy profundamente, en lo más recóndito de su ser, llevaba un amor, una admiración, una adorable imagen de mujer. La de María de la Luz Arango Lacayo” (p. 197).

Cuando termina la guerra contra el filibustero, la enfermera se entera que su padre falleció en la batalla. En este momento de la novela, “viste de negro y ello la embellece aún más. La mirada de sus ojos tiene un fondo de melancolía” (p. 198). Esto es en señal de luto y respeto hacia su padre, y también de Pedro Sevilla, del cual no sabe si se encuentra con vida o murió en batalla. Al ver a Pedro Sevilla con vida, somos testigos de las palabras que se dicen los amantes, y también leemos la reconciliación entre Granada y León, ciudades que en un principio eran rivales, y ahora se reconcilian:

–Pedro, mi Pedro!...

–¡Vida mía, amada mujer mía!...

–Estuve muy enfermo, María de la Luz... Mi convalecencia fue lenta... pero llena de satisfacción porque estuve hasta la última batalla contra Walker. Decidí no escribirte, quise reponerme bien y venir yo mismo...

–Levántate, Pedro, siéntate aquí a mi lado. Sólo quiero decirte algo, mi amor. *Yo amo Granada*. Amo esta casa como parte de mi alma, de mi ser. Al casarme contigo te seguiré a donde tú digas pero mi tristeza sería incurable...

–Y yo no quiero una esposa triste. Mi mujer, María de la Luz Arango de Sevilla, será la más bella dama de Granada. No, no tendrás que dejar tu casa y tu ciudad. Aquí viviremos. Aquí ejerceré mi profesión. Aquí nacerán nuestros hijos. Pero, tres meses cada año, durante la Navidad y Año Nuevo, *los pasaremos en León*, ¿te parece?

–¡Me parece! ¡Eres el hombre más generoso y bueno del mundo! (pp. 199-201, las cursivas son nuestras).

Con la descripción del amorío entre María de la Luz y Pedro Sevilla, *Fuego en la ciudad* tiene la característica principal de ser una novela histórica romántica, como se escribían en el siglo XIX latinoamericano, a la manera como lo explica Doris Sommer, lo cual estudiamos en el capítulo anterior. María de la Luz, originaria de la ciudad de Granada, se une en matrimonio con Pedro Sevilla, originario de la ciudad de León. Estas dos ciudades,

en el siglo XIX, fueron rivales políticos-económicos al disputarse qué proyecto de nación prevalecería en Nicaragua. El matrimonio de estos personajes, la felicidad que expresan, “la pasión romántica proporciona una retórica para *que*... los ideales nacionales encarnen en un amor y en un matrimonio que ofrece una imagen conciliatoria para superar los conflictos.”¹¹⁷ Además, la unión en contra de un enemigo mayor, que fueron los filibusteros liderados por Walker, logra vencer a este enemigo por el acuerdo, asociación y principalmente por el amor que sentían los personajes tanto por Nicaragua como por toda Centroamérica, por eso lucharon por la soberanía nacional e independencia.

La novela presenta la forma en que los personajes pueden participar en el conflicto bélico. María de la Luz, al ser mujer, y sabiendo que no puede combatir cuerpo a cuerpo en la batalla, decide cuidar heridos de guerra. Por su parte, Pedro Sevilla, al ser hombre, toma las armas a lado del general Víctor Zavala y lucha en contra de los filibusteros para lograr obtener la independencia nacional, y así también poder casarse con la protagonista de la obra. Esta otra razón conlleva una “intertextualidad... con la novela romántica que proporciona las imágenes femeninas vulnerables y las personalidades masculinas heroicas y aventureras”,¹¹⁸ como lo eran las novelas históricas clásicas del siglo XIX latinoamericano.

Los discursos de María de la Luz y de Pedro Sevilla siempre están a favor de actuar en la lucha contra Walker. María de la Luz cuida heridos de batalla y, además, rechaza al filibustero al besarla, ya que no puede sentir nada en contra del enemigo, más que odio y rencor. En sus acciones y palabras siempre está el amor al prójimo, al débil y a la nación centroamericana, al igual que el personaje de Pedro Sevilla, quien con sus palabras y acciones lucha por expulsar al presidente norteamericano de Nicaragua, y una vez ganada la batalla y libre Centroamérica de la opresión norteamericana, se casa con la enfermera. Por lo tanto “un aspecto capital en la caracterización de los personajes es su discurso, a un tiempo fuente de acción, de caracterización y de articulación simbólica e ideológica de los valores del relato”.¹¹⁹

¹¹⁷ Begoña Pulido Herráez, *op. cit.*, p. 122.

¹¹⁸ Seidy Araya, citado en Gabriela Quirarte Amores, *La novela histórica escrita por mujeres en Centroamérica durante la primera mitad del siglo XX*, España, Universidad de Alicante, 2017, Tesis de doctorado en Estudios literarios, p. 219.

¹¹⁹ Luz Aurora Pimentel, *op. cit.*, p. 83.

La novela comienza con un epígrafe, el cual expresa la dedicatoria y toda la idea principal de la novela: “Inspirada en mi amor a CENTRAMÉRICA”. Concordamos con Alfonso Piraval en que la idea central del discurso narrativo de la obra de Argentina Díaz Lozano es el *amor*:

Se afirma que la idea recurrente a través de la novela *Fuego en la ciudad*, es el “amor”, principalmente, entre la pareja formada por María de la Luz y Pedro Sevilla, principales protagonistas de la obra. Al ahondar en el estudio de la novela se encuentra el amor de otros estratos: amor al prójimo, amor a la patria, amor filial, amor a la vida, a la libertad, etc. En realidad todo el tejido tiene como eje central este tema.¹²⁰

El tiempo histórico en la narración de *Fuego en la ciudad*

En *Fuego en la ciudad* hay un comentario de la voz narrativa que es de nuestra particular atención. Después de hacernos leer lo que decía la carta de María de la Luz Arango a William Walker, la narradora hace el siguiente juicio sobre las virtudes de la enfermera:

María de la Luz, inteligente y ávida de aprender, no sólo se había conformado con saber leer y escribir bien, bordar, hacer croché y hacer dulces, sino que leía incansablemente todos los buenos libros que caían a sus manos. *Si hubiera nacido setenta años después*, hubiera sido una brillante universitaria y es casi seguro que hubiera estudiado medicina (pp. 178 y 179, las cursivas son nuestras).

Con ese comentario, nos hacemos las siguientes preguntas: ¿Qué estaba pasando 70 años después en Nicaragua? ¿Acaso la voz narrativa quiere recuperar la memoria histórica para sus contemporáneos? ¿La escritora Argentina Díaz Lozano quería promover de nuevo el unionismo centroamericano y enlazar dos momentos clave de la historia centroamericana en el momento que su publicó *Fuego en la ciudad* en los años 60? Esas preguntas las iremos respondiendo en este apartado.

En las dos primeras décadas del siglo XX sucedió otra vez una invasión norteamericana en Nicaragua, pero esta vez ya no fueron filibusteros los que tomaron la

¹²⁰ Ovidio Alfonso, Piraval, *op. cit.*, p. 56.

iniciativa, sino el gobierno de los Estados Unidos. Anteriormente, los norteamericanos habían fundado un nuevo país despojando a Colombia de parte de su territorio centroamericano y dando nacimiento a Panamá en 1903. El objetivo de la creación de la nueva nación era tener un protectorado para construir un canal interoceánico que conectara el Océano Pacífico y el Océano Atlántico, y así el transporte marítimo lograra una fácil travesía tanto de mercancías como de personas.

En 1909 el presidente liberal de Nicaragua, José Santos Zelaya (1853-1919), renunció al poder ejecutivo. En su discurso de renuncia expresa las razones de su decisión, porque su principal objetivo era “evitar a Nicaragua humillaciones y ultrajes de un poder extraño y colosal, empeñado en ejercer una influencia decisiva en los destinos del país”¹²¹. Lo que quería evitar era una posible invasión estadounidense a Nicaragua. Además hay que recordar que Estados Unidos se vuelve el principal socio comercial de Centroamérica, además de que a los gobiernos centroamericanos los apoyó con préstamos de millones de dólares para que continuaran levantando sus respectivas economías nacionales.

De nuevo, como en los años 1856-1857, pero ahora entre 1913 a 1926, los liberales y los conservadores nicaragüenses entran en guerra por la disputa del poder político, además de buscar imponer un modelo de nación que excluyera el otro bando. Pero ahora, los conservadores tienen el apoyo económico, político y militar del gobierno de Estados Unidos.

Para entender la renuncia de Zelaya, hablemos brevemente de las causas que generaron tal claudicación. El presidente Zelaya mantenía una competencia con su homólogo guatemalteco, Manuel Estrada Cabrera (1857-1924), los cuales querían negociar de la mejor manera posible con los Estados Unidos la construcción del canal interoceánico, por esta razón, el ejecutivo de Guatemala decide abrir la economía a las empresas estadounidenses en sectores importantes, como los ferrocarriles y el banano.

Finalmente, el presidente de los Estados Unidos, Theodore Roosevelt (1858-1919), decide construir el canal interoceánico en Panamá. Esta decisión hace que Santos Zelaya abra la economía a capitales europeos para así contrarrestar la presencia estadounidense en Nicaragua. De esta manera “terminaba así el proyecto de Zelaya de encabezar una posible unión centroamericana como la fuerza hegemónica en el istmo”¹²².

¹²¹ Gregorio Selser, *La restauración conservadora y la gesta de Benjamín Zeledón: Nicaragua-USA, 1909-1916*, Managua, Aldilá editores, 2001, p. 12.

¹²² *Ibid.*, p. 15.

La acusación para hacer caer a Zelaya vino de Philander C. Knox (1853-1921), secretario de Estado, por “haber mantenido a Centroamérica en constante inquietud y turbulencia... y de destruir las instituciones republicanas en Nicaragua”.¹²³ Agregando otro ingrediente a la discordia entre Zelaya y los Estados Unidos fue no aceptar el establecimiento de un protectorado en la franja del territorio nicaragüense, donde se quería otro canal interoceánico, a parte del de Panamá. El periodista costarricense, Vicente Sáenz (1896-1963), publicó un documento que le entregó Zelaya, el cual enuncia: “Daremos a usted señor Zelaya, los elementos necesarios para que realice la Unión en Centroamérica, con la única condición de que haga negociaciones con mí gobierno y nos garantice la ruta canalera del río San Juan y una base naval en el Golfo de Fonseca”¹²⁴.

La Asamblea Nacional escoge para el cargo de presidente de Nicaragua a José Madriz Rodríguez (1867-1911). En 1910 desembarcan los *marines* en la costa de Corinto por la elección del jurisconsulto Madriz como representante del ejecutivo, además de que argumentan que buscaban defender la propiedad privada y los negocios de los ciudadanos estadounidenses; de nuevo, por la presión militar, Madriz renuncia a la presidencia y se exilia en México.

A partir de esto se crea una Junta de Gobierno donde se elige como presidente a Juan José Estrada (1872-1947), militar que se levantó en armas en contra de Zelaya, además de ser reconocido inmediatamente por el gobierno de los Estados Unidos. El vicepresidente elegido fue Adolfo Díaz Recinos (1875-1964). Todo esto sucede por medio del “Pacto Dawson”, ya que el enviado de los Estados Unidos, Thomas Dawson (1899-1951), y el nuevo gobierno se comprometían a promulgar una nueva Constitución, donde se redactaran garantías específicas para los extranjeros mediante inversiones y propiedades en Nicaragua.

Estrada no dura demasiado en el poder ejecutivo y renuncia, y toma su lugar Adolfo Díaz. Éste firma el convenio Knox-Castrillo, el cual “preveía un préstamo de 15 millones de dólares con la garantías de las Aduanas de Nicaragua”¹²⁵. Los que otorgaron el dinero fueron las casas Brown Brothers y J. and W. Seligman Co., dando además de las aduanas, entrega el control del Banco Nacional. Ante esta acción, se rebelan militarmente el general liberal Luis Mena (1865-1928) y el abogado Bejamín Zeledón (1879-1912).

¹²³ *Ibid.*, p. 16.

¹²⁴ *Ibid.*, p. 17.

¹²⁵ Gregorio Selser, *Nicaragua...*, p. 95.

Con esta rebelión armada, Díaz pide la ayuda del ejército estadounidense, los cuales desembarcan de nuevo en el puerto de Corinto, pero ahora se internan en territorio nicaragüense, para llegar y atacar la capital, Managua. Zeledón lanza un manifiesto a la nación el cual resalta el punto del porqué luchan: “No más intervenciones en nuestros asuntos internos. Las aduanas serán administradas por manos nicaragüenses o centroamericanas. Los ferrocarriles regalados por un gobierno malvado volverán a nuestro poder, porque cada riel, cada durmiente, cada locomotora representa una energía, una palpitación o un soberano anhelo de nuestros conciudadanos”¹²⁶.

La lucha armada de Zeledón es diezmada por las fuerzas norteamericanas y conservadoras y lo hacen huir de la capital nicaragüense hacia Masaya, donde finalmente son asesinados los rebeldes. Este hecho histórico lo recuerda y expresa el hombre que se rebelará más adelante en contra de los estadounidenses en 1926, Augusto C. Sandino (1895-1934):

Hubo la revolución de 1912 en señal de protesta y que culminó con el asesinato del invicto y glorioso General Benjamín Zeledón. Era yo un muchacho de 17 años y presencié el destace de nicaragüenses en Masaya y otros lugares de la República, por fuerzas filibusteras norteamericanas... La muerte de Zeledón me dio la clave de nuestra situación frente al filibusterismo norteamericano; por esa razón, la guerra en que hemos estado empeñados, la consideramos una continuación de aquella.¹²⁷

Regresando a 1912, el presidente Díaz firmó el tratado “Chamorro-Bryan”, el cual otorgaba a Estados Unidos “a perpetuidad... los derechos exclusivos y propietarios para la construcción de un canal interoceánico sobre el río San Juan, en la frontera con Costa Rica, y el lago de Nicaragua. Además, cedía por 99 años las islas Great Corn y Little Corn, y el territorio en el Golfo de Fonseca –compartido este último con Honduras y El Salvador-, para el establecimiento de bases militares cuyo propósito sería defender el canal de Panamá”¹²⁸.

El Salvador y Costa Rica protestaron por este convenio, ya que afectaba su soberanía nacional ya que los territorios iban a ser utilizados como bases militares estadounidenses, por esta razón pusieron una denuncia ante la Corte Centroamericana de Justicia y ésta falló a

¹²⁶ *Ibid.*, p. 103.

¹²⁷ Augusto C. Sandino, citado en *Ibid.*, p. 116.

¹²⁸ Gregorio Selser, *La restauración conservadora...*, p. 21.

favor de ambos países, lo que produjo una gran efervescencia en la región, y “en toda la región se reavivó el sentimiento unionista y proliferaron las expresiones antiyanquis”.¹²⁹

Los conservadores mantuvieron el poder ejecutivo de Nicaragua hasta 1925 gracias al apoyo del ejército estadounidense, el cual se quedó como policía para proteger los negocios de los empresarios y banqueros norteamericanos. En ese año hubo elecciones presidenciales, donde el conservador Carlos José Solórzano (1860-1936), quien hizo alianza con el liberal Juan Bautista Sacasa (1874-1946), ganan la presidencia y vicepresidencia respectivamente. Solórzano buscaba crear un gobierno de unidad nacional al incluir a muchos liberales en su gabinete. Esta excusa fue perfecta para Emiliano Chamorro Vargas (1871-1966) quien orquesta un golpe de Estado en contra del presidente conservador porque quería que se excluyera a los liberales del gobierno. De nuevo comienza una guerra civil en Nicaragua, la cual perjudica los intereses económicos de Estados Unidos, por ello invaden de nuevo el país con el fin de apaciguar la guerra.

Chamorro hace renunciar de la presidencia a Solórzano por medio de su golpe militar. Al estar vacante el poder ejecutivo, el Congreso nicaragüense elige como presidente a Emiliano Chamorro. Esto hace que el general liberal José María Moncada (1870-1945), se levante en contra del nuevo gobierno golpista, comenzando otra guerra civil en el país.

Después de “estabilizar” la situación política entre liberales y conservadores, el representante de Estados Unidos, Calvin Coolidge (1872-1933), el diplomático Henry Sitmson (1867-1950) y el Congreso nicaragüense deciden que el presidente debe ser Adolfo Díaz. Después de la elección, los estadounidenses proponen al presidente Díaz los siguientes puntos:

Una alianza militar con Estados Unidos, que impedirá a Nicaragua declarar la guerra sin el consentimiento de aquéllos, pero que la pondrán automáticamente en estado de guerra cuando Washington la declare. II) Se establece en favor de los Estados Unidos el derecho de intervención armada cada vez que lo juzgue oportuno, convirtiendo la intervención ya existente de estado *de facto* a estado *de jure*. III) Nicaragua organizará un cuerpo de guardias rurales al mando de un militar norteamericano, en remplazo del ejército nacional existente, el que será abolido. IV) Se prevé la contratación de un empréstito de 20 millones de dólares con banqueros norteamericanos, semejante a los formalizados desde 1909 en adelante. V) Se

¹²⁹ *Ibid.*, p. 21.

mantendrá al recaudador de aduanas norteamericano, cuya autoridad y privilegios no podrán ser alterados sin el consentimiento de Estados Unidos. VI) Las rentas nacionales serán manejadas por el recaudador norteamericano, en las mismas condiciones que el anterior. VII) Se nombrará un consultor financiero norteamericano para fiscalizar la hacienda pública, con el derecho de veto sobre las resoluciones del Poder Legislativo. VIII) Se dispondrán mayores garantías para la opción canalera y la base del golfo de Fonseca.¹³⁰

Como se lee, los estadounidenses buscaban controlar toda la economía y la política, además del aspecto militar de Nicaragua, convirtiendo al país en un protectorado de los Estados Unidos. Los liberales liderados por Moncada habla con Stimson y llegan al acuerdo de que Díaz siga en el poder y por ello deponen las armas. Se firma el Pacto del Espino Negro, en el cual el gobierno estadounidense, además de lo dicho en la cita anterior, se haría cargo de vigilar las elecciones de 1928. El único general liberal que no estuvo de acuerdo con estas medidas fue Augusto C. Sandino, quien declaró la guerra a los Estados Unidos en 1927 y buscó salvar la dignidad y soberanía nacional de Nicaragua. Esto lo leemos en las propias palabras de Sandino: “Yo no estoy dispuesto a entregar mis armas en caso de que todos lo hagan. Yo me haré morir con los pocos que me acompañan porque es preferible hacernos morir como rebeldes y no vivir como esclavos.”¹³¹

Sandino funda el “Ejército Defensor de la Soberanía Nacional de Nicaragua” que comenzó a llamar la atención de los nicaragüenses, centroamericanos y de los latinoamericanos cuando ganó la batalla del Octal al ejército estadounidense, en el norte de Nicaragua. El nacionalismo de Sandino buscaba luchar por lograr la independencia política y económica de Nicaragua, la cual se encontraba bajo el dominio de Estados Unidos. Como mencionamos anteriormente, por esta razón “el general de hombres libres” no aceptó el Pacto del Espino Rojo. Por ello, como concluyen Rafael Cuevas y Paulette Barberousse:

La defensa de la soberanía nacional nicaragüense constituyó el *leitmotiv*, el motor de su participación pública. Siendo los Estados Unidos de América la fuerza interventora, país que, por demás, expandía sus intereses de corte imperialista por toda América Latina, pero esencialmente en Centroamérica y el Caribe y, en su seno, en Nicaragua. El nacionalismo

¹³⁰ Gregorio Selser, *El pequeño ejército loco. Sandino y la operación México-Nicaragua* (1958), México, FCE, Primera edición, 2019, p. 173.

¹³¹ César Augusto Sandino, citado en Gregorio Selser, *op. cit.*, p. 213.

sandinista tiene un corte antimperialista. Esta constituye, por lo tanto, la esencia de su pensamiento: el nacionalismo antimperialista.¹³²

El mismo Sandino confirma ese antiimperialismo norteamericano con la siguiente expresión:

Venid, gleba de morfinómanos: venid a asesinaros en nuestra propia tierra, que yo os espero a pie firme al frente de mis patriotas soldados, sin importarme el número de vosotros; pero tened presente que cuando eso suceda, la destrucción de vuestra grandeza trepidará en el Capitolio de Washington, enrojeciendo con vuestra sangre la esfera blanca que corona vuestra famosa White House, antro donde maquináis vuestros crímenes.¹³³

También el mismo Sandino expresa en una carta al escritor hondureño Froylán Turcios (1875-1943), donde le habla de la causa de su lucha, una guerra justa, que busca con su mensaje y acciones despertar la conciencia nacional nicaragüense y centroamericana:

Cuando llegué a esta edad estaba fortalecido por sus enseñanzas, y quiero consolidarlas en la conciencia nacional con la sangre de los piratas invasores; sirviendo esta lección a la juventud centroamericana como el prólogo libertario del débil contra el fuerte, y probar al mundo civilizado que el derecho de los débiles se más sagrado que el del poderoso; y si éste, por su soberbia, lo desconoce, debe sellarse con la sangre tal violación, para castigar su osadía.¹³⁴

Esta cita es muy interesante, por el mensaje de Sandino, el cual convence al escritor Froylán Turcios, quien se convirtió en la voz oficial del general antiimperialista. Por medio de la revista *Ariel*, el escritor hondureño difundía las noticias del movimiento guerrillero sandinista, además de su pensamiento y discursos, para que fueran conocidos por toda América Latina y el resto del mundo. Se puede advertir que la escritora hondureña fue influida por la acción de Turcios al propagar el mensaje de Sandino de luchar a favor de defender la soberanía nicaragüense y centroamericana en contra de los estadounidenses, razón por la cual escribió la novela histórica *Fuego en la ciudad*.

¹³² Rafael Cuevas Molina y Paulett Barberousse Alfonso, “Reflexiones en torno al pensamiento de Augusto César Sandino”, en *Rebela. Revista de Estudios Latinoamericano*, vol. 2, núm. 1, junio 2012, p. 23.

¹³³ Sandino, citado en Gregorio Selser, *op. cit.*, p. 226.

¹³⁴ *Ibid.*, p. 247.

Otra cuestión a resaltar sobre el pensamiento ideológico de Sandino en torno a la guerra que libró contra del ejército estadounidense que permaneció en Nicaragua, es que lo hace en representación de Centroamérica, y en general de toda la América Latina. En sus mismas palabras lo expresa:

Soy nicaragüense y me siento orgulloso de que en mis venas circule, más que cualquiera, la sangre india americana, que por atavismo encierra el misterio de ser patriota leal y sincero: el vínculo de nacionalidad me da derecho a asumir la responsabilidad de mis actos en las cuestiones de Nicaragua y, por ende, de la América Central y de todo el Continente de nuestra habla.¹³⁵

El general Sandino despertó de nuevo el sentimiento unionista en Centroamérica y el sueño bolivariano de la unión latinoamericana. Además, en Estados Unidos, el senador norteamericano, conocido como Mr. King, en una conferencia de la Liga Antiimperialista, dijo que Sandino había sido “el iniciador del movimiento liberador de América Latina contra la dominación ejercida por el gobierno de Washington y Wall Street”.¹³⁶

La conciencia histórica de Sandino sobre las invasiones estadounidenses a América Latina resalta en una carta enviada a Carlos Zepeda: “ellos los lobos que llevan todavía en la frente el estigma de Nuevo México, Arizona, etc., y el asesinato de los niños héroes en Chapultepec, de la Escuela Naval de Veracruz y de los patriotas de Filipinas y de Haití. ¿Y qué diremos de Colombia, la heroica mutilada...?”¹³⁷

Por su parte, el gobierno de Honduras, liderado por el presidente Miguel Paz Barahona (1863-1937), y el gobierno de El Salvador, liderado por Pío Romero Bosque (1860-1935), eran proyanquis y cerraron las fronteras a Sandino y su “pequeño ejército loco”. Al respecto, Sandino dice las siguientes palabras a un entrevistador, el norteamericano Carleton Beals, quien le preguntó su opinión sobre las acciones de Honduras y de El Salvador:

Usted me dice que los gobiernos de Honduras y El Salvador me son hostiles. Mañana se arrepentirán de su actitud. Toda Centroamérica está moralmente obligada a ayudarnos en esta

¹³⁵ *Ibid.*, p. 224.

¹³⁶ *Ibid.*, p. 384.

¹³⁷ *Ibid.*, p. 349.

lucha. Centroamérica debería unirse contra el invasor, en lugar de que sus gobiernos se alíen con el invasor.¹³⁸

El sentimiento del unionismo centroamericano es exaltado por Sandino, ya que buscaba que Guatemala, Honduras, El Salvador, Costa Rica y Panamá se unieran a la lucha en favor de Nicaragua. Por ello, Sandino usaba recursos románticos para generar un amor hacia la patria centroamericana y buscar tener el apoyo posible de todos los centroamericanos, además de que luchaba por ellos:

Mi patria, aquello por lo que lucho, tiene por fronteras la América española. Al empezar mi campaña, pensé sólo en Nicaragua: luego, en medio del peligro, y cuando ya me di cuenta de que la sangre de los invasores había mojado el suelo de mi país, acrecentose mi ambición. Pensé en la República Centroamericana, cuyo escudo ha dibujado uno de mis compañeros, lea usted: un brazo extendido que levanta cinco montañas y sobre el más alto pico, un quetzal. Sabe usted que el quetzal es el ave de la libertad porque muere veinticuatro horas antes de haberla perdido.¹³⁹

Para que Sandino lograra su objetivo de poder expulsar a los estadounidenses de toda Centroamérica y así lograr una verdadera soberanía nacional, tuvo el apoyo del resto de América Latina. Intelectuales como la escritora chilena Gabriela Mistral (1899-1957), o el intelectual peruano Raúl Haya de la Torre (1895-1979), entre otros más, escribían artículos en los principales periódicos o revistas para dar su apoyo al movimiento del “guerrillero de América”. En una entrevista hecha a Sandino, respondió:

Me parece que se me ha quitado una montaña del cerebro. Tengo deseos de recorrer las 20 repúblicas de la América Latina, pues dicen los compañeros que andan con nosotros, y que han venido de aquellas repúblicas a pelear a nuestro lado, contra los *machos*, que somos 90 millones de latinoamericanos, y como tú sabes, estas revoluciones tienen por objeto unir nuestra raza contra los imperialistas yanquis.¹⁴⁰

¹³⁸ *Ibid.*, p. 343.

¹³⁹ *Ibid.*, p. 390.

¹⁴⁰ *Ibid.*, p. 420.

Las razones del “General de Hombres y Mujeres libres” de generar una unión centroamericana y latinoamericana, era tener una solida unidad en contra del poderoso imperio norteamericano, el cual podría seducir a la Patria Grande para que apoyara su causa en contra de Nicaragua; al respecto Sandino dice:

Los yankees son los peores enemigos de nuestros pueblos, y cuando nos miran en momentos de inspiración patriótica y que nos buscamos con sinceros impulsos de unificación, ellos remueven hondamente nuestros asuntos pendientes, de manera que encienda el odio entre nosotros y continuemos desunidos y débiles, y por lo mismo, fáciles de colonizarnos.¹⁴¹

Con lo dicho sobre lo que generó la guerrilla de Sandino iniciada en 1927 en contra de la ocupación estadounidense, además de apelar al unionismo tanto centroamericano como latinoamericano, podemos ver que está indirectamente muy presente en *Fuego en la ciudad* de Argentina Díaz Lozano. La voz narrativa que enuncia la historia de amor entre María de la Luz Arango y Pedro Sevilla, bajo el contexto de la “Guerra Nacional”, donde los ejércitos de Guatemala, Honduras, El Salvador y Costa Rica apoyaron al ejército legitimista nicaragüense en contra del filibustero William Walker, apela al espíritu unionista como una solución en contra del imperialismo estadounidense imperante en Centroamérica en el siglo XIX, años donde salió a la luz la novela, ya que el discurso narrativo de la misma apela a lo que concluye Alejandra Galicia:

Una de las primeras expresiones *unionistas* que denunciaron la presencia estadounidense como una amenaza a la existencia de los países centroamericanos fue la presencia de William Walker en Nicaragua entre 1855-1857, cuando el proyecto colonizador del filibustero había pasado sobre los intereses de los liberales nicaragüenses.¹⁴²

Estos dos momentos –el triunfo de las armas centroamericanas en contra de William Walker en 1857, mencionado directamente en la novela, y el segundo, el alzamiento de Sandino 70 años después, que esta indirectamente implícito en la voz narrativa en tercera persona–, son mencionados ahora en la década de los 60 en el siglo XX, porque son los dos momentos antiimperialistas claves e importantes para la poética de *Fuego en la ciudad*.

¹⁴¹ César Augusto Sandino, citado en Rafael Cuevas Molina y Paulette Barberousse Alfonso, *op. cit.*, p. 24.

¹⁴² Alejandra Gabriela Galicia Martínez, *op. cit.*, p. 77.

Argentina Díaz Lozano nos representa en la obra que ella apoya la idea del unionismo centroamericano por medio de “un velo rosa sobre la verdad histórica”;¹⁴³ esta conciencia histórica centroamericana la busca expresar por medio de la ficción histórica. Por ello Gabriela Quirarte Amores señala que “dada la ideología unionista de Díaz Lozano... una intención totalmente compatible con el interés personal y profesional de la autora, quien era consciente de la necesidad cívica y patriótica de todos los centroamericanos de conocer el pasado de su país”.¹⁴⁴

Recordemos cuando fue publicada *Fuego en la ciudad*. Hay que tomar en cuenta lo que se publica después de 100 años de la “Guerra Nacional”, en 1957. Además en 1959, triunfa la Revolución cubana dirigida por Fidel Castro (1926-2016), Ernesto “Che” Guevara (1928-1967), y Camilo Cienfuegos (1932-1959). El nuevo gobierno revolucionario instaurado en Cuba simpatizó con el pueblo, además de estatizar la economía mediante la nacionalización de empresas privadas, las cuales pertenecían a propietarios norteamericanos; también hubo una importante redistribución de las tierras a manos de los campesinos. Para mantener este proyecto de nación en contra de los embates que se podrían generar con los Estados Unidos, “la política exterior de la revolución mostró también una carga rupturista, que condujo hacia la decisión de establecer una alianza político-económica con el Bloque Socialista y la declaración de Castro, en abril de 1961, que sancionaba el carácter socialista de la Revolución cubana”.¹⁴⁵ Esta alianza de Cuba con la Unión Soviética fue estratégica, ya que por parte de Castro, al tener el apoyo de la súper potencia socialista, tenía un gran soporte para combatir cualquier ataque militar por parte de los norteamericanos. Por su parte, la Unión Soviética deseaba expandir el modelo socioeconómico socialista a los países del Tercer Mundo.

Los norteamericanos comenzaron a ver con temor el giro que tomó la Revolución cubana, al declararse socialista, además de aliarse con la Unión Soviética, porque consideraron que el resto de los países de América Latina podrían seguir el ejemplo cubano y tomar el modelo económico socialista.

En los años 60, Centroamérica tenía graves problemas políticos, económicos y sociales; surgieron las guerrillas, promoviendo una solución armada a los problemas. Las

¹⁴³ Gabriela Quirarte Amores, *op. cit.*, p. 235.

¹⁴⁴ *Ibid.*, p. 233.

¹⁴⁵ *Ibid.*, p. 92.

naciones centroamericanas tenían en el poder político a dictadores militares, con la excepción de Costa Rica: Nicaragua a Anastasio Somoza Debayle (1925-1980), Guatemala a Enrique Peralta Azurdia (1908-1997), Honduras a Oswaldo López Arellano (1921-2010), El Salvador a Julio Adalberto Rivera Carballo (1921-1973), todos apoyados por el gobierno de los Estados Unidos.

Estos regímenes autoritarios centroamericanos fueron impuestos por el temor que generó primeramente el antecedente de la Reforma agraria impuesta por Jacobo Árbenz en Guatemala en el año de 1951, la cual afectó los intereses económicos de la UFCO: “la hostilidad de la élite política regional estaba azuzada por el miedo a las reformas implementadas por el militar guatemalteco pudieran representar una inspiración para procesos análogos en sus respectivos países”,¹⁴⁶ razón por la cual intervino los Estados Unidos para derrocar a Árbenz por medio de Carlos Castillo Armas. Este acontecimiento de la intervención militar norteamericana en los eventos guatemaltecos, “ofrecieron un dramático adelanto de la forma extrema en que la Guerra Fría, por medio de una poderosa conjunción de factores internos e internacionales, podía afectar, obstaculizándolos o incluso pulverizando, los procesos de cambio social y políticos continentales”.¹⁴⁷

El otro elemento fue que los estadounidenses consideraron que las guerrillas centroamericanas eran apoyadas y financiadas por la Cuba socialista, con el patrocinio de la Unión Soviética, para expandir el socialismo en Centroamérica y el resto de América Latina, lo cual ponía en peligro la “seguridad nacional” de los Estados Unidos; por ello se dio el apoyo a los dictadores militares centroamericanos, que mencionamos anteriormente, para hacerse cargo de eliminar los movimientos guerrilleros.

Teniendo en cuenta estas problemáticas que atravesó Centroamérica, Díaz Lozano, en el discurso narrativo de su ficción histórica, apelaría a un nuevo unionismo centroamericano, porque “las condiciones, como la ubicación, lengua, raza, costumbres, hacen de Centroamérica un solo país, que al mantenerse unido daría lugar a una nación más fuerte y respetada y en posibilidad de defender intereses comunes; la explotación de sus riquezas y la lucha por ideales colectivos.”¹⁴⁸ Por esta razón *Fuego en la ciudad* es la

¹⁴⁶ Vanni Pettinà, *Historia mínima de la Guerra Fría en América Latina*, México, COLMEX, Primera edición, 2018, p. 85.

¹⁴⁷ *Ibid.*, p. 88.

¹⁴⁸ Teresa García Giráldez, *op. cit.*, p. 175.

representación de los unionismos centroamericanos y sus luchas en contra de los colonizadores norteamericanos. La primera lucha fue en contra del filibustero norteamericano William Walker, donde lograron vencerlo gracias a la unión de los cinco ejércitos centroamericanos. Y la segunda lucha, donde Sandino resiste hasta la salida del ejército estadounidense en 1933, generó de nuevo el espíritu unionista centroamericano y también alentó el sueño bolivariano de la unión latinoamericana en contra del control político y militar de los Estados Unidos en Nicaragua, con el logro de que finalmente los soldados estadounidenses salieron del país centroamericano. Además, como señala Lukács para la novela histórica clásica –hay que recordar que *Fuego en la ciudad* es una novela histórica clásica por sus características–:

La gran épica debe reflejar –para ofrecer una imagen fiel de la vida humana– la dialéctica de libertad y necesidad, y hacerlo de un modo adecuado. Es decir... tiene que representar al hombre y sus acciones como determinados por las circunstancias de su actuar, por la base histórico-social de sus actos. Pero al propio tiempo, ambos deberán plasmar en el curso de los acontecimientos sociales el papel de la iniciativa humana, en el acto humano.¹⁴⁹

Fuego en la ciudad recrea un acontecimiento histórico muy importante y sobre todo muy recordado por la historia centroamericana, Díaz Lozano toca un episodio histórico digno de la historia, a diferencia de lo que sucede en *La invasión*, donde Solares busca darle dignidad y memoria a un acontecimiento nada agradable, y sobre todo “olvidado” por la historia mexicana.

¹⁴⁹ Georg Lukács, *op. cit.*, p. 176.

Capítulo 3

La ficción como antídoto al trauma histórico

Obra literaria de Ignacio Solares

Ignacio Solares nació en Ciudad Juárez, Chihuahua, en 1945. Estudió letras hispánicas en la Facultad de Filosofía y Letras de la UNAM. En el año 1964 incursionó en el mundo de las letras al convertirse en reportero para el periódico *El Heraldito Cultural*. Con el paso del tiempo desempeñó el cargo de jefe en redacción de las columnas culturales de los periódicos *Excélsior*, *Diorama de la cultura*, *Revista de revistas*, principalmente en la revista *Plural*, esta última dirigida por el premio Nobel de literatura Octavio Paz (1914-1998), entre los años 1989 a 1998. También fue director de la *Revista de la Universidad de México*, donde publicaba artículos constantemente sobre literatura, filosofía, religión e historia, temas que práctica en su obra literaria. Como escritor se adentra en la novela, el cuento, la literatura dramática y el ensayo. Solares ha obtenido importantes premios por su carrera literaria, el Xavier Villaurrutia en 1999, el premio Mazatlán de Literatura en 2004 y el premio Nacional de Ciencias y Artes en el 2010.

Participó en el mundo de la literatura con la publicación de *El problema es otro* (1969). Su primer cuento, “El hombre habitado”, fue publicado en 1975. A partir de ese momento comienza a desenvolverse con constantes producciones literarias, entre ellas su primera novela, *La puerta del cielo* (1976). A finales de los años 80 incursiona en la escritura de ficciones históricas con *Madero, el otro* (1989), donde Solares explora la esencia espiritista del iniciador de la Revolución mexicana Francisco I. Madero (1873-1913), tema muy poco estudiado por la historia. La trama de esta novela trata de que el espíritu de Madero le reclama al otro Madero, el que acaba de ser asesinado a las afueras de la cárcel de Lecumberri, sus acciones en vida. Además, “desde un reclamo claramente verbalizado en el discurso, se interpela a estas figuras señeras al tiempo que se le pide cuentas por las acciones

realizadas.”¹⁵⁰ La importancia de pedir y dar cuentas es también muy importante en la novela *La invasión* (2005), la cual estudiaremos en este capítulo.

En 1991 publica *La noche de Ángeles*, donde el personaje principal es el olvidado general de las Fuerzas Armadas y fiel seguidor de Francisco I. Madero, Felipe Ángeles (1868-1919). A partir de ese momento sus relatos históricos son del periodo de la Revolución mexicana, como su obra de cuentos *Ficciones de la Revolución mexicana* (2009), y sus novelas *El Jefe Máximo* (2011) y *Un sueño de Bernardo Reyes* (2013). Además de estas obras, Solares escribió una novela histórica sobre otro periodo histórico de México, *Nen, la inútil* (1994), la cual se desarrolla en el periodo de la conquista de México-Tenochtitlán.

Otra novela histórica del periodo de la Revolución mexicana es *Columbus* (1996). El personaje principal, Luis Treviño, siendo ya un hombre maduro, recuerda su juventud cuando trabajó en un bar en Ciudad Juárez, Chihuahua. Treviño, durante toda la novela, habla con un supuesto periodista que lo entrevista sobre su vida durante la Revolución mexicana. Narra brevemente la invasión norteamericana por parte de los marines al puerto de Veracruz en 1914, también explica cómo conoció a su primer amor, Obdulia, quien lo motiva y acompaña a unirse a la División del Norte liderada por Pancho Villa (1878-1923), en una incursión armada hacia Columbus, Estados Unidos, en venganza por la quema, a manos de policías estadounidenses, de 35 mexicanos que intentaban cruzar la frontera de manera legal. Asimismo, se habla del problema que tuvo Francisco Villa con la compra de armas a un norteamericano de la región, las cuales salieron defectuosas. Esta novela relata “el episodio que el pueblo mexicano considera como uno de los más significativos de su historia: el haber logrado hollar aunque sea una vez y con magros resultados, el poderoso e inexpugnable territorio gringo”.¹⁵¹

Esta novela en particular llama nuestra atención porque la estructura narrativa es un recuerdo de Luis Treviño, quien va relatando de manera oral bajo el influjo del alcohol: “Yo esas cosas no las puedo contar sin beber”,¹⁵² ingrediente que influye y ocasiona que hable con la “verdad” en su relato:

¹⁵⁰ María Antonieta Zandanel, “Voces desde la historia: Ignacio Solares y la novela de la Revolución mexicana”, en *Cuadernos del CILHA*, vol. 7, núm. 7-8, Argentina, 2005, p. 251.

¹⁵¹ *Ibid.*, p. 259.

¹⁵² Ignacio Solares, *Columbus* (1996), en *Novelas históricas*, México, FCE, 2018, p. 777.

Bah, yo sólo participé en una: la invasión a Columbus, y aquí me tienes, viviendo y bebiendo de contarla una y otra vez, enriqueciéndola y enriqueciéndome, repujándola con nuevas anécdotas, engrandeciéndola hasta lo heroico para atraer más clientes a este mugroso bar.¹⁵³

La invasión a Columbus también motivó a Treviño para atacar a los estadounidenses dentro de su propio país. La prensa hablaba de los fuertes rumores sobre una segunda invasión norteamericana a México:

Nuestro éxito... es que nadie en Columbus, ni en ninguna otra parte, podía suponer nuestra intención. En aquel tiempo, casi todos los días aparecían notas en los periódicos de una posible invasión norteamericana a México, pero de México a Estados Unidos, ¿cuándo?¹⁵⁴

Treviño a veces tenía la intención de escribir sus memorias sobre lo acontecido, pero no le llega la convicción de hacerlo: “Cuando estoy aquí solo, antes de abrir el bar, me tomo mi copa y me pongo a releer estos recortes de periódico, a tomar notas –¿Te dije que llevo años en el intento de unas *Memorias*?–, pero si no llega la inspiración cambio mi cuaderno por esta baraja y me juego un solitario”.¹⁵⁵

Un recuerdo muy importante y clave se desarrolla en esta novela, el cual nos ayudará a entender la visión que tiene Solares sobre los Estados Unidos en la historia de México y de América Latina. Cipriano Bernal habla con Luis Treviño sobre la resistencia del pueblo mexicano en el Zócalo de la Ciudad de México, frente al ejército de los Estados Unidos el día 14 de septiembre de 1847:

–Qué diferentes las cosas el siglo pasado –dijo–, gracias a que la gente tenía un conocimiento amplio y diverso de la guerra que nos hicieron los Estados Unidos. Eso fue determinante. Yo vi al pueblo en la capital pedir armas a gritos al paso de la caballería del traidor de Santa Anna. ¿Has escuchado alguna vez el coro de una multitud pidiendo armas a sus propios gobernantes? Pueblo que, a partir de las retiradas del Ejército Nacional, no dudó en pelear entonces con sus propias manos –algunas mujeres verdaderamente a arañazos– contra los

¹⁵³ Ignacio Solares, *op. cit.*, p. 774.

¹⁵⁴ *Ibid.*, p. 848.

¹⁵⁵ *Ibid.*, p. 792.

soldados invasores, unido y alentando bajo el grito de “¡Mueran los yanquis!” ¿Por qué hemos perdido ese espíritu en el México de hoy?¹⁵⁶

Lo expuesto sobre la novela de *Columbus* acerca de la cuestión de la invasión mexicana a los Estados Unidos, los recuerdos y la escritura, son temas que el escritor chihuahuense reconfigura y desarrolla con gran relevancia en la novela *La invasión* –temas que analizaremos en este capítulo–, donde la injerencia militar es al revés: los estadounidenses invaden el territorio mexicano en 1847. Así,

Solares reelabora temas y personajes –como bien acierta Iván Gonzalo Partida– de su propia narrativa y los presenta en una historia distinta o similar de la que partieron con el fin de completar su ‘vida’ como personajes, ya sea para que tomen decisiones distintas, o bien, para dar un matiz diferente en la nueva narración en que se insertan y así resignificarla.¹⁵⁷

La novela es publicada en 2005, un año después de que el presidente de los Estados Unidos, George W. Bush (1946), declarara la guerra a Iraq por el ataque a las torres del World Trade Center ubicadas en New York, las cuales fueron “derribadas” por el grupo “terrorista” de Al Qaeda. El presidente Bush pidió apoyar la guerra al gobierno de México, liderado por el presidente Vicente Fox (1942), quien se negó rotundamente. Lo acontecido entre ambos presidentes generó una tensión diplomática entre ambas naciones, porque Fox buscó en el 2001 que el parlamento estadounidense hiciera una reforma migratoria a favor de los indocumentados mexicanos. Con la negativa de apoyar la guerra, Bush echa atrás la política migratoria. Esto generó el despertar de un recuerdo muy doloroso en la memoria colectiva mexicana, lo que lleva a Brian L. Price a decir lo siguiente: “el descabellado experimento imperial y político resucitó para muchos mexicanos el espectro del expansionismo estadounidense que prevaleció durante el siglo XIX y sirvió de cimiento filosófico para la invasión que despojó a la nación de la mitad de su territorio”.¹⁵⁸

¹⁵⁶ *Ibid.*, p. 803.

¹⁵⁷ Iván Gonzalo Partida Partida, *Madero, el otro, de Ignacio Solares: la reelaboración del personaje histórico*, Tesis de maestría, Xalapa, Universidad Veracruzana, 2013, p. 10.

¹⁵⁸ Brian L. Price, “Un sentimiento positivo de rencor histórico: recuerdos traumáticos de la invasión norteamericana”, en Brian L. Price (coord.), *Asaltos a la historia. Reimaginando la ficción histórica hispanoamericana*, México, Ediciones Eón, 2014, p. 156.

La historia que nos relata la novela *La invasión* se desarrolla en la Ciudad de México, en 1890 aproximadamente. El anciano Abelardo, al entrar de nuevo en su antigua casa que se ubica en Tacubaya, recibe el impacto de los recuerdos que vivió en su juventud cuando tenía tan solo 25 años de edad, en el año de 1847, cuando intentaba escribir una crónica sobre la invasión del ejército de los Estados Unidos en contra de México. La llegada de esos recuerdos lo altera tanto que decide comentarle lo que le sucede a su esposa Magdalena. Ella le recomienda concluir esa crónica, lo cual le ayudaría como una terapia para enfrentar esos dolorosos recuerdos, vivir con ellos y que ya no le causen tanto malestar emocional. Abelardo le hace caso a Magdalena y decide comenzar a escribir la crónica, donde además de hablar de lo que pasó en la Ciudad de México durante la llegada y toma de la misma por parte de los soldados norteamericanos, también relata su vida personal al contarnos sus experiencias, como las reuniones con sus amigos en el Café El Progreso, con quienes hablaba de la guerra contra los estadounidenses, además de los problemas políticos de México. Habla mucho del doctor Urruchúa, al cual le contaba de sus dolores físicos y principalmente de sus dolores del alma. El doctor siempre le recomendaba remedios médicos, que se relajara y leyera la Biblia para tener paz en su alma. También nos habla de su triángulo amoroso con su novia y su suegra, ambas llamadas Isabel.

De la guerra relata el levantamiento de los habitantes de la Ciudad de México el 14 de septiembre de 1847 en contra del experimentado y bien armado ejército de los Estados Unidos. Los capitalinos atacaron a los soldados con palos, piedras, cuchillos o cualquier objeto que sirviera como arma. Después de reprimir el levantamiento, los estadounidenses mantuvieron el control de la ciudad, la cual tuvieron ocupada hasta junio de 1848.

La invasión, de Ignacio Solares, en palabras de Iván Gonzalo Partida, “es una propuesta inversa a *Columbus*, pues se trata ahora de una intervención armada realizada por los Estados Unidos en la que, una vez más, se exploran las relaciones tensas, complejas y ambiguas de México con su vecino del norte”.¹⁵⁹

¹⁵⁹ Iván Gonzalo Partida, *op. cit.*, p. 42.

La poética de la ficción en *La invasión*

Vamos a comenzar con el estudio literario de la novela *La invasión* de Ignacio Solares. Esta novela, a diferencia de *Fuego en la ciudad* de la escritora Argentina Díaz Lozano, presenta una forma de la narración donde la voz narrativa es la del personaje-escritor Abelardo. Esto quiere decir que es una narración en primera persona. Siguiendo a Luz Aurora Pimentel, en este tipo de narración:

En la *focalización interna* el *foyer* del relato coincide con una mente figural; es decir, el narrador restringe su libertad con objeto de seleccionar únicamente la información narrativa que dejan entrever las limitaciones cognoscitivas perceptuales y espaciotemporales de esa mente figural... el narrador deliberadamente cierra el ángulo de percepción y conocimiento y lo hace coincidir con el de uno o varios personajes en alternancia.¹⁶⁰

Todo esto mientras escribe la crónica que va leyendo Magdalena, quien hace comentarios sobre la misma al tiempo que ambos personajes reflexionan sobre el texto que se está escribiendo.

La novela *La invasión* entra en la categoría de *metaficción* por sus características, porque “es aquella novela que ante todo se refiere a sí misma como proceso de escritura, de lectura [...] o como aplicación de una teoría exhibida en el propio texto”.¹⁶¹ El constante diálogo entre el narrador Abelardo (autor de la crónica) y Magdalena, esposa y lectora dentro de la diegésis, va dando nacimiento a lo que nosotros como lectores externos vamos leyendo en el texto.

A finales del siglo XIX, viviendo bajo el régimen de Porfirio Díaz, Abelardo, un hombre ya viejo, abre la puerta de su antigua casa de Tacubaya, donde vivió durante la toma de la Ciudad de México y permanencia del ejército estadounidense entre septiembre de 1847 y su salida en junio de 1848. Al entrar a casa recuerda también su amarga experiencia amorosa con su novia Isabel, todo representado mediante la visión de llamas de fuego en lugares clave como en las iglesias y en el cielo. Estas visiones las comenta con su mujer

¹⁶⁰ Luz Aurora Pimentel, *op. cit.*, p. 99.

¹⁶¹ Alter y Waug, citado en Richard Leonardo, “Metaficción, apocalipsis y contrautopía en *Historia de Mayta* de Mario Vargas Llosa”, *Raído*, vol. 7, núm. 14, julio, 2013, p. 13.

Magdalena, quien también recuerda que él intentaba escribir una crónica sobre los sucesos de la guerra:

¿Por qué no aprovechas el regreso de las lucecitas en el cielo y de una buena vez terminas esa crónica que dejaste pendiente sobre la invasión yanqui a la ciudad en el 47, eh? No la publiques si no quieres, pero termínala. Es más, cuenta en las primeras páginas cómo fue que apuñalaste a aquel pobre soldado yanqui, va a servirte como una especie de confesión pública. Pronto, me temo, la arteriosclerosis cerebral te va a impedir escribir nada de nada (p. 26).¹⁶²

Abelardo había olvidado algunas cosas de lo acontecido en ese entonces, un joven de 25 años. Ahora, siendo un viejo de más de 70 años y por la enfermedad de la arteriosclerosis, su esposa sugiere el recurso literario:

—Y siempre puedes aclarar en las primeras páginas que se trata de algo así como una crónica novelada, de algo que sólo *imaginaste* a los veinticinco años. Es más, que como no eres historiador, la versión que das de la invasión yanqui también la *imaginaste* —y permitió que una sonrisa victoriosa le recorriera la cara (p. 32).

Estas líneas dan la clave sobre la poética de la novela que desarrolla el personaje-escritor por medio de la imaginación: superar la amnesia que padecía (la amnesia que a veces puede encontrarse en la misma historia) y sobre todo afrontar los traumas del pasado, que no lo dejan tener la paz anhelada. El texto no oculta su ficcionalidad, porque Abelardo hará una presentación subjetiva y personalísima de los acontecimientos de la guerra de 1847 y sus experiencias, como lo iremos analizando. En palabras de Luz María Pimentel:

El grado de subjetividad mayor en narración homodiegética no se debe solamente a los actos que realiza el personaje, sino de manera muy especial a un fenómeno vocal que es característico de esta forma vocal: toda narración homodiegética *fictionaliza* el acto mismo de la narración. El narrador deja de ser una entidad separada y separable del mundo narrado para convertirse en un narrador-personaje. Del mismo modo, el acto de la narración se convierte en uno de los acontecimientos del relato.¹⁶³

¹⁶² Ignacio Solares, *La invasión* (2005), México, Debolsillo, 2017. De ahora en adelante las citas de la novela se incluirán entre paréntesis en el cuerpo del texto.

¹⁶³ Luz Aurora Pimentel, *op. cit.*, p. 140.

Las citas anteriores de la novela, además de las palabras de Luz Aurora Pimentel, dan la estructura y la guía de la ficción histórica. Al comenzar el primer capítulo de la primera parte, leemos la confesión de Abelardo de cómo asesinó a un soldado yanqui. Él se encontraba en el Zócalo el 14 de septiembre de 1847, momento cuando el pueblo capitalino atacaba al ejército estadounidense –escena que reelabora de nuevo en el primer capítulo de la tercera parte con más detalle. El personaje confiesa el asesinato:

Caí al lado de un yanqui herido que echaba espumarajos por la boca y tiraba manotazos desesperados hacia todos lados, aunque apenas si lograba mover el resto del cuerpo. Quedé tendido boca arriba y el yanqui aún alcanzó a asestarme un fuerte puñetazo en la cara, provocándome un agudo dolor con todas las propiedades de un torrente de colores cegadores. Sin pensarlo demasiado, saqué mi cuchillo de su funda y le asesté una puñalada en el pecho acezante... Yo lo maté, no había duda. O por lo menos lo rematé. Lloré y me invadió una piedad infinita, como si en la miseria de aquel hombre contemplara la mía propia y la de todos los congregados en la plaza (pp. 19 y 20).

Abelardo, al dar riendas a la escritura, comienza a explotar su creatividad literaria. Se presenta como un joven de 25 años melancólico. Este padecimiento lo retoma porque de viejo también la melancolía lo invade, la angustia del pasado al vivir de nuevo en su antigua casa de Tacubaya: “Lo cierto es que un sentimiento oscuro... pero a la vez de íntima y gozosa profanación, me acompañó desde que volví a dar vuelta a la cerradura de la puerta principal de la casa de Tacubaya” (p. 41). La melancolía se puede definir como:

un sentimiento extraño, poético, mezcla de infelicidad y de felicidad al mismo tiempo; infelicidad por el recuerdo de un pasado que nuestra mente se empeña en devolvérselo teñido con un velo de nostalgia, y felicidad porque podemos imbuirnos en un mundo propio cargado de una sensación muy placentera.¹⁶⁴

El doctor Urruchúa, amigo y médico de Abelardo, había llegado a la conclusión de que el joven tenía la enfermedad de la melancolía, por ello le recomendaba que trabajara, se

¹⁶⁴ Ainhoa Segura Zariquiegui, *La melancolía en la poesía modernista peruana*, Madrid, Universidad Autónoma de Madrid, 2012, Tesis de Doctorado, p. 16.

despejara o buscara distraerse, o se dedicara a escribir su crónica y ya no pensara en la llegada del ejército estadounidense, y, sobre todo, que evitara leer notas periodísticas que hablaran de la guerra.

El joven Abelardo encontró una forma de controlar la melancolía que fue la escritura de su amorío con Isabel y de la atracción y enamoramiento de la madre. La escena del teatro adonde asiste el protagonista con su pareja demuestra el amor que sentía por doña Isabel:

Lo cierto es que desde que se apagaron las luces, el telón se alzó con un frotar de terciopelo y nos envolvió una ráfaga de aire tibio –la pura idea de respirar ese mismo aire que ella me aceleraba el corazón–, y sentí claramente que su brazo se acercaba un poco al mío para separarse enseguida. En uno de esos oscuros, fui yo quien reclinó el hombro hacia ella, y del puro contacto fugaz con su brazo emergió una ola de calor que me recorrió el cuerpo, subió a las mejillas y se puso a palpitarme desbocado en las sienes. Un instante imposible de calcular con nuestros pobres relojes, pero suficiente para que sintiera a doña Isabel deshacerse voluptuosamente contra mí. Ahí donde la acariciaba –y por sobre la ropa- nacía yo como flama (pp. 161 y 162).

Más adelante, la joven Isabel decide irse a vivir con Abelardo. Él le habla a su novia de una crónica que pretende escribir sobre los acontecimientos de la guerra, pero no le deja leer el manuscrito por los capítulos donde alude a la relación con la madre. Le muestra un poco de lo que lleva escrito, pero ella quiere leerlo personalmente. Un día, Isabel encuentra la crónica, comienza a leerla y sucede lo siguiente:

Isabel estaba en mi escritorio, ante las páginas de la crónica que intentaba yo escribir, con la frágil luz de un quinqué a su lado... Leyó con una voz gutural, casi incomprensible:

-“Lo cierto es que desde que se apagaron las luces, el telón se alzó con un frotar de terciopelo y nos envolvió una ráfaga de aire tibio. La pura idea de respirar ese mismo aire que doña Isabel me aceleraba el corazón, y sentí claramente que su brazo se acercaba un poco al mío para separarse enseguida”.

-Isabel, permíteme explicarte... Eso que estás leyendo es una especie de crónica novelada y tuve que inventar esa absurda situación para infundirle cierto interés a la trama. Tu nombre y el de tu madre fueron los primeros que se me vinieron a la mente porque eran los que tenía más a la mano. ¿Me entiendes?

Pero no me escuchó y siguió leyendo... “En uno de esos oscuros, fui yo quién reclinó el hombro hacia ella, y del puro contacto fugaz con su brazo emergió una ola de calor que me recorrió el cuerpo, subió a las mejillas y se puso a palparme desbocado en las sienas. Un instante imposible de calcular con nuestros pobres relojes, pero suficiente para que sintiera a doña Isabel deshacerse voluptuosamente contra mí. Ahí donde la acariciaba –y sobre la ropanacía yo como flama”.

–Isabel, eso que estás leyendo es pura literatura, y no de la mejor. Nada tiene que ver con la realidad (pp.187-189).

Esa misma duda le surge a Magdalena, y pregunta a Abelardo si es verdad eso que pasó:

–¿Es cierto que las amaste así como dices?

–Totalmente cierto

–Con razón no querías escribirlo

–Te lo advertí. ¿Para qué me insististe tanto en que lo escribiera?

–El problema es que supones que sólo yo voy a leer y te regodeas en ciertas escenas, las exageras, quizás las inventas del todo, te conozco– dijo.

–Eso también es cierto (p. 244).

El personaje-escritor admite que esas escenas escritas por él son producto de su imaginación; aunque fue Magdalena quien le dio la idea de escribir una *crónica novelada*, al leer el escrito toma muy en serio todo lo que menciona el texto. La novela expresa lo que Mario Vargas Llosa (1936) ha denominado “la verdad de las mentiras”:

conviene pisar con cuidado, pues este camino –el de la verdad y la mentira en el mundo de la ficción– está sembrado de trampas y los invitadores oasis suelen ser espejismos... Desde luego que... hay más invenciones, tergiversaciones y exageraciones que recuerdos y que, al escribirlas, nunca *se pretende* ser anecdóticamente fiel a unos hechos y personas anteriores y ajenos a la novela.¹⁶⁵

¹⁶⁵ Mario Vargas Llosa, *La verdad de las mentiras*, España, Punto de lectura, 2007, Segunda edición, pp. 16 y 17. Las cursivas son mías.

Esta cita desnuda la técnica literaria que usa Solares por medio de su personaje-escritor. Abelardo escribe la crónica novelada por y para su esposa, la novela es por y para su esposa Magdalena, amante de la literatura. El narrador nos da su percepción de la afición literaria de su esposa:

vivía en Querétaro, hija de un prestigiado abogado del que heredó su afición por el estudio y la buena literatura. Tenía una biblioteca que era la envidia... Es una lectora atenta a lo que se publica en México, tanto como a las novedades que le manda por correo su librero de París. Vive intensamente la vida literaria de la ciudad (pp. 27 y 28).

Magdalena es una mujer conocedora de la literatura, su afición a la lectura de ficciones literarias es una forma de rebeldía, por el hecho de que las mujeres se les prohibía leer, impidiendo el desarrollo de un pensamiento crítico del entorno social, político, económico y cultural del lugar donde vivían. Magdalena conocía la historia de la literatura hispanoamericana. En una ocasión, en una cena familiar, el hijo de Magdalena y Abelardo dice: “como parte de una buena educación, a las mujeres deberían prohibirles leer novelas, cualquier tipo de novelas”, a cuyo comentario machista y discriminador responde la madre:

Claro, desde luego, a la mujer deberíamos regresarla a los tiempos en que los inquisidores españoles prohibieron que se publicaran o importaran novelas en las colonias hispanoamericanas con el argumento de que esos libros disparatados y absurdos podían ser perjudiciales para la salud espiritual de los indios. ¿Sabías que por esta razón los hispanoamericanos sólo leyeron ficciones de contrabando durante trescientos años y que la primera novela se publicó en la América española hasta después de nuestra Independencia, en 1816?¹⁶⁶ ¿Lo sabías, hijo? Pero cómo vas a saberlo si por más intentos que hicimos tu padre y yo nunca fuiste capaz de terminar de leer un libro (p. 30).

Magdalena responde que las ficciones literarias sirven como arma para criticar cualquier tipo de censura, como fue el caso en la Colonia, y ahora ella usa esta arma contra

¹⁶⁶ La novela a la que se refiere Magdalena es *El Periquillo Sarniento* (1816), del escritor mexicano José Joaquín Fernández de Lizardi. La obra fue prohibida porque fomentaba la imaginación, el pensamiento, y, principalmente, la crítica social hacia la sociedad colonial mexicana.

el machismo. Este comentario va de acuerdo también con lo que piensa Mario Vargas Llosa sobre el poder de la literatura en contra de las dictaduras y la opresión sistemática:

Al igual que la Inquisición, todos los gobiernos o regímenes que aspiran a controlar la vida de los ciudadanos han mostrado igual desconfianza hacia las ficciones y las han sometido a esa vigilancia y domesticación que es la censura. No se equivocaban unos y otros: bajo su apariencia inofensiva, inventar ficciones es una manera de ejercer la libertad y de querellar contra los que –religiosos o laicos– quisieran abolirlas. Ésa es la razón por la que todas las dictaduras –el fascismo, el comunismo, los regímenes integristas islámicos, los despotismos militares africanos o latinoamericanos– han intentado controlar la literatura imponiéndole la camisa de fuerza de la censura.¹⁶⁷

Por esta razón Abelardo escribe la novela; en un epígrafe de las primeras hojas del libro leemos: “Este libro tiene dedicatoria”.¹⁶⁸ Abelardo explica en la última página de la novela por qué esta dedicatoria del libro y las razones por las cuales decide escribir:

Pero no quería publicarla y preferí dejársela en resguardo a Magdalena para que hiciera con ella lo que quisiera después de mi muerte. Así que decidí dedicársela, precisamente en las últimas páginas...

Antes que nada, porque sin ti nunca lo hubiera escrito ni terminado, hubiera sido del todo incapaz de llegar a este final, no sólo por tus valiosos comentarios y correcciones, sino por cuanto me motivaban las numerosas ocasiones –especialmente en las noches, cuando suponías que estaba yo dormido–, en que te descubrí esculcando en mi escritorio, revolviendo descaradamente las hojas y las notas para averiguar si había yo escrito alguna nueva página y leerla con el interés y la curiosidad con que has leído todo cuanto escribo. Sin esa curiosidad tuya, ¿crees que me hubiera atrevido a escribir con tanto detalle, por ejemplo, mi relación amorosa con Isabel?

Finalmente, tú lo sabías, lo estaba escribiendo para ti y en consecuencia para ese Otro, o Espejo, o Rey de la Muerte, o Conciencia Universal, o Dios, o como quieras llamarlo (p. 309).

¹⁶⁷ Mario Vargas Llosa, *Cartas a un joven novelista* (1997), México, Debolsillo, 2016, pp. 17 y 18.

¹⁶⁸ En la compilación de *Novelas históricas* hecha por el Fondo de Cultura Económica de las ficciones históricas de Ignacio Solares, se rompe este elemento, porque la obra es dedicada a María José y Rodrigo, a diferencia de la edición de 2005 de la editorial Alfaguara y la del 2017 de la editorial de Debolsillo, que dejan este elemento clave e importante de la estructura de la obra. Consideramos que en las ediciones de 2005 y del 2017, es el narrador Abelardo quien escribe que el libro tiene dedicatoria, y que, en la edición del Fondo de Cultura Económica, es el mismo autor quien hace una dedicatoria personal.

Nosotros, como lectores externos, desde que abrimos la primera página de la novela y vamos avanzando en la escritura/lectura, observamos la escritura de Abelardo y la lectura y comentarios de Magdalena. A la conclusión que llegamos es que *La invasión* de Ignacio Solares es, en palabras de Pozuelo Yvancos “la historia de una lectura y la historia de una creación, es la una porque es la otra, interdependientemente”;¹⁶⁹ porque observamos desde el primer capítulo y hasta el final el proceso de producción de la novela, tenemos presente dos lecturas, la interna de la diégesis, y la lectura externa; leemos, y también leemos que lee Magdalena. Además, los comentarios de la esposa sobre el mismo texto se muestran en la escena de la batalla de Chapultepec –de la cual no fue testigo Abelardo, sino que se la narraron sus amigos– que la escribe con ayuda de su esposa:

Y aún faltaba Chapultepec, la tragedia en pleno, de la que en ese momento mis amigos apenas si tenían noticia. –¿Cómo va aquello que escribió José Zorrilla sobre el Castillo de Chapultepec? –me pregunta mi mujer. Busco la cita y se la leo: *Quien no ha visto la Ciudad de México desde el Castillo de Chapultepec, no ha visto la Tierra desde un privilegiado balcón del Paraíso.*

–Eso debió ser lo más trágico para esos pobres cadetes, ¿no crees? El instante que precedió a la batalla, justo el instante que precedió a la batalla. La breve y a la vez sublime contemplación de la vida palpitante desde el lugar más hermoso de nuestro valle. Escríbelo.

–Voy a escribir que tú me dijiste que lo escribiera.

–No importa, pero dilo. Imagínate lo que fue para esos jóvenes morir ahí, precisamente ahí... Aquellos jóvenes cadetes, entre trece y veinte años, resistieron al invasor a pesar de la autorización para retirarse en el momento que así lo quisieran, en que así lo decidieran, en que así se los ordenara el instinto de conservación (pp. 202 y 203).

Como mencionamos anteriormente, *La invasión* es una metaficción y por esta característica entra en la categoría de novela histórica de finales del siglo XX, aunque sea una novela de inicios de milenio, porque la narración es sincrónica, tenemos la metaficción en la trama, porque la obra presenta la autoconciencia al reflexionar sobre su misma narración, y principalmente demuestra ser una ficción sin ocultar este elemento

¹⁶⁹ José María Pozuelo Yvancos, *Poética de la ficción*, España, Editorial síntesis, Primera edición, 1993, p. 156.

importantísimo, además de que la narración del personaje-escritor es una visión subjetiva de todo lo que escribe. Por esta razón, “con la intención de mostrar el poder de la literatura para reflejar las profundidades de su ser, la propia mismidad, y en tanto poseía la capacidad de desdoblarse alternativamente, en sujeto que contempla y en objeto contemplado”.¹⁷⁰

La escritura como enfrentamiento y aceptación de la “memoria indigna”

El personaje-escritor Abelardo, gracias a la motivación que le dio su esposa Magdalena, no solamente escribe la novela para ella, sino que también lo hace por motivos personalísimos y poder llevar a cabo una mejor terapia consigo mismo sobre los dolorosos recuerdos que le generan angustia, sacándolos a relucir por medio de la escritura:

A pesar de la angustia que conlleva, ahí estaba nuevamente la vida, dócil a mis manos y a mis piernas cansadas, estremeciéndome con el antiguo zumbido poderoso del deseo de recordar y escribir, que había supuesto apagado para siempre. En esto, como en todo, debía ponerme en manos de mi mujer (p. 54).

La representación del miedo que tiene Abelardo de escribir acerca de la invasión estadounidense es un arquetipo de la conciencia nacional mexicana, porque es considerado un tema “tabú” hablar de la guerra entre México y los Estados Unidos entre 1846 a 1848.¹⁷¹ México pierde más de la mitad de su territorio con los norteamericanos, quienes con este triunfo reafirman su Doctrina Monroe y el Destino Manifiesto. Así nace el imperio estadounidense, y define su relación de dominio político, militar y económico sobre toda Latinoamérica.

El alzamiento del pueblo mexicano en contra de los soldados estadounidenses es mencionado escasamente en los textos escritos por intelectuales del siglo XIX, como por

¹⁷⁰ María Antonia Zandanel, *op. cit.*, p. 263.

¹⁷¹ Son pocas las novelas históricas que tocan el tema de la guerra ente México y los Estados Unidos. En el siglo XIX, Manuel Payno, en *El fístol del diablo* (1859), toca el tema de esta batalla entre las dos naciones. Ya en el siglo XX la escritora oaxaqueña Patricia Cox escribe *El batallón de San Patricio* (1954), novela que nos narra la historia trágica de los irlandeses que deciden participar del bando mexicano en contra de los estadounidenses, además de mezclar el amorío entre una muchacha mexicana y un soldado irlandés. Y finalmente, en el 2004, Francisco Martín Moreno publica *México mutilado* (2004). De ahí en fuera los escritores no se han interesado por recrear desde la ficción este acontecimiento histórico de gran importancia para México y América Latina.

ejemplo José María Roa Bárcena (1827-1908), en su obra *Recuerdos de la invasión norteamericana 1846-1848* (1883), donde lo narra brevemente:

Si la parte del pueblo que se alzó en armas obedecía a un sentimiento noble y cumplía un deber patriótico, el Ayuntamiento al procurar la cesación de las hostilidades cumplían las más sagradas obligaciones de su cargo respecto de la ciudad. A ella y a la nación toda habría convenido que la indignación causada por el espectáculo de la bandera enemiga en el alcázar del gobierno de un pueblo vencido y subyugado en vez de evaporarse en unos cuantos disparos sin importancia militar, se concentrara en el corazón de los mexicanos, impidiendo pocos meses después los convites del Desierto; impidiendo muchos años más tarde la extinción, no del odio, que no cabe en pueblos cristianos, sino del sentimiento de la dignidad herida con ofensas que no han tenido ni pueden tener reparación.¹⁷²

Otro testigo fue Antonio García Cubas, el cual en *Libro de mis recuerdos* (1905), expresa lo acontecido brevemente en la Ciudad de México en septiembre de 1847: “De los combates, los más terribles fueron los del día 15, tanto que un oficial americano de buen criterio, decía a sus prisioneros: ‘bien celebran los mexicanos el aniversario de su independencia’”.¹⁷³

El escritor veracruzano Nicolás Pizarro (1830-1895), escribió la novela *El monedero* (1861), narración que se sitúa desde 1846, durante la invasión estadounidense a México hasta 1858, con el inicio de la Guerra de Reforma en contra de la promulgación de la Constitución de 1857, de corte liberal, durante el gobierno de Ignacio Comonfort (1812-1863). La novela, en la cuarta parte, comienza hablando de la toma de la Ciudad de México por parte del ejército de los Estados Unidos en 1847:

¿Qué mexicano podrá recordar sin lágrimas, sin horror y desesperación los aciagos días... 12, 13 y 14 de septiembre de 1847?... La pérdida de la capital verificada en la noche del 13 de septiembre de 1847, ...es un suceso de tan inmensa trascendencia para toda la América... refiriéndolas todas a la salvación de nuestra Independencia... ¡Honor a los valientes que en medio de tanta ignominia prefirieron una muerte segura a sobrevivir después de una paz vergonzosa! ¡Gloria al pueblo de la capital, porque consultando solamente a su valor, después

¹⁷² José María Roa Bárcena, *Recuerdos de la invasión norteamericana 1846-1848. Tomo III* (1883), Edición y prólogo de Antonio Castro Leal, México, Porrúa, 1947, pp. 144 y 145.

¹⁷³ Antonio García Cubas, *El libro de mis recuerdos* (1905), México, Porrúa, 1986, p. 574.

que fue abandonado por nuestras tropas, se arrojó casi inerme a una lucha desesperada contra un ejército victorioso, mostrándose verdaderamente invencible! Sí, invencible, porque contra tan heroica y espontánea resolución, nada pudieron las balas ni la táctica de los enemigos, porque nunca rindió sus pocas armas, las que, por el contrario, supo aumentar quitando no pocas al invasor, pues cuando el soldado americano perdía la vida en las calles de México, el hijo del pueblo ganaba sus armas y sus municiones. ¡Parque!, ¡parque! ¡Éste era el grito del pueblo más sumiso del mundo en el día 14 de septiembre de 1847, desafiando a un ejército que traía enormes trenes de artillería, al que disputó palmo a palmo la ciudad de sus padres! Falto de centro común y de jefes, con muy pocas armas y escasísimas municiones, sin combinación anterior, entregados a sus instintos generosos, combatían los mexicanos en guerrillas, inutilizando la artillería del enemigo, que no podía enfilarse sobre calles, al parecer, desiertas, de las que salían sobre los americanos fuegos certeros que los hicieron retroceder en muchos puntos.¹⁷⁴

Por su parte Guillermo Prieto (1818-1897)¹⁷⁵, recreó la acción de los capitalinos que se enfrentaron en la plancha del Zócalo a palos y piedras en contra del armado, ordenado y entrenado ejército de los Estados Unidos. En 1875 en sus “Charlas Domingueras”, sección publicada en el periódico *El Universal*, habla de la guerra y lo hace sirviéndose de la ficción de un personaje, Martín Zapatilla, quien se enrola al ejército mexicano para salvar a la nación del invasor extranjero, además de que participa en las batallas de Churubusco, Casa Mata, Molino del Rey, la defensa de Chapultepec y es testigo de lo ocurrido en la Plaza de la Constitución:

De los veinte soldados, unos aparecieron en el balcón principal de Palacio y salieron como a sacarnos la lengua y a decirnos: *éste por mí*; se oyó como un gruñido en toda la plaza. Otros soldados subieron con su bandera y de un lado del cuadro de piedra del reloj la revoleaban, como si nos pegaran un puñal en el pecho, aquello era darnos con el trapo en la cara... Scott estaba con su *gury gury* en el balcón de Palacio, como quien predica en desierto. Grupos de mujeres desde abajo le gritaban, “¡Cállate costalón...!, ¡sí, brujo...!, ¡sí, tío Juan rana...!” En la esquina de la plaza del Volador, y subido en alto, estaba un hombre... su voz como que

¹⁷⁴ Nicolás Pizarro, *El monedero* (1861), Estudio preliminar y edición crítica de Carlomagno Sol Tlachi, México, Universidad Veracruzana, Primera edición, 2012, pp. 499-505.

¹⁷⁵ En los *Apuntes para la historia de la guerra entre México y los Estados Unidos* (1848), se habla de que la derrota contra los norteamericanos fue culpa del general Antonio López de Santa Anna, por su inacción en los momentos en que debió atacar, por sus malas tácticas militares, debido a lo cual prohibió que se publicara el texto. En esta obra se menciona brevemente el ataque de los capitalinos contra los soldados norteamericanos.

tenía lágrimas, como que esponjaba el cuerpo: -Las mujeres nos dan el ejemplo, ¿qué ya no hay hombres?, ¿qué no nos hablan esas piedras de las azoteas?... -la gente gruñía con rumor espantable; la voz de aquel hombre era... don Próspero Pérez, orador de la plebe, de mucho brío y muy despabilado, como pocos. Cuando él estaba más enfervorizado, y más en sus glorias los *yankees*, de por detrás de Próspero sonó un tiro de fusil y pasó silbando una bala; un grito de inmenso regocijo y explosiones de odio, de burla, y de desesperación, acogieron aquello... Los *yankees* se fueron sobre el tiro, acuchillando la gente, atropellando a las mujeres y a los niños... de las azoteas llovían piedras, ladrillos y hasta muebles, que se despedazaban con estrépito al caer...¹⁷⁶

Prieto explica que el discurso de Próspero Pérez, junto con el balazo que resonó en la Plaza de la Constitución, fueron los ingredientes que impulsaron a hombres y mujeres a atacar a los estadounidenses, gesto que nunca debe olvidarse. Prieto lo expresa por medio de Martín Zapatilla: “Cuando llega el 15 de septiembre se cuelgan cortinas en el café y se ponen luminarias. A la hora del grito les digo a mis hijos y a Cuca lleno de alegría: -¡A la plaza muchachos, a la plaza, *vámonos al grito* y a recordar también... la fiesta del pueblo de 1847!”¹⁷⁷

Este acontecimiento atrapó al historiador Luis Fernando Granados (1968-2021), quien a partir de la historia buscó estudiar y explicar las causas de por qué el pueblo capitalino luchó contra los estadounidenses ya tomada la Ciudad de México. Al no contar con la documentación sobre este acontecimiento, nos explica cómo abordó su estudio:

Sólo estaremos en condiciones de imaginar las razones que condujeron al bajo pueblo capitalino a la rebelión armada o, más bien, de esbozar una historia de esos motivos, que también ellos, en tanto que hechos humanos, son resultado de combinar tiempo y espacio. El piso es blando, no obstante, y muy poco en realidad podrá afirmarse con certeza; pero tal parece ser el sino de esta historia pequeñita, inexistente hasta hace muy poco: sin auxilio de la literatura para hacerse comprensible, lejos ya el tiempo en que bastaba narrar hechos para hacer historia, no ha *quedado* más remedio que inventar los sucesos o al menos -como en las

¹⁷⁶ Guillermo Prieto, *Mi guerra del 47*, presentación de María del Carmen Ruiz Castañeda, revisión e introducción de Miguel Ángel Castro, México, UNAM, 2006, pp. 71-73.

¹⁷⁷ Guillermo Prieto, *op. cit.*, p. 84.

ciencias verdaderas– ha sido necesario construir el experimento que demuestre su existencia.¹⁷⁸

La posible soberbia y sentimiento de superioridad de los soldados estadounidenses puede ser una posibilidad de lo que motivó el alzamiento de los días 14 al 16 de septiembre de 1847. Prieto menciona en su crónica que las palabras de Próspero Pérez fueron las que animaron a los ciudadanos a lanzarse al ataque en contra de los soldados norteamericanos, además de que en el Zócalo de la capital del país sonó un estruendoso balazo, considerado la segunda causa que motivó el alzamiento. En los *Apuntes para la historia de la guerra entre México y los Estados Unidos* (1848), escrito por Ramón Alcaraz (1823-1886), Manuel Payno (1810-1894), Guillermo Prieto y otros hombres de letras de la época hablan de la incertidumbre de esta acción, la cual fue importante para que la gente atacara a los norteamericanos: “infinitas versiones hemos oído sobre el lugar en que salió el primer tiro; y aunque todas ellas sea difícil descubrir cual es la exacta, nos atenemos a las más repetidas, según la cual, aquel tiro salió del callejón de López”.¹⁷⁹

Con estas inexactitudes y desconocimientos que hay en la historia del levantamiento popular capitalino en contra de los soldados norteamericanos en el Zócalo de la Ciudad de México el 14 de septiembre de 1847, Ignacio Solares recurre a la ficción y reconstruye este acontecimiento:

Aunque esta novela surgió más de lo simbólicamente verdadero que de lo históricamente exacto, según fórmula de Borges... ¿Qué hacer entonces? Escoger la versión que más convenga a la novela, creo, siempre desde ese *intervalo* en el que resplandecen la realidad y la imaginación. Total, lo que importa es el halo que dejan los hechos, más que los hechos mismos.¹⁸⁰

Hay que recordar que *La invasión* es una metanovela, como lo habíamos explicado en el apartado anterior. Esta novela también es una *metaficción historiográfica*, definición que da la teórica canadiense de la literatura Linda Hutcheon, la cual es una de las

¹⁷⁸ Luis Fernando Granados, *Las piedras sueñan. Alzamiento ocurrido en la ciudad de México, 14, 15 y 16 de septiembre de 1847* (1999), México, Ediciones Era/INAH, Primera reimposición, 2005, p. 11.

¹⁷⁹ Ramón Alcaraz *et al.*, *Apuntes para la historia de la guerra entre México y los Estados Unidos* (1848), Edición facsimilar de la primera, México, Siglo XXI editores, 1977, pp. 326 y 327.

¹⁸⁰ Ignacio Solares, *Madero, el otro* (1989), en *Novelas históricas*, México, FCE, 2018, pp. 450 y 451.

características que puede tener alguna novela histórica contemporánea. La metaficción historiográfica

es la ficción que incluye dentro de sí misma un comentario sobre su propia identidad lingüística y/o narrativa. Además se refiere a la novela que se ocupa de una historia... mediante el modo autorreferencial de la metaficción, y que de este modo instala un discurso asequible con amplio sectores de lectores, sólo para poner en tela de juicio y relativizar los valores planteados.¹⁸¹

Dos características que nos da Hutcheon sobre la metaficción historiográfica son las siguientes:

Primero, la metaficción historiográfica juega con la verdad y las mentiras del registro histórico... ciertos detalles históricos se falsifican deliberadamente para poner en primer plano los posibles fracasos mnemotécnicos de la historia registrada y el potencial constante de los errores deliberados e inadvertidos. La segunda... radica en la forma en que la ficción realmente utiliza detalles o datos históricos. La ficción histórica suele incorporar y asimilar estos datos para dar una sensación de verificabilidad al mundo de la ficción.¹⁸²

Otra de las características que tiene este particular tipo de novelas históricas:

La metaficción historiográfica parece privilegiar dos modos de narración y ambos problematizan toda la noción de subjetividad: puntos de vista múltiples o un narrador abiertamente controlador. Sin embargo, en ninguno de los dos encontramos un sujeto que confíe en su capacidad de conocer el pasado con certeza. Esto no es una trascendencia de la historia, sino una inscripción problematizada de la subjetividad en la historia.¹⁸³

Otro elemento de la ficción historiográfica es sobre su relación con las fuentes históricas, las cuales cuestiona en su fondo epistemológico:

¹⁸¹Linda Hutcheon, citado en Clemencia Ardila, "Metaficción. Revisión histórica del concepto en la crítica literaria colombiana", en *Estudios de literatura colombiana*, núm. 25, julio-diciembre, Colombia, 2009, p. 37.

¹⁸² Linda Hutcheon, "Historiographic metafiction: 'The pastime of past time'", en *A poetics of postmodernism. History, theory, fiction*, Gran Bretaña, Routledge, 1995, p. 114. La traducción es nuestra.

¹⁸³ Linda Hutcheon, *op. cit.*, pp. 117 y 118. La traducción es nuestra.

La metaficción historiográfica... no puede evitar abordar el problema de status de sus “hechos” y de la naturaleza de sus pruebas, sus documentos. Y, obviamente, la cuestión relacionada es la de cómo se despliegan esas fuentes documentales: ¿pueden relacionarse de manera objetiva y neutral? ¿O la interpretación entra inevitablemente, con la narrativización? La cuestión epistemológica de cómo conocemos el pasado se une a la ontología del estado de las huellas del pasado.¹⁸⁴

Como observamos en el apartado anterior, al ir leyendo la novela *La invasión*, somos testigos de cómo se va escribiendo y al mismo tiempo haciendo crítica del mismo texto entre los diálogos de Abelardo, quien es el personaje-escritor, y Magdalena, quien es la lectora implícita y para quien va dirigida la crónica. Además, conforme vayamos estudiando estos detalles, veremos que las características de la metaficción historiográfica están presentes en la estructura narrativa de la novela.

Abelardo expresa a Magdalena, después de que ella le sugiere que escriba y concluya la crónica que dejó pendiente desde su juventud, que no le gustaría tener que volver a recordar esos incómodos acontecimientos del pasado. Ella trata de darle una visión optimista sobre escribir esos recuerdos:

–Tendría que entrar en detalles, y más bien prefiero que la arteriosclerosis me ayude pronto a olvidarlo todo.

–Es la memoria de esta ciudad.

–Sí, pero es una memoria indigna.

–Son las mejores para recrearlas y reflejar la condición humana, me parece. La memoria indigna y la memoria chusca (pp. 26 y 27).

Esta memoria indigna y la memoria chusca, nos ayudan a entender la poética de *La invasión*. Con la visión del personaje-escritor, quien va componiendo una *crónica novelada* sobre lo acontecido en la ciudad, reconstruye esos recuerdos tan lejanos con ayuda de la ficción literaria. Pero para no escapar de la verosimilitud, Solares pone como testigo ocular al joven Abelardo, quien claramente no vivió toda la guerra que llevaron a cabo los norteamericanos en la capital del país, siendo así una representación subjetiva de los

¹⁸⁴ *Ibid.*, p. 122. La traducción es nuestra.

acontecimientos, sin buscar aportar nada objetivo a la historia y tampoco pretendiendo ser fiel a los hechos ocurridos.

Abelardo, al querer explicar las causas que desencadenaron la invasión de Estados Unidos al territorio mexicano, trata de observar su objeto de estudio de la manera más “objetiva” posible, de la manera en que se buscó el conocimiento histórico en el siglo XIX. Pero sabía muy bien el personaje-escritor que su subjetividad estaría presente en la redacción de la crónica; esto le genera dudas sobre lo que dice: “cómo conseguir la objetividad de una crónica si el punto de vista del que se partía estaba tan seriamente alterado. El conocimiento de lo exterior conlleva sin remedio un previo conocimiento de lo interior, me decían. ¿O era al revés? ¿O debía ser simultáneo?” (pp. 104 y 105).

Abelardo comienza a hacerse preguntas acerca de en qué momento exacto comienza la guerra entre México y los Estados Unidos, sobre lo que escribe las siguientes interrogantes:

¿Cuánto puede cambiar esta invasión norteamericana si la miro yo fijamente, muy fijamente, iluso de mí? ¿Qué es lo que en verdad encamina una cosa a suceder? El otro lado de un suceso, el misterio que lo trajo aquí. (Sería algo muy diferente decir “que lo llevó”.) ¿Qué, o quién, trajo a los yanquis a las puertas de la Ciudad de México? ¿Podemos decir que todo empezó el 13 de mayo de 1846, cuando el Congreso de los Estados Unidos aprobó el decreto sugerido por el presidente Polk? ¿O fue el 25 de abril de ese mismo año, cuando la caballería mexicana sorprendió y derrotó a una columna de exploradores estadounidenses en Carricitos, Texas? ¿O más bien inició desde 1842, cuando el comodoro Jones intentó ocupar Monterrey de California, creyendo que la guerra ya estaba en marcha? ¿Sería ese simple despiste del comodoro Jones lo que desató los subsiguientes sucesos? Ah, el papel que han jugado siempre los despistados en la historia humana (pp. 105 y 106).

Abelardo expresa en estas interrogantes su objeto de estudio, pero no sabe en qué momento de los tres que plantea es el correcto para arrancar con el antecedente que dio inicio a la invasión norteamericana a México en 1846. Además de que escribir sobre lo que pasó en ese mismo año en la Ciudad de México lo puede ayudar a tener una mejor salud y cicatrizar ese dolor histórico: “debía tratar de descifrar esta situación, era mi obligación o, mejor, mi única posibilidad de conservar la salud, de dejar de lamer mis propias llagas” (p. 106).

El personaje escritor comienza a preguntarse qué método sería el adecuado para poder comenzar a trabajar con la crónica:

¿Por dónde empezar? ¿Con qué método de trabajo? ¿Debía quizá concentrarme en la más inmediata actualidad de mi ciudad?... ¿O, mejor, remontarme algunos años atrás en la historia de los Estados Unidos?... ¿Buscar otros puntos de vista de escritores mexicanos?[...] ¿O también debía buscar puntos de vista de escritores extranjeros?... ¿O podía ayudarme con alguna interpretación de los sueños?... ¿O no descartar la ayuda de la magia, de la quiromancia, tal vez del espiritismo? (pp. 106-109).

Como se muestra con las citas anteriores, se observa que la novela hace un cuestionamiento al conocimiento histórico y al proceso mismo de la escritura de la historia, característica de la metaficción historiográfica. Dice Solares: “Yo pienso que la literatura no nació para dar respuestas categóricas, tarea que constituye la finalidad específica de la ciencia y de la filosofía, sino más bien para hacernos preguntas, para inquietar, para abrir la inteligencia y la sensibilidad a nuevas perspectivas de lo intuitivo”.¹⁸⁵

La novela nos invita a reflexionar sobre el conocimiento histórico, además de que nos da una idea de cómo un historiador trabaja en la construcción y narración de la historia, donde está presente su visión subjetiva de los acontecimientos, tal como lo vimos en el primer capítulo de esta tesis.

La invasión, en el primer capítulo de la primera parte, abre con el levantamiento de los capitalinos al rebelarse contra los estadounidenses en el Zócalo, mediante la vivencia y recuerdo de Abelardo:

Las campanas de Catedral estallaban como burbujas de oro en el aire vehemente de aquella mañana del 14 de septiembre de 1847, dándole la bienvenida a los yanquis que acababan de invadir nuestra ciudad... La indignación del pueblo acabó de encenderse en el momento en que un soldado yanqui empezó a izar la bandera norteamericana en Palacio Nacional... Pero el soldado yanqui que izaba la bandera no logró concluir su propósito porque un certero balazo, que surgió de alguna azotea cercana, lo derribó. Al ver ese cuerpo desmadejarse, como un títere al que hubieran cortado los hilos, y la bandera norteamericana apenas a media asta, la multitud soltó un largo aullido y se lanzó contra los grupos de soldados yanquis, de pie o montados a caballo, que permanecían a las puertas de Palacio.... —¡Mueran los yanquis! (pp. 17 y 18).

¹⁸⁵ Ignacio Solares, *Cartas a un joven sin Dios* (2008), México, Alfaguara, Primera reimpresión, 2009, p. 165.

La importancia de resaltar de nuevo esta escena de *La invasión* es porque ahora adquiere mucha importancia el pueblo mexicano, quien indignado por el discurso en inglés del general Scott, comienza a sentir odio y coraje contra los soldados norteamericanos. El discurso de Próspero Pérez, más el balazo que derribó al soldado yanqui que izaba la bandera de los Estados Unidos, dieron aliento y valentía a las personas para atacar a los soldados. Además, se puede observar la intertextualidad que hay con la crónica de Guillermo Prieto cuando habla de lo acontecido en el Zócalo:

Del Zócalo llegaba un rumor de multitud creciente, rumorosa, fluctuante... Todos teníamos los ojos puestos en Palacio porque, se decía, el general Scott ya había tomado posesión de él y no tardaría en salir al balcón a dirigimos un mensaje... en ese momento en el balcón de Palacio había aparecido el general Scott –enorme, arrogante, con un uniforme azul oscuro destellante de galones y medallas- y había empezado a lanzarnos un emotivo discurso... ¡en inglés! -Mexicans, dear Mexican people! Listen to me! We have come, we are here to save you from your politicians who can never come to a point with one another; we have come to save you from the corrupted Mexican army...!

La rechifla en respuesta fue ensordecedora. Una lépera a mi lado agitaba las manos como aspas al tiempo que gritaba:

–¡Te vamos a partir la madre, costalón asqueroso!

–¡Protestante inmundo, regrésate al infierno del que saliste!

–¡Viejo yanqui hijo de puta!

–Sí, sí, sí, tío Juana Rana, sigue hablando que al fin que ni te entendemos nada...

En una de las esquinas de la plaza, subido en un banco, estaba un hombre que juntó el pulgar y el índice, se los metió en la boca y emitió un silbido tan agudo que nos rajó los oídos y nos obligó a volvernos para escucharlo, era Próspero Pérez... quien de entrada desparramó una mirada retadora a su alrededor y preguntó: –¿Qué, aquí no hay hombres?... Estoy preguntando, ¿qué, aquí no hay hombres? Porque supongo que los hombres, los de veras hombres, no soportarían que los pendejearan como ustedes lo soportan. Los pendejean y algo peor. ¿O no ven la mierda que les cae encima, con su pura presencia, cada yanqui que entra a esta ciudad? ¿No la ven? Por lo menos levanten los ojos al cielo y véanla. Carajo, les cae en la cabeza y no la ven. Las mujeres ya la vieron y por eso les están dando el ejemplo con su actitud decidida y sus gritos, óiganlas. ¡Fuera con la mierda que trajeron los yanquis! ¿Ustedes, los supuestos hombres que hay aquí, van a quedarse cruzados de brazos ante la mierda que les cae del cielo y los embarra a pies a cabeza?

Alguien preguntó: –¿Qué hacemos, qué podemos hacer para impedir que esa mierda nos caiga en la cabeza, Próspero? Su respuesta fue contundente y como la culminación de su proclama: –¿Qué no nos hablan esas piedras de las azoteas de todos los edificios que nos rodean? Óiganlas. ¿No las oyen? Están diciendo: ¿qué más quieres si aquí me tienes? Utilízame. Arráncame de donde estoy plantada... ¡y conmigo y mi patriota colaboración pártete toda su madre al invasor yanqui!

La llama acabó de encenderse en el momento en que un soldado yanqui empezó a izar la bandera norteamericana en Palacio... Pero el soldado yanqui no logró su propósito porque, precisamente cuando ya la bandera ondeaba a media asta, un certero balazo, que surgió de alguna azotea cercana, lo derribó.

Al ver a ese cuerpo desmadejarse, como un títere al que hubieran cortado los hilos, y la bandera norteamericana a la mitad de su camino hacia las alturas, la multitud soltó un largo aullido y se lanzó contra los grupos de soldados yanquis, montados a caballo y a pie, que permanecían a las puertas de Palacio (pp. 211-215).

La escena expresa la indignación de la gente que observa cómo es tomado su hogar por el ejército norteamericano. El choque cultural se representa cuando la gente no entiende nada de lo que quiere decir el general Scott, por ello hay insultos e incertidumbre entre la muchedumbre. Alentado por la reacción de las mujeres contra el general Scott, Próspero Pérez, orador del populacho, quien se encontraba con la multitud en la plancha del Zócalo, enciende las pasiones para atacar a los norteamericanos y no ser pasivos como el ejército mexicano, el cual no hacía nada si no daba órdenes el general Santa Anna. El ingrediente final para el ataque a los soldados norteamericanos fue el disparo sobre el hombre yanqui que intentó izar la bandera de las barras y las estrellas en el Palacio Nacional, demostrando que los estadounidenses pueden ser vencidos. Para Solares esta escena es muy importante, porque para él simboliza el nacimiento de la identidad nacional: “También 1847... nos presenta el incipiente nacimiento de nuestra incipiente identidad nacional, cuando el pueblo salió a la calle a pelear con piedras y palos contra el invasor, convirtiendo la resistencia en un gran nosotros”.¹⁸⁶

El epígrafe del primer capítulo de la tercera parte (“*El cañonazo final se oyó en Chapultepec, fue como una señal de Santa Anna al general Scott para que entrara a la*

¹⁸⁶ Ignacio Solares, “Ecos actuales de una guerra”, en *Revista de la Universidad de México*, núm. 22, diciembre, México, 2005, p. 99.

ciudad”), muestra cómo va de la mano con lo que se desarrolla en este capítulo. Pero aquí es el balazo que se oye en la Plaza de la Constitución la señal para la sublevación de los mexicanos, que usaron palos, piedras, machetes, o cualquier objeto que sirviera para dañar a los estadounidenses, para demostrar que no dejarían que la ciudad fuera tomada tan fácilmente como lo permitió la pasividad del ejército mexicano.

Otro símbolo de resistencia a los estadounidenses se nos muestra cuando el ejército norteamericano ataca, invade y toma Veracruz, pero hay una guerra de guerrillas que le pone resistencia y les dificulta su tarea. La batalla de Veracruz tuvo un giro interesante que llamó la atención y admiración de Abelardo, acontecimiento que leyó en el periódico:

Así, una mañana salté de la lectura... a una nota en el *Monitor* que hablaba de un sacerdote, exiliado español, ¡quien se declaraba furibundo antinorteamericano y había organizado una guerra de guerrillas contra las fuerzas de Scott! Me tallé los ojos, salí a dar una vuelta al jardín, releí la nota y, en efecto, constaté que tal personaje existía...

La parte central era un comunicado... dirigido al Ministerio de Guerra y Marina: *...las guerrillas del sacerdote español, exiliado entre nosotros, Celedonio Domeco de Jarauta, para que ustedes puedan elevarlo al conocimiento del Supremo Gobierno...*

¿Quién podría ser ese sacerdote español, exiliado entre nosotros que, seguramente desde su fe cristiana, montaba esa guerra de guerrillas tan eficaz contra los norteamericanos?... Cuánta curiosidad me despertó por conocer al tal padre Jarauta, jesuita además (pp. 135-137).

En efecto, ¿quién es ese sacerdote guerrillero del cual no se sabe muy poco en la historia de México, si luchó contra el ejército estadounidense? Para responder quién fue esta figura, debemos leer la descripción que proporciona Guillermo Prieto en *Memorias de mis tiempos*:

...después de luchar con esfuerzo heroico, el padre Jarauta, y aquí me voy a permitir una interrupción, para que no se me escapen los recuerdos que, aunque confusos, conservo de ese notable personaje. Nació... en Aragón y allí hizo sus estudios, donde cursó filosofía y humanidades, tirando los libros para seguir a Cabrera, que era en aquel tiempo su bello ideal. Concurrió como soldado valiente a varias acciones de guerra, hasta que Cabrera fue derrotado por Espartero. Huyó de España y fue a radicarse en La Habana, donde el día menos pensado, y como ensalmo, resultó figurando como corista en un teatro... En lo más fervoroso del ejército de su misterio se le atravesó en su camino un *yankee* poco respetuoso; hubo su altercado y por vía de caridad evangélica le voló la tapa de los sesos al hijo de Guillermo Pen.

Desapareció por algún tiempo, hasta que le denunciaron sus hazañas como guerrillero en el estado de Veracruz...Era el padre Jarauta bajo de cuerpo y robusto, estaba constantemente rasurado, dejando adivinar una barba recia y oscura. Su nariz era aguileña, y sus ojos foscos y encapotados; usaba una zamarra lanuda de piel de borrego, y cuando hablaba metía los dedos en las bocamangas del chaleco, quedando como en jarras a lo majo o hendido.¹⁸⁷

También Carlos María de Bustamante (se refiere brevemente al padre Jarauta en su obra *El nuevo Bernal Díaz del Castillo* (1847) de la siguiente manera:

El padre D. Celedonio Domeco de Jarauta, y D. Juan Climaco Rebolledo, han comenzado a obtener algunos triunfos, sobre los convoyes vinientes de Veracruz, pues los han detenido y tomado varios carros, haciéndoles algunos muertos, lo que hace desear el arreglo de estos cuerpos porque ciertamente son los únicos con que la nación cuenta, si no para vencer a los enemigos, a lo menos para contenerlos y humillarlos un tanto.¹⁸⁸

El sacerdote franciscano Celedonio Domeco de Jarauta (1814-1848), es un misterio para el estudioso de la historia y es “inexistente” en la historia de México. Daniel Molina Álvarez intentó recrear la figura del padre y su participación en la guerra contra los norteamericanos, aunque sin éxito. En la introducción del prólogo de su obra *La pasión del padre Jarauta* (1999), invita a que hay que revivir la memoria del sacerdote:

amado por su pueblo, odiado por los yanquis y por los traidores e ignorado por la historia, el padre Celedonio Domeco Jarauta, desde el pasado y el silencio, nos reclama y nos exige reparar la terrible injusticia de su olvido... Se dice que el coordinador de los insurrectos fue un personaje singular, olvidado por nuestra historiografía y nuestro martirologio.¹⁸⁹

¹⁸⁷ Guillermo Prieto, *Memorias de mis tiempos* (1906), México, Editorial Porrúa, Cuarta edición, 2011, pp. 416 y 417.

¹⁸⁸ Carlos María de Bustamante, *El nuevo Bernal Díaz del Castillo* (1847), Estudio preliminar de Horacio Labastida, México, FCE/INEHRM/Instituto Cultural Helénico, Segunda edición, 1994, p. 208.

¹⁸⁹ Daniel Molina Álvarez, *La pasión del padre Jarauta*, México, Gobierno del Distrito Federal (Tu ciudad-arte), 1999, p. 11.

Solares, gracias a la ficción, recrea y trae del olvido, con vida y muy enérgico, al sacerdote guerrillero, representándolo como un jesuita¹⁹⁰ que al ver en peligro la fe católica mexicana por la invasión de los protestantes norteamericanos, decide partir de Cuba y tomar las armas en favor de los mexicanos.

Abelardo conoce al padre Jarauta porque el doctor Urruchúa le pide que ayude a esconder al párroco. El personaje-escritor profesa su admiración por dicho herido:

Había un herido muy especial. Era un sacerdote español llamado Celedonio Domeco de Jarauta, quien había comandado la guerra de guerrillas en Veracruz y esa misma mañana había disparado, desde una azotea cercana a Palacio, sobre el soldado yanqui que intentó izar la bandera norteamericana. ¿Me había yo enterado? Le comenté, con orgullo, que lo había visto con mis propios ojos (p. 227).

El famoso balazo que suena en el Zócalo es disparo de Jarauta, acción que, de la mano con lo predicado por Próspero Pérez, alienta a los capitalinos a atacar y a resistir contra los yanquis invasores.

Le jesuita es muy importante para Solares en *La invasión*, por lo expresa en una conversación muy interesante que sostienen Abelardo y el sacerdote sobre la importancia histórica que ha tenido la Compañía de Jesús en Hispanoamérica:

Así como la lucha contra el Islam ocupaba la mente de San Ignacio de Loyola durante su juventud, en la de él se volvió obsesión ayudar a los mexicanos a pelear contra los *infieles* yanquis, para lo cual tenía que haber sido jesuita y nada más que jesuita. Que recordara yo nomás su papel central en la contrarreforma, y que el evento que precipitó el sentimiento de identidad y rebeldía a lo largo de la América española fue la trascendente decisión monárquica de expulsar a los jesuitas de España y de sus colonias. Con ello sólo se consiguió crear una reacción contraria que avivó esa rebeldía, tal como sucedía en todos los sitios de donde eran expulsados. Por eso Michelet decía que si detenían a un hombre en la calle y le preguntaban con qué relacionaba a los jesuitas, la respuesta inevitable era “con una revolución”. La libertad había sido una de las palabras clave de las enseñanzas de su fundador. Ellos trajeron la modernidad al Nuevo Mundo, fomentaron los estudios que nos abrieron los ojos (p. 232).

¹⁹⁰ El mismo Molina Álvarez menciona que Jarauta, en realidad, era franciscano. Para los fines de Solares, crea un Jarauta jesuita y así ayuda al mensaje que busca dar en la novela, donde se exalta mucho a los jesuitas, como pasa en general en la obra del escritor mexicano.

Los jesuitas, para Solares, representan la rebelión y resistencia en contra del colonialismo. Se muestra con la cita anterior, el antecedente de la Nueva España. Los jesuitas respetaban los usos y costumbres de los indígenas y aprendieron sus idiomas. A los criollos les enseñaron historia de la América prehispánica, además de filosofía y otros conocimientos importantes por medio de la fundación de escuelas, lo que contribuyó a forjar una identidad propia y a sembrar la idea de que los hispanoamericanos podían ser libres para tomar sus decisiones, para gobernarse políticamente por sí solos,¹⁹¹ y de esta manera luchar en contra del nuevo conquistador que eran los Estados Unidos.

Ahora Jarauta lucha contra el nuevo imperio, el estadounidense, que busca absorber no solamente a México, sino a toda América Latina y también al mundo occidental:

No podíamos permitirlo: la intención de los yanquis era apoderarse de México, exterminar a sus habitantes, luego conquistar el resto de América Latina, imponiendo el mismo dominio bárbaro, con la bandera de las barras y las estrellas como único símbolo; brincar a Europa, someterla también, acabar con su cultura y sus tradiciones (p. 234).

Al sanar de sus heridas, el sacerdote decide, al día siguiente 15 de septiembre de 1847, salir a combatir a los norteamericanos, aprovechando el fervor de lucha de los capitalinos; los motiva a hacer uso de la bandera mexicana, sin olvidar que ese día es el aniversario del inicio del movimiento de Independencia de México:

Vi al padre Jarauta por última vez mientras se preparaba a montar un caballo tordillo palomo, muy agitado aún porque acababan de robárselo a un yanqui herido... Luego lo montó y se afianzó del estribo. Es la última imagen que tengo del padre Jarauta. Con algo de espantapájaros por la sotana raída y sucia, la nariz ganchuda, el sombrero de jipijapa de ala ancha y cargando una bandera tricolor que llevaba inscrito su grito de guerra ¡Viva México! ¡Mueran los yanquis!... Figura inolvidable para mí, para todos los que estuvimos a su lado en aquellos momentos y, espero, para la historia de nuestro país (pp. 247 y 248).

¹⁹¹ Dos jesuitas destacados son el novohispano Francisco Xavier Clavijero (1731-1787), quien defendió a los indígenas y demostró que son seres humanos con capacidades iguales a las de los europeos, autor de *Historia antigua de México* (1780), y no, como se decía, seres sin cultura, ni inteligencia, además de considerarlos bárbaros, y el peruano Juan Pablo Viscardo y Guzmán (1748-1798), quien en su *Carta dirigida a los españoles americanos* (1799) propuso a los hispanoamericanos buscar una identidad política y económica propias, por ello propuso la independencia de la Corona española y así tomar las decisiones con autonomía.

También aparecen otros sacerdotes impulsados a luchar contra el invasor, uno en particular que tomando el ejemplo de Miguel Hidalgo y Costilla resiste al enemigo norteamericano:

Esa mañana surgieron otros religiosos combatientes, como el reverendo Lector González, muy moreno, flaco y membrudo, sobre un brioso caballo negro, que llevaba en lo alto un estandarte con la Virgen de Guadalupe y se le vio combatir en Loreto y Peralvillo. Otro cura rebelde fue un tal Martínez, con su hábito arremangado y un valor sin límites, y a quien los yanquis cazaron por el rumbo de la Ciudadela, no sin que corriera como un reguero de pólvora entre el pueblo su último grito: ¡Viva Cristo Rey! ¡Mueran los yanquis! (p. 248).

El sacerdote Lector González sabe lo que significa usar a la Virgen de Guadalupe en una lucha armada. Le recuerda al pueblo mexicano que antes habían luchado por su fe en la guadalupana, madre de los mexicanos, para poder tener libertad, con ella derribaron un imperio de opresión y limitación que fue el español. Además, es una motivación extra para resistir a los estadounidenses porque la virgen es “el consuelo de los pobres, el escudo de los débiles, el amparo de los oprimidos. En suma, es la madre de los huérfanos,”¹⁹² y con esa lucha podrán romper la opresión y demostrar que no son débiles ante ningún invasor extranjero.

La resistencia de los capitalinos fue finalmente derrotada el 16 de septiembre por la agresividad de los estadounidenses. Al pacificar la capital mexicana, los yanquis gobiernan la Ciudad de México hasta junio de 1848. El relato de Abelardo de esos días demuestra lo que aún sucede en el presente con el trato racista de las autoridades norteamericanas hacia los inmigrantes ilegales tanto mexicanos como latinoamericanos, además del discurso que todo estadounidense piensa y que el presidente de los Estados Unidos, Donald Trump, expresó con la propuesta de crear un enorme muro fronterizo que debían pagar las autoridades mexicanas, además del neocolonialismo estadounidense que influye dentro de la política nacional:

¹⁹² Octavio Paz, *El laberinto de la soledad* (1950), México, FCE, Segunda reimpresión, 2002, p. 93.

Ya con el dominio de la ciudad en sus manos, los norteamericanos tomaron venganza golpeando y hasta asesinando a mansalva a todo aquel que les parecía sospechoso de sedición... Muchos de ellos, desde los primeros varazos caían de rodillas y pedían perdón a su verdugo, abrazándose a sus piernas, lo que encendía los ojos del yanqui; se lo quitaban de encima con una patada en la cara y luego le aplicaban un castigo aún más severo y con mayor furia. Pero muchos otros, sobre todo las mujeres, aguantaban hasta el final, sin chistar, los diez, veinte y hasta treinta varazos, según la gravedad de su delito (p.270, 271). El cerco que crearon las tropas norteamericanas aisló a la ciudad del resto del país, es verdad, pero a la vez impidió que llegara más gente del campo y de las ciudades de provincia, más indios y pordioseros, algo de lo que algunos –lo confesaban abiertamente–, estaban hartos... Hubo órdenes expresas del presidente Polk a los comandantes militares y navales, apoderados de ciudades y puertos mexicanos, de cobrar impuestos especiales “en virtud del derecho de conquista”. Según el presidente Polk, los mexicanos estábamos, en esos momentos, sujetos a “vasallaje temporal”. ¿Temporal? (pp. 274, 276).

Esta historia, considerada indigna en la memoria de México, es algo que se buscó suprimir; no hablar de los traumas del pasado y buscar borrarlos y mejor hablar de la historia positiva, heroica, que los mexicanos deben celebrar, tener presente y estudiar en la educación básica, como el movimiento de Independencia y sus partícipes como el cura Miguel Hidalgo, Leona Vicario, Guadalupe Victoria; el triunfo de las armas nacionales el 5 de mayo de 1864 en contra del ejército francés dirigidas por Ignacio Zaragoza y más adelante el triunfo de Benito Juárez contra el usurpador imperio liderado por Maximiliano de Habsburgo en 1867, además de la gloriosa Revolución mexicana de 1910 donde se derribó el régimen desigual e injusto de Porfirio Díaz, exaltando a sus protagonistas como Francisco Madero, Pancho Villa, Emiliano Zapata, entre otros. También los novelistas toman estos acontecimientos para exaltarlos o desmitificarlos por medio de sus ficciones históricas. La guerra entre México y los Estados Unidos que duró de 1846 a 1848, no es algo que sea cómodo para la historiografía nacional y menos para abordar en una novela histórica:

no hay nada más arraigado en la conciencia nacional ni que produzca las más fuertes reacciones de rechazo que la idea de que el país fue despojado por la fuerza con engaños y

traiciones... existen muy pocas obras o novelas dedicadas al más grande despojo territorial de la historia en todo el continente americano.¹⁹³

El único hecho sobre esta guerra que conmemora el Estado mexicano es la defensa del Castillo de Chapultepec por Juan de la Barrera, Juan Escutia, Agustín Melgar, Fernando Montes de Oca, Francisco Márquez y Vicente Suarez, los famosos “niños héroes”, cada 13 de septiembre. De ahí en fuera no se hace ninguna mención a este doloroso pero importante acontecimiento de México y de América Latina.

Abelardo mismo tiene miedo en un inicio de recordar y entrar en detalles al escribir lo acontecido en la ciudad, por ello su esposa le dice lo siguiente: “Si no lo escribes ahora, te van a llegar de golpe todas esas imágenes en el momento de la muerte, y va a ser peor, créemelo. ¿No será que la ciudad misma, para purgar su culpa igual que tú, necesita que lo recuerdes y lo escribas?” (p. 35).

El personaje-escritor decide afrontar su angustia, y más exactamente, aprende a vivir con esa angustia y sobre todo a aceptar los dolorosos acontecimientos de la guerra, por esta razón, mediante la escritura, entra en detalles sobre lo ocurrido. La angustia, vista desde la óptica del filósofo y teólogo Sören Kierkegaard (1813-1855), tema desarrollado en su obra *El concepto de la angustia* (1844), “...es la realidad de la libertad en cuanto posibilidad frente a la posibilidad.”¹⁹⁴

Por esta razón Abelardo decide hacerle caso a su esposa para recordar y escribir lo que vivió a los 25 años durante la guerra. El personaje tiene los síntomas que describe Kierkegaard: “Es como si uno notase por todo su cuerpo las señales de la tormenta que se avecina. Sí, la tormenta está cada vez más próxima. El individuo se estremece hasta los huesos, igual que el caballo que con grandes resuellos se encabrita en el mismo lugar en que otra vez se espantó”.¹⁹⁵ Abelardo, sabiendo de la gran tormenta que se avecinaba, la confirmaba por medio de las noticias del periódico, acontecimiento que cada día se convertía en una realidad muy próxima: “bastaba asomarme a la primera plana del periódico para que

¹⁹³ Hugo Méndez-Ramírez, “Los avatares de Mnemosis y Leteo: paradojas culturales ante la guerra de Estados Unidos contra México en la novela histórica mexicana del siglo XXI”, *South Atlantic Review*, vol. 74, núm. 4, 2009, p. 150.

¹⁹⁴ Sören Kierkegaard, *El concepto de la angustia* (1844), traducción de Demetrio G. Rivero, Madrid, Alianza editorial, 2019, p. 102.

¹⁹⁵ Sören Kierkegaard, *op. cit.*, p. 230.

la larga sombra de la espera angustiosa volviera a cernirse sobre mí” (p. 62). Por ello, siempre buscaba distraerse de esa angustia que todo el tiempo lo consumía: “me distraía de mis angustias nocturnas y me gustaba el ambiente” (p. 91).

Después de la sorpresiva retirada del ejército mexicano, que iba ganando la contienda a los soldados norteamericanos, Abelardo sale de la ciudad y llega a un pequeño pueblo donde los estadounidenses no habían entrado. Se dirige a la iglesia donde se está impartiendo misa. El sacerdote menciona en su sermón el enfrentamiento armado entre mexicanos y norteamericanos:

Durante mucho tiempo esta ciudad tuvo su oportunidad de salvación, como todas las ciudades del mundo, como cada uno de sus habitantes en particular. En su eterna misericordia, Dios nos dejó la oportunidad de elegir, de encontrar nuestro camino. Pues bien, esto no podía durar. ¿Qué hemos hecho con este país a partir de que se proclamó Independiente? Díganme, ¿qué hemos hecho de él? ¿A quién hemos permitido que nos gobierne? Dios, cansado de esperar a que fuéramos más cautos y más responsables, qué digo cansado, hartado, decepcionado de todos nosotros, Él ha tenido que tomar cartas en el asunto. Tenía que hacerlo, no le quedó más remedio. Y entonces, nos mandó a los yanquis como castigo. Por decirlo en una palabra: los mexicanos nos ganamos a pulso esta invasión... He aquí hermanos míos, la reflexión que quería traerles para que esta invasión norteamericana no quede sólo como un suceso más en nuestra historia, sino como un medio para la penitencia y la posible salvación de nuestra alma. Quizá del alma de la ciudad entera. ¿Me han comprendido? (pp. 255 y 256).

El sermón influye en el joven Abelardo, porque es un mensaje de no dejar caer en el olvido la guerra y derrota de México ante los estadounidenses, y sobre todo debe estar muy presente en la memoria colectiva nacional. Por ello, la función de los epígrafes con que inicia cada capítulo es muy importante en esta novela. Son epígrafes de importantes testigos de la guerra, tanto mexicanos como estadounidenses: Guillermo Prieto, Manuel Payno, Carlos María de Bustamante, Sam Houston, Henry Clay, entre otros. No hay ningún epígrafe de algún historiador del siglo XX, lo cual invita a uno como lector a leer los textos del siglo XIX para estudiar las interpretaciones que cada autor da sobre la guerra, e invita a los historiadores a que lean con detalle estos textos y así recrear lo acontecido en la guerra con fuentes primarias, aunque la mayoría sean crónicas y no “historiografía científica”, y que como consecuencia no caigan en el olvido.

El mensaje de la novela parece ser la idea de enderezar el camino, ser unidos como pueblo y salir adelante, aceptar las derrotas aunque sean dolorosas y así redimir el alma del individuo y el alma de la ciudad, y con esta historia poder enfrentarnos a nosotros mismos. Solares, por medio de la interpretación del pensamiento del filósofo danés, dice: “Kierkegaard agregaría que ese vago y difuso peligro que presienten es, precisamente, por ‘el vértigo de la libertad’ para enfrentarse a sí mismo o a Dios. O sea, la responsabilidad de ser quien *tengo* que ser, no quien *quiero* ser o el que los demás *quieren* que sea”.¹⁹⁶ Por su parte, el mismo Kierkegaard expresa:

Porque para que el pasado me cause angustia es necesario que esté en una relación de posibilidad conmigo. Si me angustio por una desgracia pasada no es precisamente en cuanto pasada, sino en cuanto puede repetirse, es decir, hacerse futura. Si tengo angustia por una mala acción pasada, entonces es que no la he relacionado esencialmente conmigo en cuanto pasado, sino que hay algo en mi vida que de una manera más o menos subrepticia le impide ser pasada.¹⁹⁷

Toda esta introspección que lleva a cabo Abelardo y que al mismo tiempo va escribiendo para conocerse a sí mismo y saber quién es como individuo, para verse como un ser histórico, es algo muy importante para Kierkegaard: “El individuo tiene historia. Todo individuo está esencialmente interesado en la historia de todos los individuos, sí, tan esencialmente como en la suya propia. Todo individuo empieza en realidad dentro de un nexo histórico.”¹⁹⁸ Por ello es una constante la cuestión de la escritura en la novela de Solares, porque “la escritura es una práctica articuladora que permite a los individuos las diferencias temporales que separan los traumas anteriores de las posibilidades del presente y del futuro.”¹⁹⁹ O, en palabras de Solares: “los literatos tenemos la ventaja de que, si insistimos suficientemente en la escritura, podemos escuchar nuestras voces ocultas o, mejor, nuestro dolor más profundo”.²⁰⁰ Por ello mismo la escritura ayuda a aliviar los recuerdos que alteran a la mente: “pero lo cierto es que la literatura ha cumplido y cumple una función catártica”.²⁰¹

¹⁹⁶ Ignacio Solares, *Cartas a un joven sin Dios*, p. 137.

¹⁹⁷ Kierkegaard, *op. cit.*, p. 189.

¹⁹⁸ *Ibid.*, p. 30.

¹⁹⁹ Brian L. Price, *op. cit.*, p. 182.

²⁰⁰ Ignacio Solares, *Cartas a un joven sin Dios.*, p. 84.

²⁰¹ *Ibid.*, p. 87.

Ahora, los acontecimientos que en un principio eran indignos y merecedores de ser desechados en el basurero de la historia, son escritos y vistos como hechos históricos heroicos dignos de ser escritos y estar en la historia. Así lo menciona Abelardo:

El pueblo nos puso el ejemplo y nos arrastró sin importar ya la clase social a la que perteneciéramos...Por eso hay que decirlo de una vez: sólo la indignación de los más pobres ante la presencia yanqui, brutal y contundente, nos unió a los capitalinos que aún creíamos en un México libre y soberano, convirtiendo el *nosotros* en el gran personaje de la guerra, más allá de extracciones sociales, credos políticos o religiosos (p. 52).

El personaje-escritor afronta y confiesa todo lo que le hace mal a su memoria y a su alma, y rinde cuentas a Dios o a un ser superior al hablar de lo ocurrido en la ciudad:

Por eso, confesiones como la que hago –y en la que tanto ha insistido mi mujer- atestiguan que a toda fe religiosa sobrevive en la mayoría de los hombres esta angustiada necesidad de *rendir cuentas*. ¿Ante quién? ¿Ante un amigo que ya murió, como es el doctor Urruchúa? Seguro estoy de que tengo su perdón anticipado. ¿Ante un puñado de posibles lectores? Dudo de que llegue a tenerlos. ¿Ante el soldado yanqui al que apuñalé? Estábamos en guerra y yo no tenía opción, ¿Ante mi familia? Mi mujer chasqueó la lengua cuando le dije que también ella debía perdonarme. ¿Ante la posteridad? En fin, todo junto puede ser. Pero, ¿no se tratará, también, aunque sea involuntariamente, de anticipar el encuentro con Aquél que nos dio el alma y que la reclamará de vuelta en cualquier momento? (pp. 166 y 167).

Abelardo vuelve a recalcar esta afirmación a su esposa:

–También por eso, para mí, el párrafo más significativo de la crónica no es... sino aquel donde digo que confesiones como la que hice atestiguan que a toda fe religiosa sobrevive, en la mayoría de los hombres, esta angustiada necesidad de *rendir cuentas*. ¿Ante quién? No lo sé. Quizás ante todos y ante nadie en particular. ¿Pero no se tratará también, aunque sea involuntariamente, de anticipar el encuentro con Aquél que nos dio el alma y que la reclamará de vuelta en cualquier momento? Nada que atempere ese encuentro puede resultarnos banal. En especial si, como he pensado siempre, es a través de la escritura que se hace más posible el encuentro. ¿Recuerdas esa página? (p. 304).

Abelardo sigue al pie de la letra la recomendación de Kierkegaard sobre rendir cuentas: “no directamente, acordándose de las ridiculeces que hicimos en la vida; ni tampoco indirectamente, como si aquellas ridiculeces deberían convertirse en decisiones esenciales. Precisamente porque dar cuenta de lo que hicimos y el juicio correspondiente son lo esencial.”²⁰²

Con la confesión de Abelardo y con la lectura en general de *La invasión*, Solares nos invita a aceptar el fracaso histórico, por esta razón es muy importante la poética de la ficción, ya que gracias a la ficción literaria, nos sumerge en la dolorosa derrota mexicana frente a los Estados Unidos, y así el espíritu de la nación puede superar el trauma histórico y cada mexicano podrá conocerse más a sí mismo y conocer el ser histórico que es. Por ello el mismo escritor chihuahuense habla de estos acontecimientos:

Si bien es cierto que la historia la escriben los vencedores, hay otra memoria mucho más profunda que se va quedando en la memoria colectiva, una escritura que tiene más que ver con el dolor, con el trauma, con el recuerdo reprimido, porque en muchos casos las fronteras –como la que divide a nuestro país con los Estados Unidos–, son como las cicatrices que van dejando la historia en la piel de los pueblos. Muchas de ellas, es obvio, sin terminar de cerrar.²⁰³

La invasión trae a la vida a los partícipes anónimos que la historiografía mexicana ha dejado en el panteón del olvido, porque –en palabras de Solares–, “la bárbara y salvaje invasión de 1847, que culmina con la anexión de los territorios de Texas y Nuevo México, como todos los recuerdos reprimidos, sigue pesando en el corazón –en el corazón más secreto– de nuestra propia identidad nacional”.²⁰⁴ Por esta razón, la novela “nos invita a aprender los yerros del pasado... Así el acto de contrición se cumple pero habremos de esperar la paz que acompaña al perdón. Este último galardón depende al final de cuentas de las acciones del lector y la gracia de la historia.”²⁰⁵ Daniel Molina Álvarez lo expresa también: “La memoria en donde quiera que la toques duele. Y porque con su dolor el pasado

²⁰² Sören Kierkegaard, *op. cit.*, p. 297.

²⁰³ Ignacio Solares, “Ecos actuales de una guerra”, p. 98.

²⁰⁴ *Ibid*, p. 99.

²⁰⁵ Brian L. Price, *op. cit.*, p. 184.

nos recuerda que está vivo, y duele más mientras menos lo comprendemos.”²⁰⁶ Kierkegaard nos da esta lección y consejo: “el que se inicie en su formación permanecerá junto a la angustia y no se dejará engañar por sus innumerables falacias, al mismo tiempo que recordará con exactitud todo lo pasado. Por su parte, los ataques de angustia terminarán siendo espantosos, pero, por muy tremendos que ellos sean, aquél no los rehuirá.”²⁰⁷ Por ello Solares dice, interpretando el pensamiento del filósofo danés, que “nuestro gran compromiso con la Historia es dárselo todo al presente, más allá de condicionamientos y compromisos sociales... Sin un despertar previo de cada individuo, consigo mismo no hay Nada. Y esa Nada es lo más angustioso que nos puede suceder”.²⁰⁸

A diferencia de *Fuego en la ciudad* de Argentina Díaz Lozano, donde se recrea un hecho histórico memorable y digno en la historia centroamericana, Solares trata de darle a un hecho indigno y “olvidado” una dignidad equiparable a la que dio la escritora hondureña a la guerra centroamericana en contra del filibustero William Walker.

²⁰⁶ Daniel Molina Álvarez, *op. cit.*, p. 12.

²⁰⁷ Sören Kierkegaard, p. 306.

²⁰⁸ Ignacio Solares, *Cartas a un joven sin Dios.*, p. 133.

Conclusiones

A lo largo de esta investigación hemos analizado dos novelas históricas, *La invasión* y *Fuego en la ciudad*, las cuales tienen en común ser discursos de la memoria histórica, ya que se toca el tema de las invasiones estadounidenses a suelo latinoamericano en el siglo XIX, en los casos de México y Nicaragua; es el momento donde se estaban construyendo los Estados-nación en América Latina después de que la mayoría de los países habían obtenido su independencia política de la Corona española. Por su parte, los Estados Unidos ya eran un Estado-nación consolidado, por ello el país se estaba expandiendo territorialmente para lograr llegar a los dos océanos y tener más tierras que explotar por su creciente y desarrollado capitalismo que necesitó de muchos recursos materiales y humanos.

La elección de estas dos novelas es porque tienen como escenario un conflicto bélico con los Estados Unidos en suelo latinoamericano. El conflicto entre México y los Estados Unidos fue por la obtención de los territorios del país mexicano, los estadounidenses llevaron a cabo una guerra de conquista para obtener esos territorios, los cuales no debían seguir siendo de los mexicanos, siendo arrebatados de manera sencilla gracias a la división que imperaba en la sociedad y ejército mexicano.

Por su parte, esto generó desconfianza en el espíritu del pueblo mexicano, porque la incertidumbre se apoderó de todos al crear la duda de si en verdad podía existir un proyecto de nación; además de que marcó al mexicano tanto del siglo XIX como al actual, al generar pesimismo, con la idea de que todo objetivo positivo que quiera llevar a cabo cualquier mexicano, terminará en fracaso porque otro mexicano lo echará a perder (como Santa Anna al no reaccionar adecuadamente en momentos clave de la guerra) o porque lo de “afuera” es mucho mejor. Por este motivo, esta parte de la historia de México no se cuenta o se omite a propósito, ya que no es algo digno de la memoria social, o como historia individual, ¿a quién le gusta estar recordando momentos incómodos de nuestra vida? Y más, ¿a quién le gusta relatar estos momentos de baja y derrota?

Un escritor, Ignacio Solares, fue quien se atrevió a dar respuestas a estas preguntas y decide relatar estos momentos de baja, de derrota y de memoria indigna de la historia de

México, que fue la guerra de 1847 contra los norteamericanos. Como analizamos en el estudio de la novela *La invasión*, el escritor chihuahuense se sirve de la metaficción historiográfica para darnos una visión muy distinta de lo que se está acostumbrado al estudiar este hecho histórico.

Lo mucho o poco que se sabe sobre la toma de la Ciudad de México por parte del ejército de los Estados Unidos en septiembre de 1847, como se estudió en el capítulo 3 de esta tesis, se narra desde un personaje de la tercera edad, Abelardo, quien lucha con su incómodo pasado, el cual le genera angustia, para así obtener paz mental y aceptar esos horribles recuerdos. Para ello decide escribir y narrar lo que vivió. Esta motivación de escribir la encuentra gracias al apoyo de su esposa, Magdalena.

Esta alegoría de enfrentar el pasado indigno es lo que genera esta novela, y nos invita a nosotros, como lectores, a conocer ese pasado y poder conocer las causas de la derrota, como la pasividad del ejército mexicano, liderado por el presidente Antonio López de Santa Anna, o el alzamiento armado de los “polkos” (que defendieron con armas la Iglesia mexicana en contra de los impuestos que impuso el vicepresidente Valentín Gómez Farías con el fin tener dinero y solventar los gastos de guerra, lo que generó una guerra civil entre propios mexicanos, a pesar de estar también en guerra contra los estadounidenses, por los intereses particulares de cada sector social, como se puede ver cuando hay proyectos económicos donde unos buscan hacer alianzas con otras naciones, y otros solo buscan ser socios de los Estados Unidos, como por el ejemplo con el TLC).

Con este desalentador panorama que leemos, encontramos que no todo fueron traiciones y malas decisiones. Las personas que se encontraban en el Zócalo capitalino el 14 de septiembre de 1847, alentadas por el discurso provocador de Próspero Pérez, y con el balazo que derribó al soldado norteamericano que izaba la bandera de los Estados Unidos en Palacio Nacional, se lanzaron al ataque para defender a la ciudad, porque este acontecimiento significa para Solares el nacimiento de nuestra incipiente nacionalidad a nivel popular. Es de gran importancia este acto, ya que para la historia que se escribía en el siglo XIX mexicano, solo eran de importancia la firma de tratados, los actos llevados a cabo por las grandes figuras políticas o militares, y triunfos militares, dejando de lado a la sociedad, y en particular a los de abajo. Al darle voz y enfoque a las personas que defendieron su ciudad, se resalta que no fueron pasivas y sumisas ante la invasión norteamericana, sino que fueron participes y muy

activos en la guerra, defendiéndose ya sea con piedras, palos, vidrios, o cualquier objeto con el cual dañar. Muy pocos trabajos historiográficos estudian este hecho social, por ello para la novela es un ingrediente muy importante, pues le da el lugar que se merecen a estas personas en la historia mexicana y, por qué no, también en la historia latinoamericana.

Solares revive y le da vida a un personaje histórico muy poco conocido, el padre Celedonio Domeco Jarauta. Alentado por la solidaridad aprendida en la Compañía de Jesús, decide ayudar a los mexicanos, ya que la afinidad católica es lo que lo motiva a luchar en contra de los “depredadores protestantes”. Haciendo una gran guerra de guerrillas y dañando al ejército norteamericano en la batalla de Veracruz, da esperanzas y motivación a muchos mexicanos, incluyendo a Abelardo, razón por la cual el personaje comienza a interesarse por el sacerdote. Abelardo conoce a Jarauta, y después de platicar, el párroco decide continuar en su lucha en contra de los norteamericanos; aprovechando el fervor de los capitalinos, Jarauta monta su caballo, y con la bandera mexicana lanza el grito de guerra: “¡Viva Cristo Rey! ¡Mueran los yanquis!”

Jarauta pasó a ser olvidado en la historia mexicana, primero porque, quién quiere recordar momentos de humillación y derrota, y segundo, fue porque se rebeló en 1848 en contra del gobierno mexicano, por aceptar incondicionalmente el tratado Guadalupe-Hidalgo donde México cedía California, Texas y Nuevo México a cambio de 15 millones de pesos. Esto es el antecedente de la privatización de los recursos naturales y territorios que se ha llevado a cabo por parte del gobierno mexicano para darlos a favor del capital estadounidense, como se puede observar en el siglo XX, tanto con Porfirio Díaz, Álvaro Obregón, Miguel Alemán Valdez, Carlos Salinas de Gortari... Por esta razón, Jarauta pasó a ser un enemigo de la nación y fue borrado su pasado de héroe. Solares le da un lugar importante y muy activo en la trama, además de que busca generar la curiosidad de los lectores para conocer más de este personaje histórico (del cual se debe investigar porque solo hay muy pocas referencias de él, en los periódicos decimonónicos *El Eco del Comercio*, *The American Star*, *El Monitor Republicano*, *El Siglo Diez y Nueve*, *Don Simplicio* y *El Tiempo*, donde se podrá encontrar vestigios de la figura de Jarauta).

Esta novela toca el tema del fracaso militar de México frente a los Estados Unidos, y por medio de la escritura que va desarrollando Abelardo, enfrenta esa angustia que le genera a él, y también a la memoria mexicana. Para enfrentar esta angustia, Solares, con la ayuda de

la filosofía de Kierkegaard, nos permite interpretar de otra manera estar derrota histórica, la cual hay que asimilar como parte de nuestra identidad mexicana y así poder seguir adelante con nuestra vida colectiva (superar ese derrotismo, el cual, por desgracia, es parte de la ontología del mexicano). Ahora, la guerra de 1847, con la actuación del pueblo capitalino y con la valentía del padre Jarauta, se ve como un hecho histórico de resistencia y heroicidad, digno de recordar y tener presente en la historia del México contemporáneo.

En el caso de la otra novela histórica que estudiamos en esta tesis, *Fuego en la ciudad*, la escritora hondureña Argentina Díaz Lozano recrea la Guerra Nacional, la lucha del ejército centroamericano en contra del filibustero norteamericano, William Walker, en los años 1856-1857. Esta novela histórica, compuesta por la escritora hondureña en forma de novela romántica al puro estilo del siglo XIX latinoamericano, tiene su propia razón de ser. Hay que recordar que las ficciones históricas decimonónicas, como en el caso de México o Argentina, para poner de ejemplos, servían para transmitir valores positivos y de amor a la nación a los lectores, y así generar la conciencia nacional en el pueblo para tener una identidad de lo mexicano o argentino. *Fuego en la ciudad* se sirve de esta forma de hacer novela histórica para transmitir a los lectores un amor nacional centroamericano, y lo hace recreando el triunfo de la unión de las cinco repúblicas Centroamericanas. Estas formaron un equipo militar con el fin de luchar por su independencia política, económica y social en contra de las pretensiones políticas y económicas de Walker, quien quería controlar Nicaragua, y después el resto de los demás países centroamericanos, para implementar el idioma inglés e imponer la esclavitud como modo de producción, todo ello para anexar ese territorio a los Estados Unidos.

Los personajes principales, y héroes de esta novela, son María de la Luz Arango y Pedro Sevilla. La primera es representada como una valiente mujer que busca participar en la guerra como enfermera, para poder cuidar heridos de guerra, independientemente de si son legitimistas o falangistas. Esta representación rompe con muchas novelas históricas románticas clásicas, porque las mujeres siempre eran personajes pasivas y dóciles.

Pedro Sevilla se enamora de María de Luz, y al saber que solamente se podrá consumir un matrimonio al derrotar al filibustero, decide regresar al campo de batalla después de ser curado por sus heridas de guerra. Se une de nuevo al ejército centroamericano, el cual es representado en la novela con cualidades heroicas y patrióticas, para exaltar las

cualidades y virtudes de los partícipes a favor de la guerra justa centroamericana. Palabras como *unión* y *amor* son mencionadas constantemente en la novela para hacer énfasis en que esos elementos fueron los que permitieron expulsar al filibustero. Por ello es una representación épica de una gloriosa victoria militar.

La novela menciona que el despertar de la identidad nacional centroamericana fue por la declaración de guerra por parte del presidente de Costa Rica, Juan Rafael Mora, lo cual generó que los demás gobiernos centroamericanos declararan la guerra en contra de Walker. La unión militar centroamericana fue la que logró expulsar al filibustero de Nicaragua y poner a salvo a Centroamérica, la cual quería ser absorbida para implementar el sistema económico esclavista del sur de los Estados Unidos. Sin la unión, probablemente Walker hubiera logrado sus objetivos ideológicos...

La política está muy presente en *Fuego en la ciudad*, así como la explicación que dio Carl Schmitt con los conceptos de amigo y enemigo. Díaz Lozano utiliza esta misma receta en la narrativa de la novela, lo cual notamos claramente porque están en lucha los legitimistas, quienes son los *amigos*, por ser del bando centroamericano, y está el otro bando, que es el falangista, quienes son los *enemigos*, los cuales son liderados por William Walker.

Como se dijo en el capítulo dos, la historia que leemos y que es contada por la voz extradiegética narrativa, conoce muy bien los acontecimientos de la Guerra Nacional, ya que este acontecimiento histórico es vinculado con el contexto de la lucha armada del general César Augusto Sandino en 1928 en contra de los marines norteamericanos, donde la injerencia de los Estados Unidos era principalmente en la política y en la economía de Nicaragua.

Hay que recordar que en las primeras tres décadas del siglo XX el imperialismo norteamericano fue una sombra que cubrió de violencia e invasión a países como Haití y República Dominicana en 1916, además de ocupar Panamá en 1903 para construir un canal interoceánico para sus intereses económicos. La lucha armada llevada a cabo por Sandino fue una respuesta hacia la agresión de los Estados Unidos en contra de Nicaragua. Al observar la valentía y osada acción que se llevaba a cabo en contra del ejército norteamericano, el resto de los países centroamericanos comenzaron a alentar la lucha sandinista y surgió el pensamiento político del unionismo centroamericano para hacerle contrapeso a las constantes

invasiones de los Estados Unidos, además de que toda América Latina apoyó y estuvo pendiente de esta lucha militar que se desarrollaba en contra del imperialismo yanqui.

Fuego en la ciudad es una novela muy importante, porque al leerse da la apariencia de ser una novela romántica que solo representa cómo María de la Luz Arango y Pedro Sevilla logran vencer el obstáculo que representa William Walker para consumir su amor. Pero observamos los temas políticos que toma la novela, y la forma de transmitirlos.

La obra de Argentina Díaz Lozano debería ser estudiada por nuestro Colegio de Estudios Latinoamericanos, para darle una mayor difusión a esta importante escritora centroamericana, la cual es desconocida en nuestro círculo de estudio. Este desconocimiento de la obra de la escritora se debe a que es muy difícil encontrar sus novelas en México, aunque se pueden encontrar en las librerías de segunda mano, ya que por ahí pueden estar sus novelas; su lectura puede generar interesantes investigaciones que enriquezcan el acervo literario de Centroamérica.

La invasión y Fuego en la ciudad nos recuerdan que no debemos olvidar el pasado histórico, el cual por los cambios generacionales se guarda en una caja que queda arrumbada y se pierde para siempre; no importa si ese pasado es vergonzoso, como lo fue la derrota de México con el ejército de los Estados Unidos, el cual Solares tuvo la osadía de tomar como tema para su novela histórica y traerlo vivo y de manera optimista al presente. Por su parte, el glorioso triunfo del ejército centroamericano en contra del filibustero William Walker es recuperado por Díaz Lozano para que sea conocido por las nuevas generaciones de centroamericanos, y vean que se puede hacer frente al acoso que perpetraban los Estados Unidos en la Centroamérica de los años 60 del siglo XX, durante el periodo de la Guerra Fría. La escritora hondureña busca generar inspiración y confianza para poder dar luz en un periodo de oscuridad e incertidumbre donde los dictadores, con el apoyo del gobierno estadounidense, tenían diezmada a la población, la cual en muchos casos optó por la guerra de guerrillas, para poder hacerle frente a las injusticias de los regímenes políticos.

Bibliografía citada

Aínsa, Fernando, “La reescritura de la historia en la nueva narrativa latinoamericana”, en *Cuadernos americanos*, vol. 4, núm. 28, 1991, pp. 13-31.

Alcazar, Ramón, *et al.*, *Apuntes para la historia de la guerra entre México y los Estados Unidos* (1848), Edición facsimilar de la primera, México, Siglo XXI editores, 1977.

Altamirano, Ignacio Manuel, *Obras completas. Escritos de literatura y arte*, Vol. XIII, T. I., México, SEP, 1988.

Anderson, Benedict, *Comunidades imaginadas. Reflexiones sobre el origen y la difusión del nacionalismo* (1983), traducción de Eduardo L. Suárez, México, FCE, Segunda edición, 2021.

Ardila, Clemencia, “Metaficción. Revisión histórica del concepto en la crítica literaria colombiana”, en *Estudios de literatura colombiana*, núm. 25, julio-diciembre, Colombia, 2009, pp. 35-59.

Aristóteles, *Poética*, Traducción de Sergio Alvano, Buenos Aires, Gradifco, 2007.

Asimov, Isaac, *El nacimiento de los Estados Unidos 1763-1816* (1974), Traducción de Néstor Míguez, México, Alianza editorial, Tercera reimpresión, 1989.

_____, *Los Estados Unidos desde 1816 hasta la Guerra Civil* (1975), Traducción de Néstor Míguez, Madrid, Alianza editorial, Cuarta reimpresión, 2010.

Azuela Mariano, *Los de abajo* (1916), Edición de Marta Portal, Madrid, Cátedra, Decimoquinta edición, 2002.

Batres Villagrán, Ariel, *La política en las novelas de Argentina Díaz Lozano*, Guatemala, <http://elmundodefacundo.wordpress.com/2013/10/07/la-politica-en-las-novelas-de-argentina-diaz-lozano-por-ariel-batres-villagran/>, 2013.

Bustamante, Carlos María de, *El nuevo Bernal Díaz del Castillo* (1847), Estudio preliminar de Horacio Labastida, México, FCE/INEHRM/Instituto Cultural Helénico, Segunda edición, 1994.

Carpentier, Alejo, *El reino de este mundo* (1948), México, Austral, Primera edición, 2015.

Comte, August, *Primeros ensayos* (1854), México, FCE, Quinta reimpresión, 2013.

Cox, Patricia, *El batallón de San Patricio* (1954), México, La Prensa, Primera edición, 1963.

Concepción Cortés, Linda María “La enfermera que venció al filibustero: Una lectura de *Fuego en la ciudad* de Argentina Díaz Lozano”, <https://irreverenciaemergente.wordpress.com/2018/06/05/la-enfermera-que-vencio-al-filibustero-una-lectura-de-fuego-en-la-ciudad-de-argentina-diaz-lozano/>

Comte, August, “Plan de trabajos científicos necesarios para la reorganización de la sociedad” (1822), en *Primeros ensayos* (1854), Traducción de Francisco Giner de los Ríos, México, FCE, Quinta reimpresión, 2013, pp. 86-113.

Díaz Lozano, Argentina, *49 Díaz en la vida de una mujer*, México, Editora Latino Americana, 1956.

_____, *Aquel año rojo*, México, Costa-amic editor, 1973.

_____, *Fuego en la ciudad* (1966), México, Costa-amic editor, Segunda edición, 1967.

_____, *Mayapán* (1950), México, Costa-amic editor, Cuarta edición, 1975.

Galicia Martínez, Alejandra Gabriela, *La revolución y el guerrillero: El papel de México en el conflicto entre Nicaragua y Estados Unidos: la emergencia de Augusto C. Sandino*, México, UNAM, 2015, Tesis de maestría en Estudios Latinoamericanos.

García Cubas, Antonio, *El libro de mis recuerdos* (1905), México, Porrúa, 1986.

García Giráldez, Teresa, “Imperialismo-antiimperialismo en el unionismo centroamericano 1900-1930”, en *Cuadernos Americanos*, núm. 124, 2008, México, pp. 157-180.

Fernández Prieto, Celia, “Relaciones pasado-presente en la narrativa histórica contemporánea”, en José Romero Castillo, (edit.), *La novela histórica de finales de siglo XX*, Madrid, Instituto de Semiótica Literaria y Teatral, Universidad Nacional de Educación a Distancia-Visor, 1996.

_____, *Historia y novela: la poética de la novela histórica*, Pamplona, Ediciones Universidad de Navarra, 1998.

Fuentes, Carlos, *La campaña* (1990), México, FCE, Tercera reimpresión, 1994.

Garrido Domínguez, Antonio (coord.), *Teorías de la ficción literaria*, Madrid, Arco libros, 1997.

Granados, Luis Fernando, *Las piedras sueñan. Alzamiento ocurrido en la ciudad de México, 14, 15 y 16 de septiembre de 1847* (1999), México, Ediciones Era/INAH, Primera reimpresión, 2005.

Hutcheon, Linda, “Historiographic metafiction: ‘The pastime of past time’”, en *A poetics of postmodernism. History, theory, fiction*, Gran Bretaña, Routledge, 1995.

Jablonka, Ivan, *La historia es una literatura contemporánea. Manifiesto por las ciencias sociales* (2014), Buenos Aires, FCE, Primera edición, 2016.

Jitrik, Noé, *Historia e imaginación literaria. Las posibilidades de un género*, Buenos Aires, Editorial Biblos, 1995.

Kohut, Karl, (coord.) *La invención del pasado. La novela histórica en el marco de la posmodernidad*, Frankfurt-Madrid, Vervuert Verlag-Iberoamericana, 1997.

Kierkegaard, Sören, *El concepto de la angustia* (1844), traducción de Demetrio G. Rivero, Madrid, Alianza editorial, 2019.

Larios Loza Brenda Berenice, “La vieja y nueva novela de la Revolución mexicana. Recreación de testimonios e historiografía”, en *Sincronía. Revista de Filosofía, Letras y Humanidades*, año. XXVI, núm. 82, julio-diciembre, 2022, pp. 719-740

López, Vicente Fidel, *La novia del hereje o La inquisición en Lima* (1854), Buenos Aires, Cultura argentina, 1917.

Lukács, Georg, *La novela histórica* (1955), traducción de Jasmin Reuter, México, Ediciones Era, Tercera edición, 1977.

Mejía Madrid, Fabrizio A., *Carácter y condiciones del filibusterismo de William Walker en Nicaragua 1856-1857*, México, UNAM, 1996, Tesis de licenciatura en Estudios Latinoamericanos.

Méndez-Ramírez, Hugo, “Los avatares de Mnemosis y Leteo: paradojas culturales ante la guerra de Estados Unidos contra México en la novela histórica mexicana del siglo XXI”, *South Atlantic Review*, vol. 74, núm. 4, 2009, pp. 149-170.

Menton, Seymour, *La nueva novela histórica de la América Latina, 1979-1992*, México, FCE, Primera edición, 1993.

Molina Álvarez, Daniel, *La pasión del padre Jarauta*, México, Gobierno del Distrito Federal (Tu ciudad-arte), 1999.

Ortega y Medina, Juan A., *Destino Manifiesto. Sus razones históricas y su raíz teológica* (1972), México, Alianza Editorial Mexicana/CONACULTA, Primera edición en la colección Los Noventa, 1989.

Pani, Erika, *Historia mínima de los Estados Unidos de América* (2016), México, COLMEX, Segunda Reimpresión, 2018.

Partida Partida, Iván Gonzalo, *Madero, el otro, de Ignacio Solares: la reelaboración del personaje histórico*, Tesis de maestría, Xalapa, Universidad Veracruzana, 2013.

Paz, Octavio, *El laberinto de la soledad* (1950), México, FCE, Segunda reimpresión, 2002.

Pettiná, Vanni, *Historia mínima de la Guerra Fría en América Latina*, México, COLMEX, Primera edición, 2018.

Pimentel, Luz Aurora, *El relato en perspectiva. Estudio de teoría narrativa* (1994), México, Siglo XXI editores/UNAM, Novena reimpresión, 2020.

Piraval, Ovidio Alfonso, *La guerra de Centro América en la novela Fuego en la ciudad de Argentina Díaz Lozano*, Guatemala, Universidad de San Carlos de Guatemala, 1998, Tesis de licenciatura.

Pizarro, Nicolás, *El monedero* (1861), Estudio preliminar y edición crítica de Carlomagno Sol Tlachi, México, Universidad Veracruzana, Primera edición, 2012.

Pons, María Cristina, *Memorias del olvido. La novela histórica de fines del siglo XX*, México, Siglo XXI Editores, Primera edición, 1996.

Pozuelo Yvancos, José, *Poética de la ficción*, Madrid, Editorial Síntesis, 1993.

_____, “La ficcionalidad: estado de la cuestión”, en *Signa: revista de la asociación española de semiótica*, núm. 3, Madrid, 1994, pp. 265-283.

Price, Brian L., “Un sentimiento positivo de rencor histórico: recuerdos traumáticos de la invasión norteamericana”, en Brian L. Price (coord.), *Asaltos a la historia. Reimaginando la ficción histórica hispanoamericana*, México, Ediciones Eón, 2014, pp. 155-188.

Prieto, Guillermo, *Memorias de mis tiempos (1906)*, México, Editorial Porrúa, Cuarta edición, 2011.

_____, *Mi guerra del 47*, presentación de María del Carmen Ruiz Castañeda, revisión e introducción de Miguel Ángel Castro, México, UNAM, 2006.

Pulido Herráez, Begoña, *Poéticas de la novela histórica contemporánea (2006)*, México, UNAM/Centro de Coordinación y Difusor de Estudios Latinoamericanos, 2009.

Quirarte Amores, Gabriela, *La novela histórica escrita por mujeres en Centroamérica durante la primera mitad del siglo XX*, España, Universidad de Alicante, 2017, Tesis de doctorado en Estudios literarios.

Rama, Carlos, *La historia y la novela*, Buenos Aires, Editorial Nova, 1970.

Richard, Leonardo, “Metaficción, apocalipsis y contrautopía”, en *Historia de Mayta de Mario Vargas Llosa*, *Raído*, vol. 7, núm. 14, julio, 2013, pp. 11-22.

Ricoeur, Paul, *Historia y narratividad* (1978), traducción de Ángel Gabilondo y Gabriel Aranzueque, España, Ediciones Paidós, Primera edición, 1999.

_____, *Tiempo y narración III. El tiempo narrado* (1985), traducción de Agustín Neira, México, Siglo XXI Editores, Cuarta reimpresión, 2009.

Roa Bárcena, José María, *Recuerdos de la invasión norteamericana 1846-1848. Tomo III* (1883), Edición y prólogo de Antonio Castro Leal, México, Porrúa, 1947.

Saer, Juan José, *El concepto de ficción*, España, Rayo Verde, 2016.

Schmitt, Carl, *El concepto de lo político* (1932), traducción de Rafael Agapito, Madrid, Alianza Editorial, tercera reimpresión, 2019.

Segura Zariquiegui, Ainhoa, *La melancolía en la poesía modernista peruana*, Madrid, Universidad Autónoma de Madrid, 2012, Tesis de Doctorado.

Selser, Gregorio, *El pequeño ejército loco. Sandino y la operación México-Nicaragua* (1958), México, FCE, Primera edición, 2019.

_____, *Nicaragua: De Walker a Somoza*, México, Mex-Sur editorial, Primera edición, 1984.

_____, *La restauración conservadora y la gesta de Benjamín Zeledón: Nicaragua-USA, 1909-1916*, Managua, Aldilá editores, 2001.

Serna, Enrique, *El seductor de la patria* (1999), México, Joaquín Mortiz, Quinta reimpresión, 2000.

Sommer, Doris, *Ficciones fundacionales. Las novelas nacionales de América Latina* (1993), traducción de José Leandro Urbina y Ángela Pérez, Bogotá, FCE, 2004.

Solares, Ignacio, “Ecos actuales de una guerra”, en *Revista de la Universidad de México*, núm. 22, diciembre, México, 2005, pp. 98-99.

_____, *Cartas a un joven sin Dios* (2008), México, Alfaguara, Primera reimposición, 2009.

_____, *La invasión* (2005), México, Debolsillo, 2017.

_____, *Novelas históricas*, México, FCE, Primera edición, 2018.

Tijerino Rojas, Agustín, “Proceso político-social de la unión centroamericana”, en *Mundo Hispánico*, Tegucigalpa, 1949, pp. 122-160.

Tucídides, *Historia de la guerra del Peloponeso*, Traducción y notas de Juan José Torres Esbarranch, Madrid, Gredos, 2015.

Vargas Llosa, Mario, *Cartas a un joven novelista* (1997), México, Debolsillo, 2016.

_____, *La verdad de las mentiras*, España, Punto de lectura, 2007, Segunda edición.

_____, *Historia de Mayta* (1984), México, Debolsillo, 2016.

Walker, William, *La guerra en Nicaragua* (1860), traducción de Ricardo Fernández Guardia, San José, EDUCA, 1970.

White, Hayden, *El texto histórico como artefacto literario*, traducción de Verónica Tozzi, Barcelona, Paidós, 2003.

_____, *Metahistoria. La imaginación histórica en la Europa del siglo XIX* (1973), traducción de Stella Mastrangelo, México, FCE, Cuarta reimposición, 2010.

Zandanel, María Antonieta, “Voces desde la historia: Ignacio Solares y la novela de la Revolución mexicana”, en *Cuadernos del CILHA*, vol. 7, núm. 7-8, Argentina, 2005, pp. 243-266.

Zinn, Howard, *La otra historia de los Estados Unidos* (1980), Traducción de Toni Strubel, México, Siglo XXI editores, Quinta reimpresión, 2011.